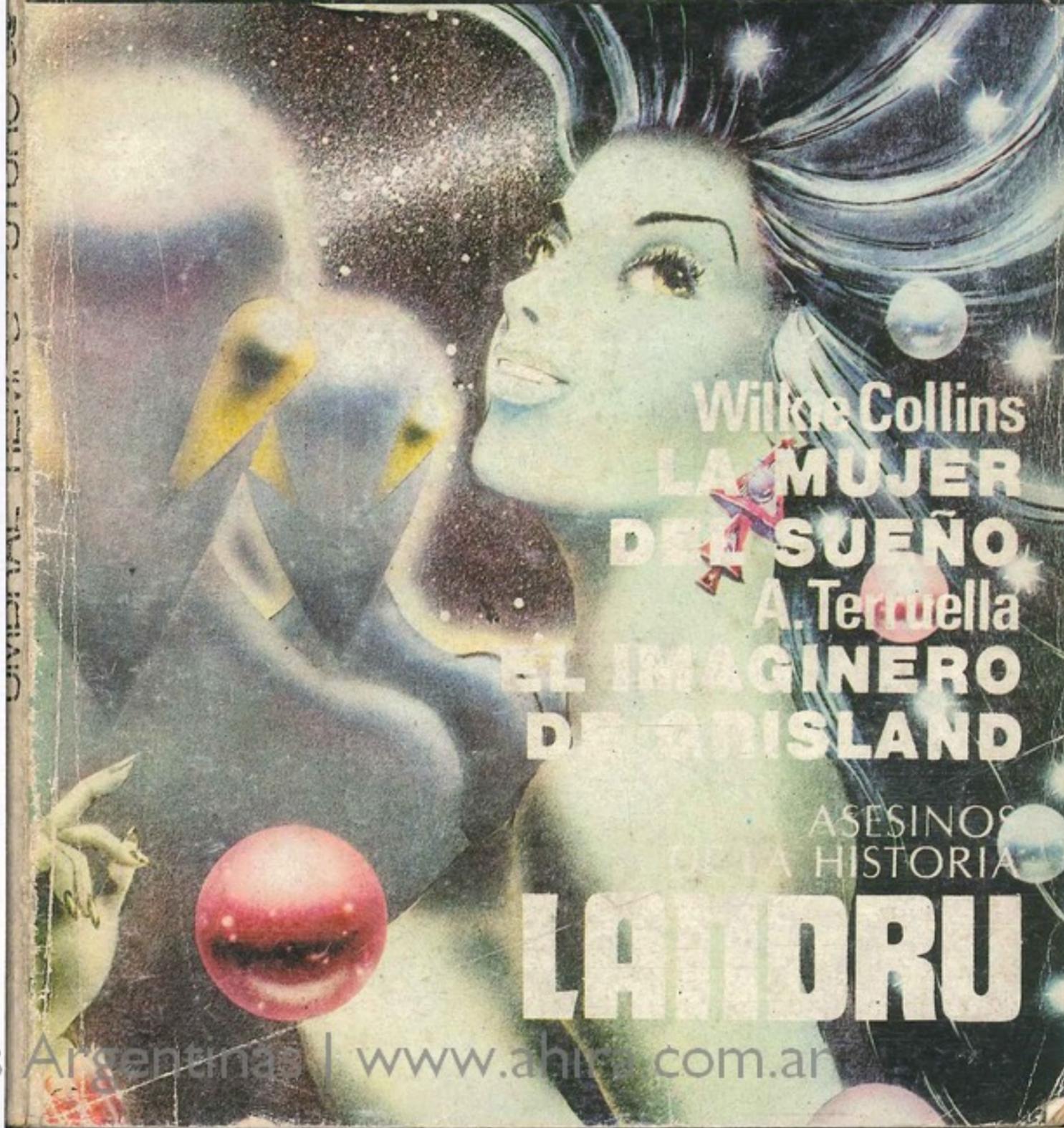


Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

Nº 8



UMBRAL TIEMPO FUTURO



Wilkie Collins

LA MUJER

DEL SUEÑO

A. Terruella

EL IMAGINERO

DE BRISLAND

ASESINOS

DE LA HISTORIA

LANDORU

24 de Mayo 1979



Biblioteca "CUARTA DIMENSIÓN", es una publicación DE CIELOSUR EDITORA S.A.C.I., Editora y distribuidora.

Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Administración: Av. de Mayo 1324, 1er. piso, of. 21 - Tel. 37-3265 - 37-3769 - Buenos Aires, Argentina. Dirección Telegráfica: Cielosur Baires.

Director Ejecutivo: RUBEN S. ALPELLANI
Asesor de Dirección: SUSANA ITZCOVICH
Director: NAHUEL VILLEGAS
Diseño Gráfico: JUAN ZAHLUT
Corrección: JULIO BANIN

Colaboradores: Juan Jacobo Bajarlia, Hermes Gosso, Juan Norberto Comte, Eduardo S. Aquila, Eduardo J. Lynch, Ignacio Fabrè, Alfredo Ernesto Grassi, S. Maris Fusé, Carlos A. Magallanes.

Los trabajos publicados son de absoluta responsabilidad de sus autores.

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial.

Copyright 1978 by Cielosur Editora S.A.C.I.

Reg. Nac. de Prop. Intelectual: N° 1416.326.

Distribuidor en Capital: Troisi y Vaccaro, Catamarca 675, Bs. As.

Distribuidor Interior Cielosur Editora S.A.C.I., C. de Correo 4504.

Exterior: Suscripción (12 números): U\$S 30.

Ejemplar atrasado: Su precio de venta al público será igual al precio de la última edición circulante.

Se deja constancia que los hechos, lugares, nombres de personajes, etc., incluidos en las narraciones son de ficción. Cualquier semejanza con los de la vida real es pura coincidencia.

SUMARIO

ASESINOS DE LA HISTORIA: LANDRU, EL BARBA AZUL, por Juan J. Bajarlia Pág. 4

CUENTO: REGRESO DEL TIEMPO, por Juan Norberto Comte Pág. 20

CUENTO: EL IMAGINERO DE GRISLAND, por Alejandro Tarruella Pág. 28

LOS INMORTALES DE LA LITERATURA FANTASICA: LA MUJER DEL SUEÑO, por Wilkie Collins Pág. 34

CINE DE CIENCIA FICCION: THE TIME MACHINE, LOS VIAJEROS DEL TIEMPO, por Eduardo J. Lynch. LLEGA LA NUEVA VERSION DE FLASH GORDON Pág. 64

TEMATICAS EN LA CIENCIA FICCION: LA FICCION ROBOT, por Eduardo J. Lynch Pág. 69

LITERATURA DE CIENCIA FICCION Pág. 73

GUERRA EN EL ESPACIO, por Antonio Las Heras Pág. 76

CUENTO: EL CAZADOR DE VAMPIROS, por Nahuel Villegas Pág. 84

LAS PRIMITIVAS PALABRAS-ATOMOS, por Juan Jacobo Bajarlia Pág. 100

CUENTO: EXPERIMENTO DIABOLICO, por John Batharly Pág. 108

CUENTO: MUNDO AUTOMATICO, por Ricardo Ferrari Pág. 114

EL VALS DE LA MUERTE, RELATO DEL FOLKLORE NORTEAMERICANO, por Charles M. Skinner Pág. 120

CUENTO: MUNDO SUBTERRANEO, por Juan Jacobo Bajarlia Pág. 124

Correo Argentino Central (B)	Franqueo Pagado Concesión N° 4052
	Tarifa Reducida N° 3092

ASESINOS DE LA HISTORIA

LANDRU, EL BARBA AZUL

por JUAN-JACOBO BAJARLIA

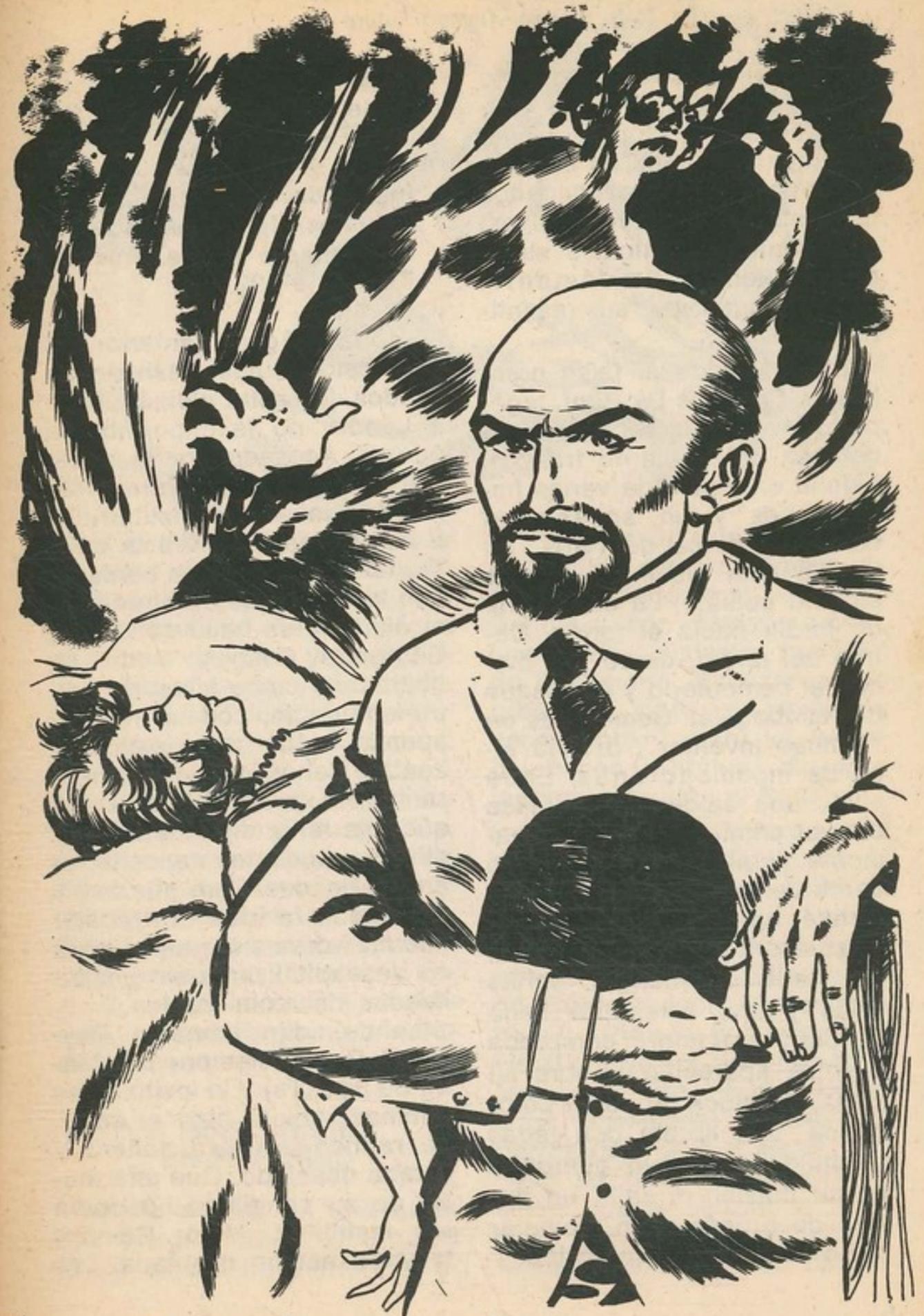
Don Juan (según creo yo) tenía un antecesor que los historiadores y sicólogos desconocieron: Barba Azul. La diferencia es que Don Juan no seduce a las mujeres para matarlas, sino para burlarse de ellas. Barba Azul, con iguales métodos, las enamora y después las asesina. Y hasta podría decirse que, históricamente, Don Juan y Barba Azul son hermanos gemelos. Más noble el uno. Más criminal el segundo. El primero es capaz de desafiar al Diablo. El segundo, cuando se enfrenta con él, se deja derrotar por la angustia. Es el destino de los monstruos.

Si excluyo al Barba Azul que nos ha relatado Charles Perrault (una historia de crímenes para niños que viven entre la realidad y el sueño), tendríamos que el primero fue Gilles de Rays (ochocientos asesinatos en ocho años), ajusticiado en 1440. El segundo, Henri Desiré Landrú (cerca de trescientos asesinatos), de-

capitado en 1922. El tercero, el médico Henri-Jean-Marcel-Félix Petiot (sesenta y tres asesinatos por asfixia e inyecciones), decapitado en 1946. El cuarto... ¿A qué seguir? Por ahora me voy a ocupar de Henri Desiré Landrú, el Barba Azul II, nacido en París en 1868.

1. LA CASA JUNTO AL CEMENTERIO

Cuando comienza esta historia, enero de 1915, Landrú sólo tiene 45 años. Está casado con Marie Remy y tiene cuatro hijos. Es de regular estatura. Viste de negro. Tiene ojos castaños, bigote y una barba bien cuidada. En la cabeza, muy pocos pelos, casi calvo. Ha leído a Baudelaire, a Oscar Wilde y a Víctor Hugo. Conoce de memoria algunos versos de *Les fleurs du mal* y un pasaje entero de *Hernani*. (Posiblemente, con excepción



del primero, los ha leído junto a sus hijos cuando éstos preparaban sus lecciones.) Como contrapartida tiene en el debe varios procesos ya olvidados por estafas y defraudaciones. Los grandes criminales siempre comienzan tímidamente. Es el origen de su resentimiento.

En 1915, con el falso nombre de François Du Pont, ingeniero inventor al servicio de la defensa del gobierno francés, alquila una casa de varias habitaciones y un sótano en Gambais, cerca de París. Su familia está distante. Lo más alejado posible. La casa tiene un jardín hacia el fondo. Detrás del jardín, cerco por medio, el cementerio y el bosque de Rambouillet. Como él es un "famoso inventor", ordena algunas modificaciones. Entre ellas, una caldera gigantesca con su chimenea. Simultáneamente alquila un departamento cerca de la torre Eiffel. Allí se instala con sus oficinas, su mesa-escritorio estilo Luis XVI, con tapa de mármol, varias sillas y una estantería llena de diarios. (Landrú compraba cuantos aparecían.) Sobre su mesa, un block de papel color crema, una libreta con tapas de hule negro que guardaba en su bolsillo al salir, un tintero de bronce y un ejemplar del **Salomé**, de Oscar Wilde.

El 13 de enero leyó el siguiente aviso en uno de los diarios:

Institutriz se ofrece. Tiene estudios. Habla y escribe correctamente inglés. Rue de Tourenne 122.

En la página anterior se leían estos títulos: **Resisten los aliados. Desastre alemán.** Pero a Landrú no le importaba la guerra. Acosado por la miseria y el hambre de París, sólo le interesaban las institutrices o las viudas. Corrió a la calle Tourenne. Se puso en contacto con la dama que se ofrecía en el diario, y se halló con Mme. Georgette Cuchet, viuda de cuarenta y cinco años, de rostro agradable, con un hijo de apenas veinte. Le explicó a Landrú (el rostro de Landrú siempre expresaba confianza) que ella tenía algunos bienes: dinero y acciones depositados en los Bancos. Pero que había concebido la idea de trabajar mientras durara la guerra, para no descapitalizarse sin posibilidades de recuperación.

Landrú dijo llamarse Raymond Diard (siempre cambiaba de nombre) y la invitó a sus oficinas. Ahí le hizo el amor. Le ratificó que era soltero y estaba desolado. Que una mujer de su condición no podía ser institutriz. Mme. Cuchet también estaba desolada. Las



finas palabras de Landrú, sus modales delicados, su conocimiento de los poetas y la propuesta final de matrimonio, la exaltaron de gozo y la rindieron. Era el hombre que podía restituírle la felicidad perdida. Llenarle su absurda existencia. En lo sucesivo, todas las mujeres de Landrú se integrarían en el tipo de Mme. Cuchet. Serán mujeres tristes, con un complejo de frustración, que de pronto hallarán una fisura. Esta fisura las volcará hacia un desconocido delicado y varonil, acaso la misma muerte que ya esperaban en su ineludible angustia.

2. Mme. CUCHET EN EL HORNO

Cierta noche, en una berlina, Landrú, alias Raymond Diard, alias el inventor-ingenie-

ro François Du Pont, conocido en Neuilly con el nombre de Fremyet, llegó a su casa de Gambais con Mme. Cuchet. Los novios cenaron tomados de una mano. Esbozaron sus proyectos para el inminente casamiento. Landrú ya le había hecho retirar el dinero y las acciones de los Bancos.

Después se levantaron y se dirigieron al dormitorio. En la mesita de noche siempre había una botella de ajeno. Landrú la ayudó a desvestirse y le ofreció una copita. Ella se negó. Cuidaba excesivamente su hígado. Pero la fineza del novio (Landrú era un gran sicólogo que conocía los caprichos femeninos) acabó por derrotarla. Tomó el ajeno y se llenó de rubor. Mme. Cuchet sintió que la sangre le fustigaba el cuerpo. Se sintió mareada. Landrú la besó cariño-

samente, recorrió su cuerpo y le acarició el cuello cuya blancura comparó con un símbolo angelical. Cinco minutos después, Mme. Cuchet estaba estrangulada. Esta inferencia surge de una hipótesis muy popular en la época del proceso a Landrú. Lo que éste negaba o silenciaba, lo reconstruía el público apostado en la sala de audiencias.

Lo que siguió fue una operación fría, mecánica, tantas veces repetida, de Landrú. Cargó con el cadáver y lo llevó al sótano. Allí, sobre una laja, lo descuartizó. Luego trasiadó los restos a la caldera y encendió la leña. La chimenea, por el tejado, dejó escapar un humo intenso y fétido. Los despojos crepitaron. La humareda se prolongó hasta el día siguiente.

Dos días después, Landrú, el Barba Azul de los mil nombres, se instaló nuevamente en sus oficinas de París.

Una tarde, a fines de enero, golpearon a su puerta. Landrú repasaba en ese instante los avisos de ofrecidos. Dejó el diario y se halló con Andrés, veinte años, alto, buen mozo, hijo de Mme. Cuchet. Landrú lo tranquilizó. Le dijo que su madre descansaba en Gambais, y lo invitó a visitarla ese mismo día. Llegaron a medianoche. Cuando Andrés traspuso la segunda habitación, Lan-



drú le descargó un hachazo, lo descuartizó piadosamente como un hábil cirujano y lo puso en la caldera. Otra vez la humareda intensa y fétida. La muerte en una espiral.

El monstruo era frío. Tenía el alma de amianto.

3. SIGUEN LAS NOVIAS EN EL HORNO

El dinero de Mme. Cuchet sirvió para solventar algunas necesidades de la familia de

Landrú, la cual vivía miserablemente en Clichy. El asesino era padre y esposo amantísimo. Cuidaba de Marie, casi siempre enferma, y ayudaba a sus hijos en los estudios. Landrú dejaba el dinero necesario y desaparecía por un tiempo. El interregno era ocupado por otra víctima, y el procedimiento no variaba: o la aspirante a institutriz o el aviso matrimonial en el que el mismo Landrú daba sus datos falsos ofreciéndose para una unión duradera. Siempre había una mujer de-

solada. La angustia a la espera del paraíso.

A Mme. Cuchet siguió Mme. Laborde-Line, una aspirante al matrimonio. El hallazgo también fue periodístico. Landrú anotó el nombre y su dirección en la libreta de tapas de hule negro y fue a visitarla en calidad de funcionario del Servicio Secreto. Mme. Laborde-Line también era viuda y tenía cuarenta y cinco años. El difunto le había dejado una pequeña fortuna que ella quería conservar para su vejez

mientras trabajara en alguna ocupación honorable. Esto sucedió a mediados de 1915. Landrú le declaró su amor. Le recitó al instante aquel pasaje en que Herodes le pide a Salomé la danza de los siete velos. A los pocos días, ya en su poder los caudales de Mme. Laborde-Line, la llevó a Gambais. La rapidez fue otra de sus características. Llegaron una noche fantasmal, llena de neblina. Pero esta vez el viaje se hizo en ferrocarril, con un pasaje de ida y otro de ida y vuelta. Luego se repitió la cena con sus proyectos. Al llegar al dormitorio, Landrú ofreció la copita de ajeno, y esta vez recitó a Baudelaire:

**De tu cabeza se expande
olor a selva y desierto.
Tienes el misterio incierto
y el enigma de la Esfinge.**

**Huele tu carne de raso
como incensario bendito,
y encantas como el ocaso,
ninfa de fuego infinito.**

Mientras recitaba, Landrú le acariciaba tiernamente la cabeza y el cuello. Después... Mme. Laborde-Line terminó como la anterior, como las otras cuyas pruebas de cargo no llegaron al proceso: el estrangulamiento, la caldera con el fuego crepitante y el hedor escapando por la chimenea.

Van Dine hubiera envidiado para sus novelas policiales, el comienzo tan pródigo de una serie sangrienta, cuyo final, aunque previsible, no dejaba de ser misterioso en ningún momento.

La tercera novia, Mme. Marie Guillain, viuda de cincuenta años, también fue cremada en la caldera, en agosto del mismo año. No fue estrangulada. Landrú, que ahora era un flamante abogado, puso un veneno en el vino con que ella debía brindar por la proximidad de la dicha. Y Mme. Guillain obtuvo una muerte apacible, con la sonrisa en los labios; mientras el "doctor Du Pont" reiteraba sus juramentos de amor para toda la eternidad. Es posible que en algún momento este monstruo se creyera un ser superior, una fuerza irreductible. Pero como en todos los casos, un pequeño error sería suficiente para destruirlo. La equivocación siempre acecha en la génesis del crimen.

Y siguieron las novias en la caldera. Copio de un cronista la lista final de las víctimas que precedió a la instrucción sumarial:

BERTHE HEON, viuda, 47 años. Estrangulamiento e incineración, en diciembre de 1915.

ANDREE BABFLEY, soltera, 18 años. Envenenamiento e in-

cineración, en abril de 1917.

CELESTE BUISSON, viuda, 42 años. Estrangulamiento e incineración, en setiembre de 1917.

LOUISE JAUME, viuda, 37 años. Envenenamiento e incineración, en noviembre de 1917.

ANNE COLOMBE, viuda, 44 años. Estrangulamiento e incineración, en diciembre de 1917.

ANNE-MARIE PASCAL, viuda, 34 años. Envenenamiento e incineración en agosto de 1918.

MARIE-THERESE MARCHANDIER, viuda, 39 años. Estrangulamiento e incineración, en enero de 1919.

Como puede observarse, las más jóvenes eran envenenadas previamente. Las más viejas, con excepción de Mme. Guillain, estranguladas. Landrú era un criminal seráfico, piadoso. No quería morir con remordimientos. Por otra parte, había logrado grandes cantidades de dinero, y hasta se había comprado una **Enciclopedia**. Heredero de mujeres tan dadas, ¿qué podía esperar ya de esta vida estúpida y contradictoria donde todo consistía en anticiparse al prójimo?

El siglo XX comenzaba a derrumbarse. Los soldados morían de a miles en los campos de batalla. Que él estrangulara

o envenenara a unas cuantas mujeres la mayoría sin prole y sin obligaciones, no tenía ninguna importancia si se salvaba del hambre. En algún momento pensó así para justificarse. Como Raskolnikoff cuando tramaba el asesinato de Alena Ivánova.

Cerró sus oficinas de la Tour Eiffel, dejó el dinero necesario a su familia, y convertido en el ingeniero Lucien Guillet, se fue a vivir con Fernande Segret, actriz de veintisiete años, al número 76 de la rue Rochechouart. Era Fausto en busca de la felicidad absoluta. Sin urgencias de dinero ni de muerte. Sólo que en este caso, su **Margarita** no creyó en él. Se dejó amar. Se dejó halagar por un hombre que a más de cuidar su barba y pagar la casa, la festejaba con grandes regalos. Las "herencias" de sus víctimas le servían ahora para creer que podía escapar de esa humanidad de la que tantas veces se había burlado.

4. JEAN BELIN, COMISARIO DE LA SURETÉ

Las humaredas, el olor fétido de Gambais, las misteriosas desapariciones de mujeres generalmente viudas, los nombres François Petit, François Du Pont, Raymond Diard, Fremyet, los extraños títulos de



inventor, ingeniero, abogado, agente del Servicio Secreto y otros datos confusos, había desorientado a la Sûreté. Jean Belin, el más activo de los comisarios que tenía a su cargo la investigación, tomaba nota, reunía presunciones. Pero al final desistía. Tenía dos ayudantes, también neutralizados por la nebulosidad del caso. Nadie aportaba un hecho concreto para dar con el criminal de los tantos apelativos. Era un caso para Vidocq, tan conocedor del hampa. Pero éste ya no existía.

Un día se presentó ante él un genúarme para decirle que cierta señora, hermana de Mme. Marie-Thérèse Marchandier, había visto al señor Du Pont en una tienda de porcelanas de la rue Rivoli. Jean Belin se estremeció. Intuyó, por fin, que ya tenía la pista del monstruo. Se trasladó a la tienda. Landrú había realizado una compra dejando su dirección de la rue Rochechouart. La primera providencia del comisario fue la declaración de la denunciante. Ella explicó el suceso. Su hermana —dijo—

andaba en amores con un señor Du Pont. Tenía tres perritos, y con ellos había partido, en compañía de éste, hacia un lugar desconocido en los alrededores de París. En una oportunidad —agregó—, acompañó a Mme. Marchandier hasta las oficinas del señor Du Pont, en enero de ese año de 1919. Después no la vio más. No pudo hallarla a pesar de todo el empeño puesto en la tarea.

Belin tenía ahora datos más precisos. Pero pensó, asimismo, que debía observar cierta cautela. Eligió pues los hom-

bres que habían de acompañarlo, convenientemente vestidos de civil, y se dirigió hacia el domicilio de la Rue Rochechouart, mientras los suyos se rezagaban estratégicamente. No es aún el mediodía. Sin embargo, cuando Belin accionó el llamador de la puerta en el número 76, Landrú preguntó sobre quién llamaba "tan temprano". "Un vecino suyo", fue la respuesta del comisario. Su amante, desnuda, estaba aún en la cama. Landrú se halló ante "dos fuegos". Tuvo una visión apocalíptica, y hasta

pensó en huir por alguna ventana. La sospecha de que venían a buscarlo se le introdujo en la sangre. Pensó sin embargo que podía estar equivocado, y, rápidamente, respondió sin abrir la puerta, que él se estaba vistiendo y que era necesario esperar "un segundo".

La policía ya había rodeado la manzana. No había manera de escapar. El **cherchez la femme**, de Fouché, ese viejo zorro de la policía napoleónica, se justificaba ahora aunque la investigación había seguido los datos del azar. Cuando la amante de Landrú cubrió a medias su desnudez y éste le abrió al "vecino", la historia del monstruo tomó otro rumbo.

Landrú y Belin se miraron un instante. Se leyeron la mirada y las intenciones. "Mon Dieu —dijo el asesino, repitiendo su interjección favorita—, estaba seguro que vendrías a mi modesta mansión". Siguió un nuevo silencio como en una acotación escénica, y luego se produjo la irrupción de varios policías. Landrú extendió sus brazos para que lo esposaran y habló nuevamente adivinándolo todo (no necesitaba diálogo ni respuesta): "Os acompañaré gustoso".

Belin accionó lleno de furia. Aseguró a Landrú, rodeado ya por sus ayudantes, y comenzó a inspeccionar la casa. Lo pri-

mero que halló fue la libreta con tapas de hule negro. En ella, entre los datos imprecisos de gastos, itinerarios y anotaciones inconexas, dio con los nombres de infinidad de mujeres, entre las cuales figuraban los de las víctimas: Mme. Cuchet, Mme. Buisson, Mme. Pascal, Mme. Laborde-Line... Mme. Marchandier. También halló algunos datos de fechas y horarios. O se trataba de indicaciones de ferrocarril o de apuntaciones siniestras que el comisario no podía sospechar todavía. Después se llevaron a Landrú ante una multitud de curiosos que nada sabían de ese "caballero" tan fino que ahora detenían con un despliegue increíble de la Sûreté.

En los días subsiguientes, Belin llegó a la conclusión de que estaba ante un criminal, y que los tres primeros asesinatos se llevaron a cabo en Vermouillet y no en Gambais, como se creía y afirmaban las crónicas policiales de los diarios. Faltaba, sin embargo, la inspección ocular de la casa de Gambais. La instrucción completó ahí las pruebas de cargo que faltaban. Halló la caldera, algunos "polisones", trapos chamuscados, varios dientes de seres humanos y los esqueletos de tres perritos, indudablemente los de Mme Marchandier, estrangulados

con un alambre cuyo nudo circunvalaba el cuello de uno de ellos.

Realizadas las comprobaciones se llegó a la conclusión de que los dientes no se habían consumido por el fuego debido al exceso de calcio. Es la parte más dura del ser humano lanzado a las llamas. Lo que más tarda en consumirse, cosa que no previno Landrú, como no previno tampoco otros detalles que servirían para condenarlo, a pesar de que la defensa exigía siempre los cadáveres de las víctimas como prueba para dictar una condena.

5. DEFENSA Y EJECUCION

Henri Desiré Landrú, el Barba Azul II, compareció ante el jurado vestido impecablemente. Conservaba su bigote y su barba. La frialdad, esa mirada desdeñosa. Al sentarse en el banquillo de los acusados, según los diarios de la época, murmuró:

"—Esto es una infamia. Sin embargo tengo suerte. ¡De doscientos ochenta y tres mujeres asesinadas, sólo se me acusa de diez, de un muchacho y de tres perritos! ¡Mon Dieu!"

El público que asistió a la audiencia ya conocía su vida. Nacido en París en 1868, Landrú se había aficionado, desde

muy joven, por el arte teatral y la poesía. Había estudiado con éxito en la **École des Arts et Métiers**, y aprobado algunas asignaturas de ingeniería mecánica. La miseria y la necesidad de ganarse la vida, lo apartaron de la carrera. Después se dedicó al pillaje y a la estafa. Marie Remy, novia entonces de Landrú, fue abandonada por éste en estado de gravidez. Tres años después, en pleno servicio militar, negoció el tedio del cuartel por el matrimonio. El señor Remy lo ayudó a salir del Ejército, y hubo casamiento. El fruto de la seducción, una niña de ojos grandes, se sumó a los tres hermanitos que vendrían con el tiempo. Después, nuevamente la miseria, las enfermedades y los procesos, hasta que un día se convirtió en Barba Azul. Recordemos aquí que para Jean Belin, Landrú era un hombre de extraordinaria virilidad. Lo creo inverosímil. Las mujeres de Landrú, como ya lo dije, eran neuróticas. Padecían de un complejo de frustración, cuya soledad las traicionaba hasta hacerlas adherir al supuesto salvador de una felicidad perdida.

Sentado ahora en el banquillo, inclinándose como un **gentleman** ante el tribunal, Landrú, olvidado de todos sus crímenes, insistió en su inocencia. Refirmó que las muje-

res habían desaparecido por su propia determinación. Los cronistas lo vieron actuar como a un gran actor. Oyeron, inclusive, sus citas de Baudelaire y Víctor Hugo. Sus gestos dramáticos. Su rapidez en contestar o anticiparse a los cargos. Cliff Howe (**Scoundrels, fiends and human monsters**, 1959), nos relata su contundencia de esta manera. Cuando lo interrogaron sobre si era cierto que se le había secuestrado una obra dedicada a los venenos, respondió instantáneamente:

“—No se mata a nadie con un libro”.

Preguntado si se consideraba un embustero, contestó:

“—No soy abogado, monsieur”.

Interrogado sobre las víctimas, expresó:

“—Hay secretos relacionados con las mujeres que un caballero debe callar”.

Cuando quisieron que aclarara por qué sacaba un pasaje de ida y otro de ida y vuelta a Gambais, dijo:

“—La villa era un sueño de optimismo. Las damas que la visitaban no iban para regresar al día siguiente”.

El público de la audiencia festejaba el humor y los hallazgos de Landrú. La ironía sutil del monstruo.

El abogado Moro-Giafferi, gran criminalista francés, fue



su defensor. Se dejó fascinar por la inteligencia del reo, y hasta empleó sus mismos argumentos. He aquí una síntesis:

I) Es un absurdo que Landrú haya incinerado 283 mujeres. Si un cuerpo, en una caldera, necesita cerca de 20 horas para convertirse en cenizas, la chimenea de Gambais debió humear noche y día durante un año entero, lo que hubiera llamado la atención de todos los habitantes de la zona, incluido París y la Sûreté.

II) Se acusa a Landrú del asesinato concreto de 10 mujeres, un joven y 3 perros. El resto, hasta completar el número de 283, no ha sido hallado en el cementerio de Gambais ni en ningún otro lugar. Y de estos cadáveres sobre los cuales el fiscal (maître Robert Godefroy) formula su acusación, el tribunal no ha visto aún ninguno de ellos.

III) La acusación no ha demostrado tampoco que los dientes hallados en Gambais pertenecieran a Mme. Cuchet o a las otras damas que tuvieron relaciones con él.

IV) Los esqueletos de 3 perros podrán ser el índice de un daño o una crueldad. Pero no prueban que pertenecieran a Mme. Marchandier o que ésta fuera asesinada.

V) Los indicios no son convincentes, y la prueba testimo-

nial de cargo es confusa y de pura presunción, no coordinada con pruebas materiales.

VI) La libreta con tapas de hule negro sólo probaría que Landrú tuvo relaciones con las mujeres cuyos nombres aparecen en ella. Pero nada más. La ley no adivina. Exige el hecho concreto.

VII) El que las mujeres hayan desaparecido, no significa que las haya asesinado.

VIII) Landrú no puede ser condenado a la pena de muerte. El ministerio fiscal exagera los hechos.

Moro-Giafferi estuvo elocuente, firme. Pero el público le fue hostil. Entendía la ley de otra manera. Y hasta hubo manifestaciones contra Landrú. Este, conmovido, abrazó a su defensor en un gesto teatral que indignó a la concurrencia. Aclaremos que no a toda ella, porque algunos defendían la inocencia del reo.

Luego se pronunció la sentencia. Landrú fue condenado a la pena de muerte por decapitación. El reo escuchó la sentencia sin importarle nada, y dijo serenamente:

“—¡Mon Dieu, tanta batalla para un solo muerto!”

Cuando fue llevado a la guillotina, en la prisión de Versalles, se le acercó el capellán para consolarlo. Pero Landrú, siempre correcto, con una gran pulcritud, respondió:



“—Os agradezco, señor capellán. El verdugo está impaciente y no queda bien que lo hagamos esperar”.

Y la cuchilla cercenó la cabeza de Landré el 22 de febrero de 1922. Era el año en que André Breton imaginaba su futura defensa del marqués de Sade, rotos ya sus lazos con el **dadaísmo**.

6. LANDRU POST MORTEM

Al día siguiente de su muerte, circularon en París algunos estribillos que exaltaban el recuerdo del monstruo. Uno de ellos expresaba:

**Si quieres, vieja loca,
un beso bu-lu-lú,**

**te vas a la caldera
moderna de Landré.**

Ciertos cronistas transcribieron las cartas que Landré había recibido en la celda. Eran cartas de amor que le enviaban las mujeres para defenderlo de sus acusadores. De una de ellas, transcribo las siguientes líneas:

**Quando te vi en el banquillo
del tribunal, se me partió el
alma. Estabas triste, con los
ojos perdidos en la muchedumbre
que pedía tu cabeza. ¡Pobre amor
mío, lo que habrás sufrido! Hubiera
querido estar a tu lado, ir contigo
a Gambais para demostrarles a los
jueces que todo lo que dijeron
contra ti, eran calumnias. Pero yo sé que**



**eres fuerte y que la justicia
te absolverá. Entonces... Yo
iré a Gambais y te confortaré.
Tengo bienes de fortuna, todo lo
que necesita un hombre inteligente
para realizarse.**

Marie Desbordes.

Landré había enloquecido a las mujeres de París. El inconsciente colectivo del que hablaría Jung, hallaba en la fiera una impulsión que se proyectaba a través de un masoquismo primitivo. Era una inverificable parapatía. Los crímenes de Landré les hablaba de un anhelado autocastigo. Complejo de culpabilidad, indudablemente, provocado por la guerra. Los hombres, por su parte, arrastrados por la neu-

rosis femenina, pusieron de moda la barba “a lo Landré”, estrecha, recortada en punta, formando un cono invertido que se enlazaba con el bigote. Era la inmortalidad del monstruo que acrecía de la misma tristeza que la guerra había llevado a Francia. Muerta una generación, perdidos los bienes y el honor, ¿por qué no regresar al masoquismo? Derrotada la agresividad en los campos de batalla, el autocastigo podía tener como digno origen un criminal de la talla de Landré. De ahí los estribillos, las cartas y la barba. Era la decadencia. El sabor de la derrota.

Glorificado hasta en el cine, Landré pasó a ser una especie de bestia sagrada. Chaplin, cuando rodó su **Monsieur Verdoux** (1944) (Verdoux era el símbolo de Landré), lo mostró como a un ser necesario, ineludible, que cuidaba de su pobre esposa enferma, incineraba mujeres, viudas o solteras, que no merecían vivir a causa de su avaricia o de su estrecho sentido social. La imagen era falsa, por supuesto. Landré mataba por interés. Era el antiguo ladrón o estafador que sustituía la **efracción** y el fraude por la sangre y el fuego. Y sus víctimas, mujeres frustradas que buscaban el paraíso perdido. La felicidad que el tiempo les había devorado.

REGRESO DEL TIEMPO

por JUAN NORBERTO COMTE

"El tiempo es creación o la nada absoluta."

Henri Bergson



I

Despertó sin sobresaltos. Su mirada se fijó en las estrellas y el resplandor inusitado que todo lo rodeaba lo embriagó de dicha.

Se incorporó del suelo mullido y se puso de pie. Entonces intentó vanamente recor-

dar. Nada hay tan horrendo como la amnesia de un condenado a muerte y él (de alguna manera lo sabía) había sido sentenciado a morir.

—¿Es de noche o de día?
—se preguntó desconcertado.

Echó a andar a lo largo de aquel valle inundado por torrentes de luz amarilla cuyo

II

brillo parecía originarse detrás de las altas colinas hacia donde lo llevaba el paso vacilante. Sus pisadas no dejaban huella en el terreno polvoriento pero él no advirtió el detalle.

—Estoy seguramente en un páramo. No siento calor ni frío y el viento no sopla. Quizás me han desterrado; sí, conmutaron la pena y me enviaron al norte, a la puna. Así se consolaba con la ya amarga alegría de estar vivo.

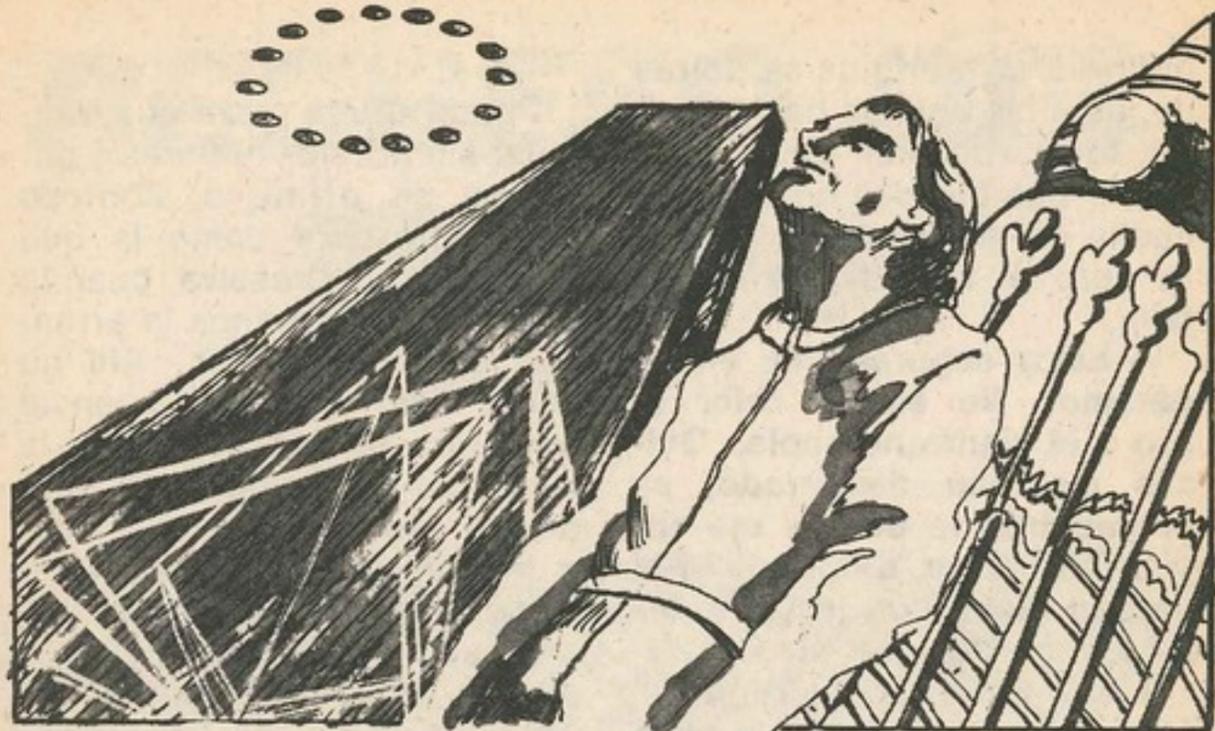
Llegó por fin a las colinas, trepó los cerros, ganó la cima y contempló desde el collado el maravilloso espectáculo. Abajo, casi al pie del valle se levantaba una ciudad iluminada. Los extraños edificios semejaban palpitantes capullos amarillos. Se sintió atraído por el esplendoroso conglomerado de aquellas construcciones coronados por enormes cúpulas, por las torres y los templos. Presa de atávico entusiasmo se deslizó hacia la meseta por la pendiente recubierta de cenizas blandas y una vez más ignoró las manchas que el suelo polvoriento debió haber adherido a su traje azul de presidiario.

Corrió agitando los brazos como un niño al encuentro de su madre o con la esperanza errante que ofrece cualquier pueblo iluminado en el medio de la noche.

Recorrió una plaza cuadrangular sin árboles ni flores y entonces su efímero alborozo perdió frescura como la que pierde la madreselva cuando desaprensivas manos la arrancan en el atardecer. Allí no había vida. La fosforescencia amarillina de los bancos y la fantástica pirámide en el medio de ese sitio abierto lo atemorizaron. En su memoria aletargada se filtraron los conceptos tormentosos de la radiación y el exterminio; del Apocalipsis de las civilizaciones más antiguas del planeta.

¿Pero dónde estaba realmente? Tres majestuosos pilones faraónicos se erguían desafiantes a la entrada de la ciudad fantasma. A través de innumerables accesos acechaban las siluetas doradas de otras construcciones. Se aproximó a un inmenso bloque de púrpura incandescente pero ningún bajorrelieve delataba en qué recóndito lugar de la Tierra sus verdugos habían decidido confinarlo.

Antes de franquear el portal levantó la mirada sorprendida frente a la majestuosidad de la losa reluciente que reverberaba su perspectiva hacia las profundidades de la noche iluminada por los astros. Fue entonces cuando vio inalcanzable en el espacio, la flotilla negra y silenciosa.



III

Una veintena de discos oscuros se habían posado cual estáticas libélulas en el firmamento de aquel lugar desconocido. Recordó esta vez sin mucho esfuerzo que los Conquistadores del planeta habían arribado en esas u otras naves surcando los cielos y que, según las leyendas, el poder de tales dioses era omnipotente.

Aterrado buscó refugio en los desiertos propíleos de los templos. Comenzó a gritar y para su asombro lo hizo en todas las lenguas que conocía y en otras que jamás había aprendido. Subió por escaleras transparentes que conducían a ninguna parte. Trepó a las torres más altas, recorrió angustiado singulares edifi-

cios cónicos, se detuvo a atisbar temeroso el firmamento a través de ventanas hexagonales. Arriba estaban los discos, abajo se extendían las paredes, murallas, pilastras de refuerzo y la plaza envueltos en el plasma luminoso.

Descendió por fin agotado, cubierto de transpiración, convencido de su soledad. Se recostó contra una columna traslúcida en el peristilo de algún templo y dijo con voz entrecortada: —Tengo sed de sangre. Quisiera convertirme en uno de esos dioses del Tiempo que me espían imperturbables desde sus discos inmóviles.

Calló luego. El miedo lo había abandonado. Se sentía soberbio y poderoso. Maldijo mentalmente a la humanidad y



prometió vengarse de ella y de los discos.

Pensó en su destino, en su experiencia; recordó una frase del poeta Heine: "*Erfahrung ist eine synthetische Verbindung der Anschauungen*"¹.

Se sentó en cuclillas, cerró los ojos y se durmió. En sueños escuchó que las voces del tiempo y otras voces le decían a coro:

—Así será.

Una sombra alada se deslizó entonces y tatuó en su frente un diminuto círculo rojizo.

IV

—¿Cómo está? —preguntó ansiosamente el recién llegado mientras dejaba el sombre-

¹ "La experiencia es un nexa sintético de las observaciones".

ro de fieltro sobre la mesa del hall.

—Igual. Los electroencefalogramas son contradictorios. El último daba para las ondas alfa muy baja actividad —contestó fríamente una mujer joven vestida con un guardapolvo de inmaculada blancura.

—¿Hay café, doctora Ceriani? —el visitante buscaba obviamente un pretexto para iniciar la conversación.

—Sí por cierto, lo había olvidado. Disculpe. ¿Quiere usted una taza? Yo misma se la traeré —el hielo parecía derretirse. Le era tan difícil a Juan Carlos abordarla. Pero hoy estaba decidido. El pretexto sería justamente el tópico de la experiencia que ya tocaba a su fin en la pequeña clínica.

El hombre tomó asiento y la contempló mientras ella le acercaba sonriente el pocillo. Juan Carlos sonrió satisfecho de su triunfo inicial. En realidad se sorprendió a sí mismo pues era una hazaña haber conseguido vulnerar la acostumbrada reserva de la joven.

—**Sabe Mariella** —comenzó empleando un tono más íntimo pero parsimonioso mientras bebía a sorbos la caliente infusión—. **Estas manifestaciones del inconsciente inducidas por la cronohipótesis son, como dice Carena, un modo de incomunicación aunque yo personalmente opine que conforman un lenguaje hermético que la computadora y nosotros debemos descifrar.**

Hizo una pausa y examinó cautelosamente el efecto de sus primeras pedanterías sobre Mariella que sentada en el escritorio lo escuchaba. Sin embargo, no pudo reprimir el movimiento de sus ojos que desnudaron los contornos y las piernas bien formadas de la mujer. Tragó saliva como un zorro hambriento y continuó.

—**Nosotros hemos estudiado una y otra vez la dosificación de la droga y sabemos que un miligramo de cronohipótesis a destiempo puede ser desastroso. Las experiencias de Klein, Yamasuto y los alucinopedistas norteamerica-**



nos han sido muy útiles a pesar de que todos sus pacientes murieron en coma o antes de despertar. Bueno, el profano cree, y valga la perogrullada, que viajar por el tiempo es como viajar en automóvil...

La conversación tan prometedora se interrumpió bruscamente. La puerta lateral del hall se abrió y entró una enfermera seguida por el doctor Bibes, asistente de Carena, director de la clínica y jefe del proyecto.

—**Síganme, está a punto de despertar** —ordenó por lo bajo Bibes.

Los cuatro caminaron por el largo pasillo hasta el quirófano cuyas paredes y techo habían sido acolchados para evitar los ruidos del exterior.

A un costado del recinto, lejos de la mesa operatoria, la vitrina y el aparato de anestias, yacía en la cama un hombre enfundado en una especie de buzo azul. El lugar estaba débilmente iluminado por una lámpara colocada sobre la mesa de instrumentos donde descansaban además tres pequeños frascos vacíos, una botella de alcohol y varias hipodérmicas.

Las sondas ya habían sido retiradas y las puntas de los electrodos del electroencefalógrafo, conectado aún a la computadora digital, se alineaban ordenadamente en sus co-

rrespondientes receptáculos. El paciente había dormido treinta y dos horas, todo un record para el caso.

Entre los nueve presentes el más decepcionado era el doctor Carena pues la hoja con el cuadro final de partes no le permitía aún interpretar si el "viajero" había proyectado su siquis un siglo hacia el futuro dentro de las dimensiones planetarias propuestas. Ahora lo imperioso era saber cuál sería la reacción del paciente, después vendría la ingente tarea de los psicólogos y psiquiatras.

El grupo se mantenía a distancia para evitar cualquier sobresalto al "durmiente" cuyo ritmo respiratorio y presión arterial no revelaban indicios anormales.

V

El cobayo humano comenzó a moverse y presa de incontrollable agitación se incorporó en la cama. Su rostro macilento, cubierto de una incipiente barba negra parecía estar cambiando. Abrió los ojos y parpadeó.

Entre los investigadores se escuchó un murmullo apagado de inocultable satisfacción. Carena, intensamente pálido, hizo el ademán de adelantar-

se; los demás se quedaron en su sitio.

En aquel preciso instante el joven del buzo azul saltó repentinamente del lecho y cayó al suelo arrastrando consigo las frazadas. Se tomó la cabeza con ambas manos, miró en su derredor y lanzó un grito espantoso. Fue más exactamente el alarido salvaje, el ensordecedor quejido de una fiera a la que han abierto las entrañas con un cuchillo al rojo vivo. Luego se desplomó inerte contra el piso.

El doctor Carena le tomó el pulso. Estaba muerto. Volvió

el cuerpo con la ayuda de Juan Carlos. Alguien encendió todas las luces y la concurrencia presa de un pánico inexplicable se acercó al cadáver.

La barba y los cabellos tintos se habían tornado blancos y relucían como hebras de plata. Los ojos desorbitados miraban al techo. Bibes, el más joven de aquella brigada científica, profundamente emocionado le bajó suavemente los párpados. Recién entonces reparó en un pequeño círculo rojo que el muerto llevaba en la frente.

LA LEYENDA DEL REY ARTURO

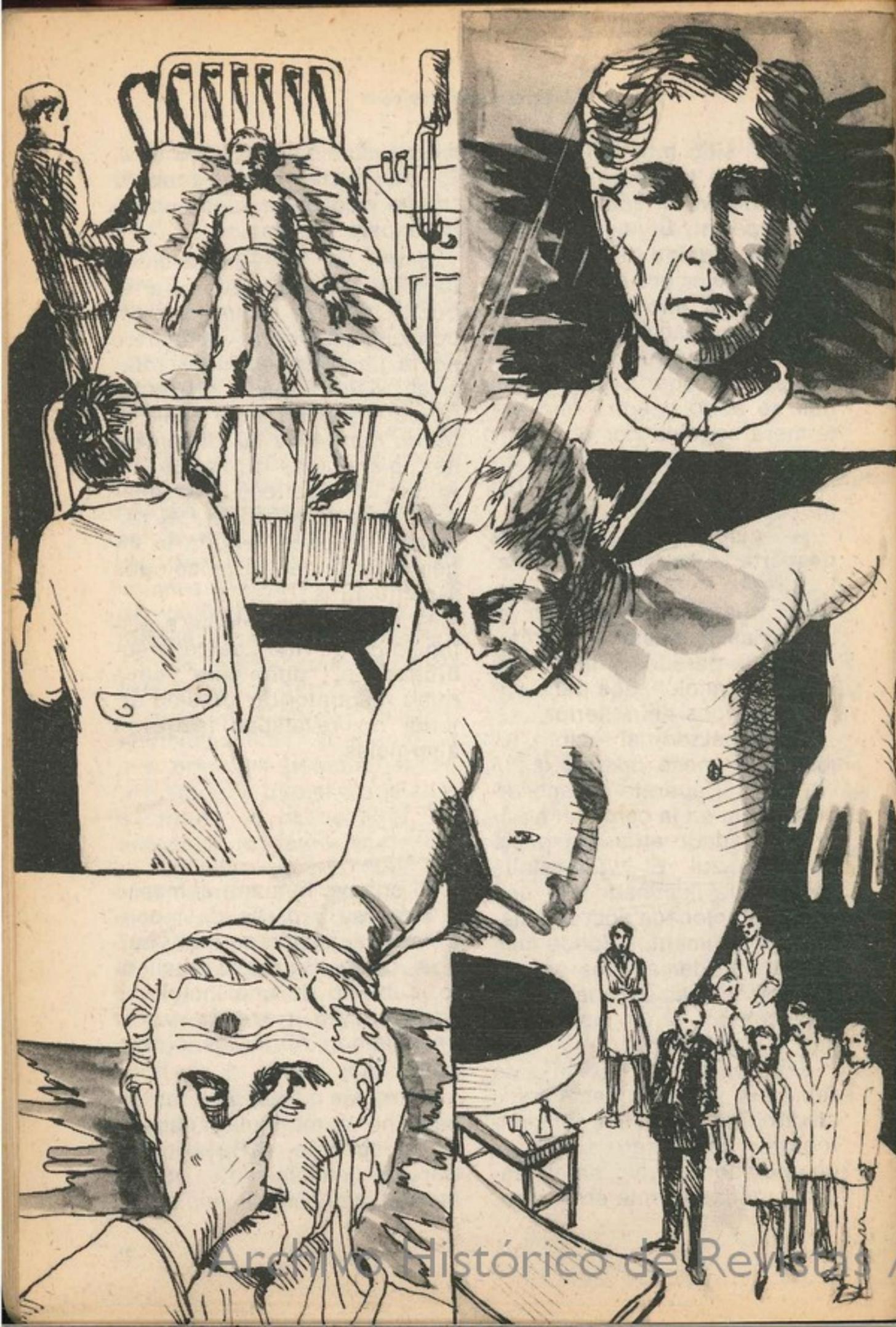
La leyenda del rey Arturo acaba de sufrir otro duro golpe. En efecto, tras el escepticismo de los historiadores, tests científicos han establecido que la famosa mesa de roble macizo suspendida en el gran hall de Winchester no había podido acoger a los legendarios caballeros del siglo VI.

"La tabla no es tan antigua como el rey Arturo", declaró Martin Biddle, responsable de las investigaciones para determinar la edad de la mesa. "Pero que los amantes de la caballería se tranquilicen —añadió—; los tests indican de todos modos que la hizo un gran rey medieval, probablemente el rey Eduardo II, fundador asimismo de una orden de los Caballeros de la Tabla Redonda en el castillo de Windsor". Hay que precisar que Eduardo II no tuvo nada de éxito con su orden de caballería y que fundó a continuación la orden de la Jarretera.

CEMENTERIO PREHISTORICO

(Johannesburgo) — Un tesoro mucho más importante que las piedras preciosas ha sido descubierto en la sede de una mina de diamantes, en el desierto de Namib, en la costa atlántica de Namibia (Suroeste Africano).

Esos mineros han encontrado restos de un tipo de oso que había desaparecido de Africa hacía cuatro millones de años, de elefantes primitivos, de mamíferos gigantes, de cocodrilos y de tortugas en una mina de diamantes de Arrisdrift, en la ribera norte del río Orange. Según los expertos del Museo de Africa del Sur, en El Cabo, los huesos cuentan entre 8 y 12 millones de años. La doctora Gudrun Corvinus, arqueóloga, empleada por la compañía "Consolidated Diamond Mines of South West Africa", ha escrito incluso que ese lugar es único en todo el continente.



El imaginero de Grisland

por ALEJANDRO TARRUELLA



No era lo mismo subsistir en ese mundo áspero y agonizante que corroía a Grisland tras una transformación salvaje. Era tan sólo una base de ensayos científicos, en la cual los hombres eran nada más que un dato informativo, un adminículo en el que se reparaba únicamente a raíz de una tarea concreta. La atmósfera, atravesada por las iras tecnológicas de los jeques de Grisland, se hallaba convertida en un smog letal, lacerante al punto de destruir con pasmosa lentitud la piel de los más débiles, generalmente recluidos en los villorrios del

bajo todo, tal su denominación, a orillas de un mar fangoso.

A David Courtane le traía serios problemas el hecho de no compenetrarse con la vida de la comunidad, matemáticamente dividida en trozos diferentes. En una actitud acechante merodeaba la ciudad madre provisto de sus pantalones de pana y su chaqueta de cuero semiabierta, que le descubría el pecho. Ese era su uniforme. Sus cabellos, desechando las costumbres impuestas por las autoridades y ejecutadas por el temible cuerpo de los dogos, le caían so-

bre los hombros como las ramas de un sauce silvestre.

—Tienes que rasurarte los cabellos —solían ordenarle algunos agentes del cuerpo de los dogos, así llamados porque amén de sus contundentes computadoras portátiles de identificación, se hacían acompañar por peligrosos dogos a los cuales no vacilaban en lanzar contra la gente.

—No tengo por qué hablar contigo —respondía David—, tengo desconfianza de tus palabras, llevan otro camino.

Y sin mediar otro gesto proseguía su rumbo por entre los edificios, repasándose su barba castaña como si se tratara de un amigo, temiendo que fueran a arrebatárselo. Caminar era su tarea, así hablaba a sus amigos, con los que podía conversar hasta poco antes de la medianoche, hora en que se suspendían las relaciones humanas por prohibición. En esas ocasiones explicaba, con un claro atisbo de dolor, la pérdida de su memoria.

—Caminando, recogiendo imágenes a través de mis ojos y asentándolas como pequeñas semillas en mi mente, puede ser que recuerde sus sonidos antiguos —repetía.

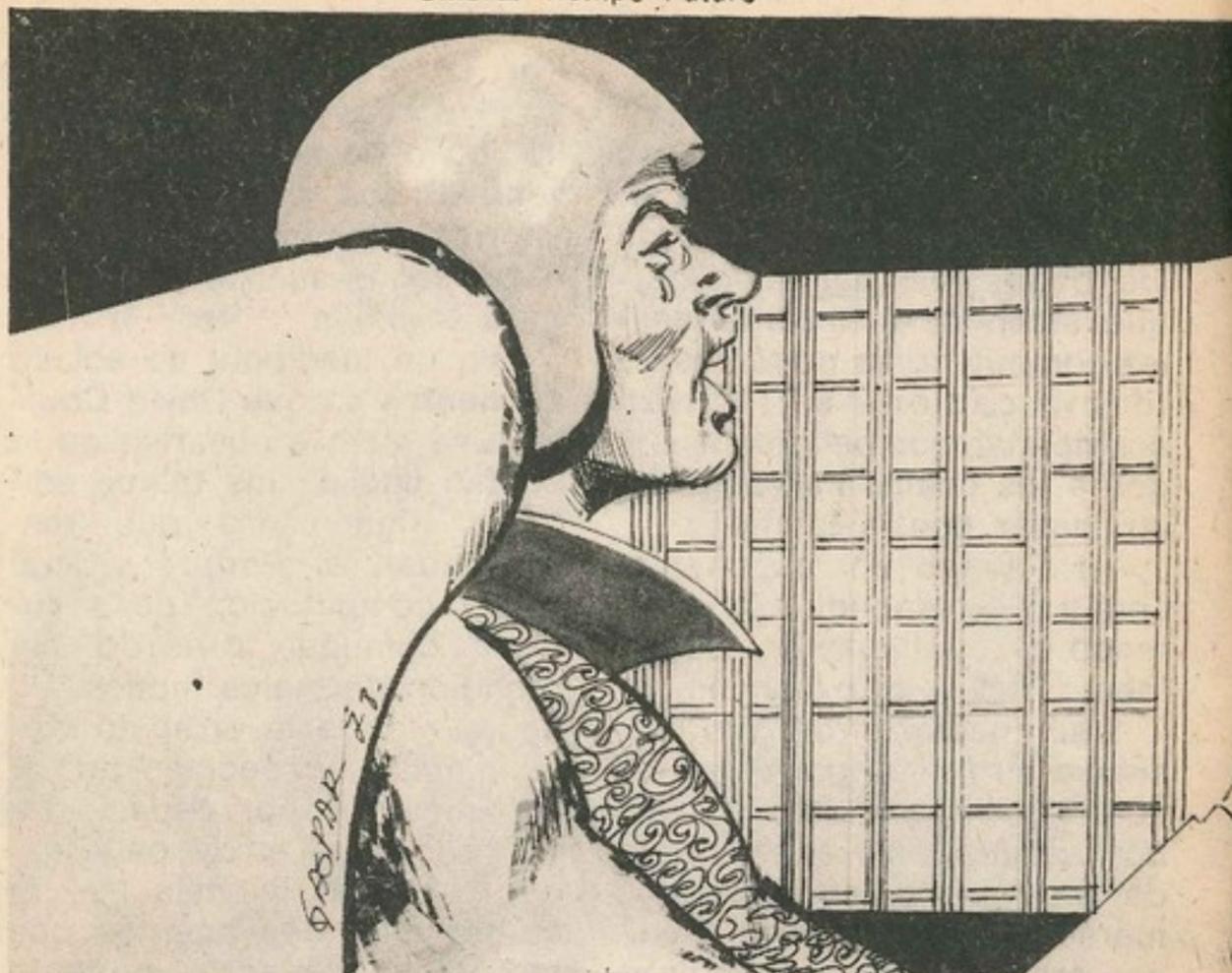
Luego se introducía en una cueva desnuda, en la ladera de la montaña que bordeaba el mar, y se arropaba con sus trapos hasta quedar dormido.

Por la mañana, tras beber unos sorbos de ese insípido líquido espeso que habían inventado los científicos para ahorrar vitaminas que olía a barro según su opinión, echaba a caminar.

Fue un mediodía de sol en momentos en que David Courtane se puso a observar en la ciudad uno de los tantos edificios gigantescos que resguardaban el Parque central de la computación de seguridad comunal, cuando fue prendido de malos modos. Un enorme dogo le arrebató violentamente su pacífico andar, y lo revolcó por espacio de varios metros en la calle vacía. Al alzar la vista se encontró ante dos agentes que lo miraban con sorna, en tanto registraban su rostro a través del repetidor automático de imágenes.

—Debes mantenerte quieto si no quieres que uno de los dogos se coma una albóndiga humana en dos segundos —dijo secamente el del casco de acero gris, mientras lo sacudía con su bota para tomarle imágenes de perfil.

David Courtane tenía los ojos llenos de miedo y quedó en esa posición como petrificado. Luego, tras la campanilla electrónica que indicaba la llegada de una respuesta, lo hicieron levantar y lo introdujeron en unos enormes pasi-



llos en cuyos altos se dejaban ver instalaciones envueltas en caños cromados. El fosforescente color de las paredes le hería la vista. El viaje culminó en una pequeña habitación provista de un escritorio, dos consolas que emitían permanentemente información en clave; y un par de sillas. Los dogos quedaron afuera.

—La información nos dice que eres un mentiroso y un vago —bramó el de casco azul petróleo.

David quedó mirándolo pero no atinó a responder. Su miedo lo inmovilizaba. Estaba envuelto en una coraza de terror.

La manopla de hierro del agente describió un semicírculo en el espacio y se estrelló en su rostro arrancándole un hilo de sangre. El segundo impacto lo hizo tambalear hasta caer sobre el piso enchapado en aluminio. Entonces supo que ese golpe le había herido la frente. La sangre le lamía la cuenca de los ojos y descendía por la nariz hacia su boca. Se repasó con la lengua el sabor salado de sus bigotes y se sintió desvanecer.

Al despertar estaba lejos de la ciudad, tirado a la vera de un camino muerto. Se levantó con lentitud. Ensayó algunos



pasos y volvió a caer. Su mente se había tornado en un remolino de misteriosas sensaciones. Tras reiterar sus intentos, se repuso y echó a andar pesadamente sobre las huellas del camino. El atardecer caía como un barniz arenoso que lo devoraba todo. Las luces de la ciudad se veían como un manto metálico que ocultaba el cielo.

“Alguna vez este cielo era una pradera estrellada”, pensó al tiempo que comenzaba a imaginar la historia de un hombre arrojado de su pueblo, no trasladado sino inundado de estereotipos de acero y plás-

tico, al que habían robado de un sólido golpe su existencia. Instantáneamente su interés se centró sobre un objeto que brillaba entre unos espinillos. Se acercó con pasos calmos e introdujo sus dedos entre las firmes ramas en las que brotaban cientos de espinas. Se trataba de una botella. Pensó en tirarla, pero luego la atrajo y retirándole su tapa de metal olió: “¡Anís!”, exclamó súbitamente como si hubiese revelado un secreto. Nerviosamente bebió un trago y suspiró profundamente con el rostro puesto hacia el cielo. Después, tomó asiento junto al espinillo

y escanció serenamente olvidándolo todo.

En su mente atribulada brotó una historia que contrajo el pecho. Recordó que alguna vez a orillas de un mar, verde como una campiña salada, recogió almejas para preparar su cena en compañía de una mujer. No pudo establecer con claridad su nombre ni el tiempo en el cual ocurrió.

Regresó a su cueva casi en la medianoche. No le interesó saber que los reflectores radares de la torre comenzaban a aprehender toda la información acerca de los movimientos de la gente. Salió con su botella y se dirigió resueltamente al mar. Recostados sobre la arena había dos muchachitos que observaban con interés el oleaje llegado de lejos.

—La luna es más poderosa que todos los reflectores —les dijo, y se sentó a acompañarlos. Su sangre se había secado en la piel blanda de su cara.

Dejó la botella de anís en la arena y fue hasta el límite de las aguas para limpiarse. Luego regresó junto a los jóvenes y hablaron largo rato bajo el cielo desnudo, en el cual podían divisarse aún algunas estrellas.

Bebió su anís e invitó a sus amigos. El líquido le repasaba



el paladar como un agua arenosa y dulce. Después contó una historia de amor que los muchachos recibieron como una confidencia, como una revelación, inesperada, y tras ello recitó un breve poema: "Yo te saludo —decía— / grajo de agua de negro azabache / que conocí en otros tiempos / pájaro de hadas / pájaro de fuego, pájaro de las calles / pájaro de los que transportan a los niños y a los locos". Entrada la noche se fueron a dormir.

En los días subsiguientes, poco antes de llegar la medianoche, David Courtane reunió en su torno a un nutrido grupo de habitantes de las adyacencias del mar y prorrumpía en relatos de todo tipo. Algunos, los más audaces, le pedían que repitiera cierta historia que ya le habían escuchado, aunque en realidad lo que ocurría era que todos comenzaban a hilar una delgada trama que los devolvía por unos instantes, al secreto dulzor del pasado. Posteriormente, cuando él hablaba, creían que se trataba precisamente de lo que esperaban como si lo supieran.

A la llegada del verano, una noche de fuerte brisa a orillas del mar, David no se hizo presente. Ninguno de sus amigos creyó necesario explicar nada, suponían colectivamente que



había sido arrancado de su cueva por el cuerpo de los perros. Alguien que había concurrido a buscarlo había hallado únicamente su botella de anís parada contra la pared y semiterminada.

Esa noche, uno de los muchachos que había escuchado por primera vez sus imágenes se largó a armar verbalmente un relato. Era la historia de un hombre de pesadas barbas que había recogido una semilla en el recodo de un camino desértico. El hombre había desaparecido posteriormente, pero en el lugar de la siembra había brotado un manzano. Después se fueron a dormir aferrados a su congoja como quien se prende de una piedra.

LOS INMORTALES DE LA LITERATURA

LA MUJER DEL SUEÑO

por WILKIE COLLINS



Hacia poco más de seis semanas que me había establecido en la comarca, cuando fui llamado por el médico de una ciudad vecina para celebrar una consulta sobre un caso muy grave.

La noche anterior, tras una larga cabalgata, mi caballo resbaló arrastrándome en su caída, pero, por suerte, su lesión fue más grave que la mía. Así, al no poder contar con los

servicios del animal, me vi obligado a tomar la diligencia (aún no había ferrocarril en aquel tiempo). Confiaba estar de vuelta el mismo día, por la tarde.

Una vez terminada la consulta fui a la posada más importante de la ciudad para aguardar la diligencia. Pero llegó tan llena que no me quedó otra solución para regresar a mi casa, gastando la menor cantidad de dinero posible, que alquilar un calesín. El pre-

cio que me pidieron me pareció exorbitante, y por esto me decidí a buscar otra posada con menos pretensiones.

Pronto encontré una casa de apariencia apropiada, deslucida y sencilla, con aspecto anticuado y que, evidentemente, hacía años que no había sido pintada. El posadero, en este caso, no pretendería grandes beneficios y tan pronto como llegamos a un acuerdo, tocó la campanilla del patio para ordenar el calesín.

—¿Aún no ha regresado Roberto del recado? —preguntó el encargado de la posada al camarero que había acudido a la llamada.

—No, señor, aún no ha regresado.

—Bien, en este caso despierta a Isaac.

—¡Que despierte a Isaac! —repetí—. Esto resulta extraño. ¿Es que sus mozos duermen durante el día?

—Este, sí —dijo el posadero, sonriendo de una manera enigmática.

—Y también sueña —añadió el camarero.

—Pero no se preocupe usted —replicó el patrón—. Llama a Isaac, el caballero está esperando su calesín.

El comportamiento, tanto del patrón como del camarero, indicaba mucho más de lo que uno y otro habían dicho.

Esto me hizo sospechar que quizás había algo que podía interesarme profesionalmente. Pensé que no estaría de más echar una ojeada al mozo antes de que el camarero lo despertara.

—Un momento —interpu-se—. Me gustaría ver a ese hombre antes de que se despertara. Soy médico y si esta singular manera de dormir y soñar procede de algún defecto cerebral, quizá pueda hacer algo por él.

—Me temo que hallará su dolencia fuera del alcance de la medicina —dijo el posadero—. Pero si usted desea verlo, no hay ningún inconveniente.

Me acompañó a través del patio; por un corredor, descendimos al establo. Abrió una de sus puertas y, quedándose fuera, me dejó pasar.

Me encontré en un establo partido en dos compartimientos. En uno había un caballo masticando su ración de maíz; en el otro un viejo dormido sobre paja.

Me agaché para observarlo. Tenía la cara enjuta, cansada. Sus cejas estaban dolorosamente contraídas, la boca apretada y torcida hacia las comisuras. Las mejillas hundidas y arrugadas y sus pocos cabellos grises denotaban una historia de pasados sufrimientos y desventuras. Cuando lo

miré por vez primera respiraba convulsivamente, pero, inmediatamente, empezó a hablar en sueños.

"Levantéos". oí que decía en un murmullo precipitado a través de los dientes. "Levantáos. ¡Asesino".

Movió con lentitud su brazo escuálido hasta apoyarlo en su garganta, temblando ligeramente, y se volvió sobre la paja. Luego apartó el brazo de la garganta, alargó la mano hacia el lado que se había vuelto y la cerró, como si se agarrara al borde de alguna cosa. Vi que sus labios se movían, y me aproximé a él.

"Ojos grises claros, el párpado izquierdo caído; cabellos rubios..., con una raya dorada..., brazos blancos con vello..., manos pequeñas, aristocráticas, con un matiz coloreado bajo las uñas. El cuchillo..., siempre el cuchillo maldito..., primero a un lado, luego al otro. Ah, demonios, ¿dónde tienes el cuchillo?"

Alzó la voz al proferir esta última palabra y se excitó. Vi que temblaba sobre la paja; su cara arrugada quedó torcida. Levantó las manos dando una boqueada rápida e histérica, y chocó contra el pesebre, debajo del cual estaba tendido. El golpe lo despertó. Tuve el tiempo preciso para escabullirme por la puerta y cerrarla antes de que abriera completa-

mente los ojos y recobrar el sentido.

—¿Conoce usted la vida de este hombre? —pregunté al posadero.

—Sí, señor. La conozco muy bien —contestó—. En realidad es una historia bastante extraña. Casi nadie la cree pero, a pesar de ello, es cierta. Basta mirarle —continúa el posadero, abriendo de nuevo la puerta del establo—. ¡Pobre diablo! Está tan agotado que se ha dormido otra vez.

—No lo despierte —dije—. En realidad no tengo prisa. Esperaré hasta que vuelva de su recado el otro mozo. Y, mientras tanto, tomaré un bocado junto con una botella de jerez, y quizás usted podrá ayudarme a terminar con ella.

Como había supuesto, la cordialidad de mi posadero se acrecentó gracias a su propio vino. Empezó a mostrarse comunicativo con respecto al hombre que dormía en el establo, y poco a poco fui son-sacándole toda la historia. Aunque los acontecimientos pueden parecer extravagantes e increíbles, los relato tal como fueron contados y tal como sucedieron.

II

Hace algunos años vivía en los suburbios de una gran ciudad de la costa de Inglaterra

un hombre de condición humilde llamado Isaac Scatchard. Hacía trabajos de palafrenero y, ocasionalmente, cuando los tiempos eran mejores, se empleaba como mozo de cuadra de alguna casa particular. Aunque era un hombre honrado y trabajador, daba continuos tumbos en su trabajo. Su mala suerte era proverbial entre sus vecinos. Perdía todas las buenas oportunidades, aunque no por su culpa. Nunca lograba que le pagaran puntualmente el salario quienes lo tenían a su servicio. "El desgraciado Isaac" era su sobrenombre en el vecindario y, desde luego, nadie podía negar que lo merecía.

Su participación en la adversidad era mucho mayor de la que normalmente soporta cualquier persona. Isaac contaba únicamente con un consuelo para reconfortarse, aunque era de índole negativa: no tenía esposa e hijos que pudieran incrementar su ansiedad. Quizá se debiera a mera insensibilidad, o quizá a una renuncia generosa para no involucrar a otras personas en su destino desgraciado, pero lo cierto es que había llegado a la mitad de su vida sin haber contraído matrimonio y sin haberse aventurado, ni una sola vez, desde los dieciocho hasta los treinta y ocho años, a la

agradable inculpación de un noviazgo.

Cuando estaba sin trabajo vivía con su madre, viuda. Mistress Scatchard, dentro de su humilde condición, era una mujer que estaba por encima del término medio, en cuanto a capacidad y modales. Había conocido tiempos mejores, como suele decirse, pero nunca hablaba de ellos ante los visitantes curiosos. Aunque extremadamente cortés con todo el mundo, jamás mantuvo intimidad con sus vecinos. Procuraba satisfacer, aunque con dificultad, sus sencillas necesidades confeccionando prendas por encargo de algún sastre. Se ingeniaba para conservar la casa bien arreglada para su hijo, cuando regresaba impulsado por su mala suerte.

Isaac se aproximaba rápidamente a los cuarenta años y se hallaba como de costumbre sin empleo, aunque no por culpa suya. Una mañana de un frío otoño salió de la casucha de su madre y emprendió una larga caminata hacia el interior. Su intención era presentarse en casa de un caballero donde, según había oído, necesitaban un mozo de cuadra.

Faltaban solamente dos días para su cumpleaños. Antes de la partida, mistress Scatchard, con su acostumbrado cariño, le hizo prometer que regresaría a tiempo de poder celebrar

juntos aquel aniversario, naturalmente, de acuerdo con sus escasos medios. Podía cumplir con facilidad este deseo de su madre, aunque se viera obligado a pernoctar dos veces durante el viaje.

Saliendo el lunes por la mañana, tanto si lograba o no la nueva plaza, estaría de regreso para la comida de su cumpleaños, el miércoles a las dos en punto.

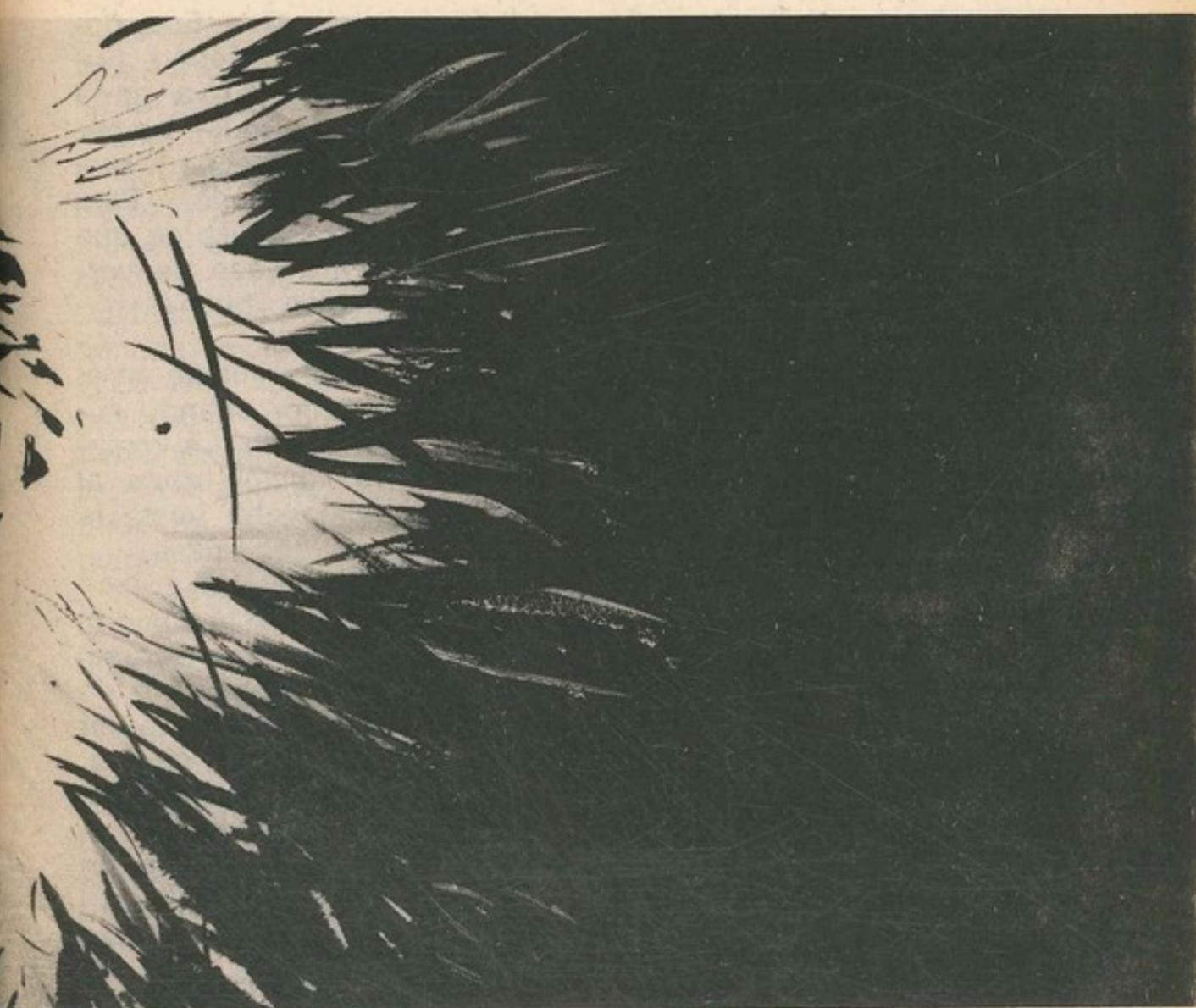
Como sea que el lunes por la noche llegó demasiado tarde a su destino, para poder solicitar la plaza deseada durmió en una posada del pueblo; y el martes, a primeras horas de la mañana, se presentó en la mansión del caballero, para ocupar el puesto vacante. Como siempre, lo persiguió su mala suerte. Las excelentes cartas de presentación que exhibió, avalando su persona, no le sirvieron para nada; su larga caminata había sido en vano. El día anterior la plaza de ayudante de cuadra había sido otorgada a otra persona.

Isaac aceptó este nuevo desengaño como una cosa natural. Su mente no era vivaz, tenía la sensibilidad embotada y la flemática paciencia que suele caracterizar a las personas de comprensión tardía. Con sencilla amabilidad dio las gracias al mayordomo del caballero por haberlo recibido y se despidió sin dar muestras



de desaliento en su cara o actitud.

Antes de partir para su casa se informó en la posada que en su viaje de regreso podía ahorrarse algunas millas siguiendo otro camino. Contando con una información completa, que le fue repetida varias veces, sobre las diversas desviaciones que debía seguir, emprendió la marcha. Anduvo durante todo el día.



Sólo hizo una parada para tomar un bocado de pan y queso y cuando ya oscurecía, se levantó y comenzó a llover. Para empeorar su situación, se hallaba en una parte del país que le era completamente desconocida, aunque sabía que le quedaban unas quince millas para regresar a su destino. La primera casa que encontró era una fonda solitaria, al pie de la carretera y en las inmedia-

ciones de un bosque selvático. Aunque el lugar era solitario, resultaba un gran alivio para un hombre perdido, hambriento, sediento y con los pies enlodados. El posadero, cortés y de aspecto respetable. Como el precio que le pidió por la cama era bastante razonable, Isaac optó por un descanso confortable durante la noche.

Era un hombre sobrio por naturaleza. Su cena consistió

en dos lonjas de tocino y dos rebanadas de pan casero y una cerveza. No fue a la cama inmediatamente después de cenar, sino que se quedó con el posadero hablando de su triste situación y continua mala suerte. Después pasaron a charlar de la carne de caballo y de las carreras.

Ni el posadero ni los pocos jornaleros que entraron al establecimiento dijeron absolutamente nada que pudiera excitar las entumecidas facultades imaginativas de Isaac.

Poco después de las once cerraron la posada. Isaac acompañó al posadero llevando un candelabro mientras cerraba las puertas y ventanas de la planta baja. Con sorpresa, se dio cuenta de la reciedumbre de los cerrojos, barrotes y de los postigos reforzados con plancha de hierro.

—Comprenderá usted. Aquí vivimos muy aislados —dijo el posadero—. Hasta ahora nunca han intentado robarnos, pero es preferible estar bien protegidos. Cuando no tenemos huéspedes, yo soy el único hombre de la casa. Mi esposa y mi hija son miedosas y las criadas también. ¿Otro vaso de cerveza antes de ir a la cama? ¿No? No comprendo cómo es posible que una persona tan sobria como usted se halle sin ocupación. Aquí es

donde dormirá usted. Esta noche es el único huésped. Supongo que se habrá dado cuenta de que mi mujer ha hecho todo lo posible para que se encuentre cómodo. ¿Está completamente seguro de que no tomaría otro vaso de cerveza? Bien, bien, buenas noches.

Eran las once y media en el reloj del corredor cuando subieron al dormitorio. La ventana de la habitación daba al bosque, que llegaba hasta la parte posterior de la casa.

Isaac cerró la puerta, colocó el candelabro sobre la cómoda y se preparó para acostarse. Aún soplaban el viento frío de otoño y resultaba terrible oír el silencio de la noche, su quejumbroso e irregular lamento. Isaac se sentía desvelado. Resolvió, mientras se metía en la cama, conservar la bujía encendida hasta que comenzara a adormilarse, pues le resultaba insoportable la sola idea de estar despierto en la oscuridad, oyendo aquel fúnebre e incesante gemido.

Quedó dormido. Se cerraron sus ojos y se durmió sin que asomara por su mente la idea de apagar la bujía.

La primera sensación consciente después de haber quedado dormido fue un extraño escalofrío que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies y un dolor penetrante y angus-

tioso en su corazón que jamás había experimentado. El escalofrío solamente perturbó su sueño, pero el dolor lo despertó al instante. En un momento pasó del estado de inconsciencia al de vigilia. Sus ojos se abrieron y sintió que sus facultades mentales estaban completamente claras.

La vela se había quemado hasta el final, pero el pabito se había tumbado, irradiando momentáneamente, dentro de la pequeña habitación, una luz clara e intensa.

A los pies de su cama y delante de la puerta cerrada había una mujer con un cuchillo en la mano, mirándolo.

Quedó mudo de terror, pero sin perder la claridad de su consciencia. Permaneció inmóvil mirando a la mujer. Ella no pronunció ninguna palabra mientras se miraban fijamente, pero inició un movimiento lento hacia el lado izquierdo de la cama.

Sus ojos la siguieron. Era una mujer hermosa, con cabellos rubios y ojos grises claros, con el párpado izquierdo caído. Se dio cuenta de estas particularidades, que quedaron grabadas en su mente, antes que aquella mujer hubiera dado la vuelta a la cama. Sin palabra, sin ninguna expresión en su semblante, sin que sus pasos produjeran ruido alguno, se fue aproximando más y

más. Al fin, lentamente, levantó el cuchillo. El movió su brazo derecho hacia la garganta para cubrirla, pero cuando vio caer el cuchillo lanzó sus manos hacia el lado derecho de la cama y, dando un brinco, apartó su cuerpo hacia este mismo lado, en el preciso instante en que el cuchillo caía sobre el colchón a unos centímetros de su espalda.

Mientras ella retiraba con lentitud el cuchillo, sus ojos se fijaron en su brazo y mano. Un brazo níveo, bien formado, con un suave vello sobre su blanca piel. Una mano delicada, aristocrática, con el encantador remate de uñas ligeramente coloreadas.

Retiró el cuchillo y retrocedió pausadamente hasta los pies de la cama; allí se detuvo unos segundos, mirándolo; luego avanzó, silenciosamente, sin dar expresión alguna a su hermosa cara y sin que sus pasos furtivos produjeran el menor ruido. Avanzó hacia el lado derecho de la cama donde él se hallaba.

Mientras se aproximaba levantó de nuevo el cuchillo, y él se apartó hacia el lado izquierdo como antes; el cuchillo, con una acción deliberada, perpendicular del brazo, cayó sobre el colchón. Esta vez sus ojos pasaron de la mujer al cuchillo. Se asemejaba a las navajas grandes que a menu-

do había visto usar a los jornaleros para cortar el pan. Sus dedos delicados no ocultaban más que dos terceras partes del mango; se percató de que era de hueso, con una hoja limpia y brillante que parecía nueva.

Por segunda vez retiró el cuchillo, lo escondió en la amplia manga de su vestido y se paró luego junto a la cama, observándolo. Durante un momento la vio en esta posición, pero luego el pabilo de la vela cayó dentro del hueco del candelabro. La llama decreció hasta convertirse en un diminuto punto azul y la habitación quedó a oscuras.

Pasó un instante y el pabilo se encendió de nuevo, humeante, por última vez. Sus ojos miraban angustiosamente al lado derecho de la cama cuando surgió la última chispa de luz, pero ya no distinguió nada. La hermosa mujer del cuchillo había desaparecido.

La sensación de que de nuevo se hallaba solo debilitó la opresión terrorífica que lo había enmudecido durante todo aquel tiempo. La subconsciente clarividencia que la misma intensidad de su pánico había comunicado misteriosamente a sus facultades lo abandonó de repente. Su cerebro se hizo confuso, su corazón latía apresuradamente. Sus oídos se abrieron por primera vez, des-



de la aparición de aquella mujer, a la sensación del doloroso e incésante quejido del viento entre los árboles. El convencimiento de la terrible realidad de lo que había visto lo hizo saltar de la cama gritando: "¡Asesinos! ¡Levántese!", y se precipitó a través de la oscuridad hacia la puerta.

Estaba cerrada, igual que la había dejado al acostarse. Sus gritos habían alarmado a los habitantes de la casa. Oyó las exclamaciones confusas, atemorizadas de las mujeres. Vio aproximarse por el corredor al posadero, con una linterna encendida en una mano y una escopeta en la otra.

—¿Qué pasa? —preguntó el posadero, sin aliento.

—Una mujer con un cuchillo en la mano —murmuró Isaac—. En mi habitación, una hermosa mujer, de cabellos rubios; me apuñaló dos veces.

Las pálidas mejillas del posadero palidecieron más todavía. Miró Isaac ansiosamente a través de la vacilante luz de la linterna; su cara comenzó a colorearse de nuevo y se alteraron su voz y su actitud.

—Pero parece que ha errado las dos veces —dijo.

—He podido escabullirme cuando bajaba el cuchillo —prosiguió Isaac, en el mismo tono—. Ha dado en la cama las dos veces.

El posadero entró en la habitación con la linterna. Antes de un minuto salió de nuevo al corredor, en un estado de violenta cólera.

—¡El demonio ha volado con usted y con la mujer del cuchillo! No hay ninguna señal en las sábanas. ¿Pero qué se cree usted? Venir a una casa y asustar a una familia hasta hacerles perder el juicio; sólo por una pesadilla.

—Me voy —dijo Isaac en un susurro—. Prefiero estar en la carretera, bajo la lluvia y en la oscuridad camino de mi casa, antes que volver de nuevo a la habitación, después de lo que he visto en ella. Déjeme una luz para vestirme y dígame qué le debo.

—¡Pagar! —gritó el posadero, entrando con semblante desabrido en la habitación—. Encontrará su cuenta en la pizarra cuando baje. No le habría admitido ni por todo el oro que pueda usted tener, sabiendo de antemano su forma de soñar y de gritar. ¡Mire la cama! ¿Dónde está el corte del cuchillo? ¡Mire la ventana! ¿Está forzado el cerrojo? ¡Mire la puerta! Yo mismo oí cómo la cerraba. ¿Está hundida? ¡Una mujer con un cuchillo en mi casa! Debería usted avergonzarse.

Isaac no replicó ni una sola palabra. Se puso sus ropas y luego descendieron juntos.

—Las dos y veinte minutos —dijo el posadero, mientras pasaban delante del reloj—. Una hora muy apropiada para asustar a la gente.

Isaac pagó su cuenta. El posadero lo acompañó hasta la puerta principal y le preguntó, con una mueca despreciativa, mientras levantaba los fuertes cerrojos:

—¿Ha tomado este camino la mujer asesina?

Se separaron sin más palabras. La lluvia había cesado, pero la noche era oscura y el viento helado. Poco importaba a Isaac la oscuridad, el frío o la incertidumbre sobre el camino hacia su casa. Si hubiera sido arrojado dentro de una selva durante una tempestad, le habría resultado un alivio, después de lo que había sufrido en el dormitorio de la fonda.

¿Qué era la hermosa mujer del cuchillo? ¿La creación de un sueño, o bien un ser procedente de un mundo desconocido, a quien los hombres llaman fantasma? No pudo descubrir el misterio —ni lo hubiera conseguido—, aunque ya era el mediodía del miércoles y se hallaba, después de haberse extraviado muchas veces, ante la puerta de su casa.

III

Su madre salió a recibirle. Su cara le indicó inmediata-

mente que algo había pasado.

—He perdido el empleo, pero ésta es mi suerte. Madre, la noche pasada soñé o quizá vi un fantasma. Piense lo que quiera. Me asusté de tal forma que perdí el juicio y aún no lo he recobrado totalmente.

—Isaac, tu cara me asusta. Ven junto al fuego, entra y cuéntamelo todo.

El estaba deseoso de narrar como ella de oír, pues durante todo el viaje de regreso había pensado que su madre, con su comprensión más rápida y superior inteligencia, sería capaz de poner en claro el misterio que no podía explicarse por sí mismo.

Aunque sus pensamientos eran confusos, el recuerdo de su sueño aún estaba vivo en su mente.

La cara de su madre denotó preocupación, que fue aumentando con el transcurso del relato. No lo interrumpió ni una sola vez, pero cuando terminó, aproximó su silla a la suya, le echó los brazos al cuello y dijo:

—Isaac, tú has tenido una pesadilla la madrugada de este miércoles. ¿Qué hora era cuando se te apareció la mujer del cuchillo?

Isaac reflexionó sobre lo que el posadero había declarado cuando pasaron junto al reloj, al salir de la posada. Descontando con la máxima aproxi-

mación posible el tiempo transcurrido entre el momento en que abrió la puerta de su dormitorio y cuando pagó la cuenta antes de partir, contestó:

—Más o menos, alrededor de las dos de la madrugada. Su madre retiró de repente su brazo.

—Este miércoles es tu aniversario, Isaac; y tú naciste a las dos en punto de la madrugada.

La mente de Isaac no era lo suficientemente despierta para comprender el significado del miedo supersticioso de su madre. Quedó admirado y pasmado cuando ella se levantó de súbito de la silla, abrió un viejo escritorio, tomó pluma, tinta y papel y luego dijo:

—Tú tienes muy mala memoria, Isaac; y como yo soy ya una mujer vieja, la mía no es mucho mejor. Deseo que todos los detalles de este sueño nos queden bien grabados para recordarlos dentro de unos años, tal como son ahora. Cuéntame otra vez todo lo que has dicho hace un momento cuando has descrito a la mujer del cuchillo.

Isaac obedeció y quedó maravillado cuando vio que su madre, cuidadosamente, anotaba sobre el papel todas las palabras que iba pronunciando. "Ojos grises claros", escribió cuando llegaron a la parte des-

criptiva. "El párpado izquierdo caído. Cabello rubio, con una raya dorada. Pequeñas manos aristocráticas, con un coloreado en las uñas. Una navaja con mango de hueso, que parecía nueva".

A todos estos detalles mistress Scatchard añadió el año, mes, día de la semana y hora en que la mujer del sueño apareció ante su hijo. Luego cerró cuidadosamente el papel en el escritorio.

En ninguna ocasión Isaac pudo inducir a su madre a que hablara del sueño. Guardó un silencio obstinado e incluso rehusó hacer referencia al papel que guardaba en el escritorio. Pronto se cansó Isaac de sus esfuerzos para romper este terco silencio, y el tiempo, que borra todas las cosas, también borró gradualmente la impresión que le produjo el sueño. Al principio pensaba en él, pero terminó olvidándolo completamente.

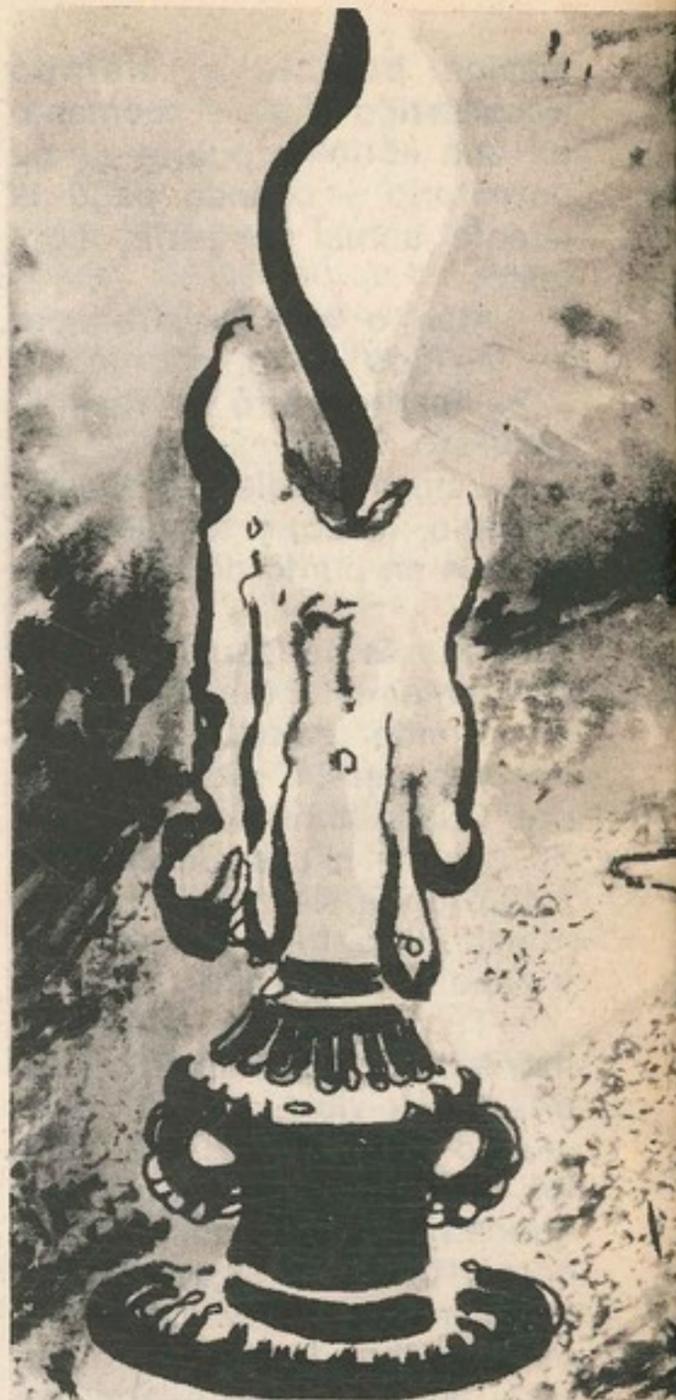
Este resultado se consiguió más fácilmente gracias a algunos cambios importantes que mejoraron considerablemente su situación. Comenzaron poco después de aquella noche terrible. Por fin sus largos y pacientes sufrimientos bajo la adversidad fueron recompensados con excelente empleo, que conservó durante siete años. A la muerte de su amo quedó no solamente con un

excelente certificado de conducta, sino también con una consoladora pensión legada como premio a su comportamiento por haber salvado a su señora en ocasión de un accidente. Así, pues, Isaac Scatchard volvió a la casa de su anciana madre, siete años después del sueño de la posada, disponiendo de una pensión suficiente para el sustento de ambos y con independencia para el resto de su vida.

La madre, cuya salud había empeorado durante los últimos años, mejoró considerablemente, tanto por los cuidados que se pudo prodigar como por haber quedado libre de la ansiedad producida por la falta de dinero. Cuando llegó el cumpleaños de Isaac pudo sentarse a la mesa y comer con su hijo.

Al anochecer, mientras Scatchard se dio cuenta de que la botella de medicina, un tónico, que ella solía tomar, estaba vacía, a pesar de que tenía la idea de que aún quedaban un par de dosis, Isaac decidió ir a la farmacia inmediatamente. Hacía una noche tan lluviosa y fría de otoño como aquella otra memorable en que se extravió y durmió en la posada de la carretera.

Cuando entró en la farmacia se cruzó una mujer vestida pobremente que salía con precipitación. Aunque sólo pudo



dirigirle una fugaz mirada lo sorprendió su semblante y la siguió con los ojos mientras descendía los peldaños de la entrada.

—¿Se ha fijado en esa mujer? —le preguntó el dependiente de la farmacia, detrás del mostrador—. Creo que hay



algo extraño en ella. Me ha pedido láudano para poner en un diente cariado. Como el patrón estará fuera durante media hora, le he dicho que no estaba autorizado a vender venenos a las personas extrañas. Se rió de una forma curiosa y me dijo que regresaría dentro de me-

dia hora. Si espera que el patrón la sirva, creo que quedará desengañada. Se ve claro el propósito de suicidio.

Estas palabras aumentaron extraordinariamente el repentino interés que Isaac había sentido por la mujer momentos antes.

Tan pronto como tuvo la botella llena, salió a la calle y la buscó con avidez. Se paseaba lentamente, arriba y abajo por la acera opuesta. Isaac se dio cuenta, con sorpresa, de que su corazón le latía aceleradamente. Cruzó la calle y le habló.

Le preguntó si le ocurría algo. Ella mostró su estropeado chal, su mísero vestido, su ajado y sucio sombrero; luego se colocó bajo un farol para que la luz cayera sobre su pálida pero hermosísima cara.

—¿Es que parezco una mujer acomodada y feliz? —preguntó con una risa amarga.

Hablaba con un acento y entonación tan puros que Isaac sólo lo había oído anteriormente de labios de algunas damas. Sus actos más insignificantes parecían tener la fácil y negligente gracia de una mujer de buena cuna. Su piel, a pesar de la palidez motivada por la pobreza, era tan delicada como si hubiera pasado su vida disfrutando de todas las comodidades que sólo la riqueza puede comprar. Incluso sus pequeñas y bellas manos conservaban su blancura.

Poco a poco, contestando a sus preguntas, se fue hilvanando la triste historia de aquella mujer. No es necesario contarla aquí, pues se encuentra una y otra vez repetida en los informes de la policía y escritos

descriptivos sobre similares intentos de suicidio.

—Mi nombre es Rebeca Murdoch —dijo la mujer al terminar—. Sólo me quedan nueve peniques. Pensaba gastarlos en la farmacia, para asegurarme un buen pasaje para el otro mundo. Para mí no puede ser peor que éste. ¿Por qué debo quedarme aquí?

Además de la natural compasión y tristeza que provocaron estas palabras y conmovieron su corazón, Isaac sintió dentro de sí una misteriosa influencia que lo conturbaba, mientras aquella mujer estuvo hablando, que trastornó sus ideas y casi lo privó de la facultad de hablar. Como contestación a sus últimas palabras de desesperación sólo pudo decirle que impediría su suicidio, aunque tuviera que seguirla durante toda la noche.

Su áspera y temblorosa seriedad pareció impresionarla.

—No quiero imponerle esa molestia —contestó ella, cuando repitió su amenaza—. Al hablarme bondadosamente, usted me ha dado nuevos deseos de vivir. No es necesario hacer protestas o promesas ridículas. Puede creerme sin ellas. Para asegurarse, vaya mañana a las doce al prado de Fuller, y me encontrará con vida. No, no quiero dinero. Mis nueve peniques me servirán para alojarme esta noche.

Saludó con un movimiento de cabeza y se marchó. Isaac no intentó seguirla; le creyó. “Es extraño; me ha convencido”, se dijo; y se alejó aturrido hacia su casa.

Al llegar, su mente estaba tan absorta en su nuevo incentivo que, cuando entró con la botella de medicina, no se dio cuenta de lo que su madre estaba haciendo. Durante su ausencia había abierto el antiguo escritorio y estaba leyendo atentamente un papel que guardaba en su interior. En todos los aniversarios de Isaac, desde que había escrito literalmente los detalles de aquel sueño terrible, tenía la costumbre de leer el papel y reflexionar sobre su contenido.

A la mañana siguiente se dirigió al prado de Fuller.

Había hecho bien en creerla sin reservas. Estaba allí, puntual, para responder de sí misma. Las últimas y débiles defensas del corazón de Isaac contra la fascinación que Rebeca comenzaba a ejercer sobre él, se hundieron y desaparecieron para siempre en el transcurso de aquella memorable mañana.

Cuando un hombre, anteriormente insensible a la influencia de las mujeres, al llegar a su edad madura, concibe una pasión, es muy difícil que consiga liberarse de su tiranía, cualesquiera sean las circuns-

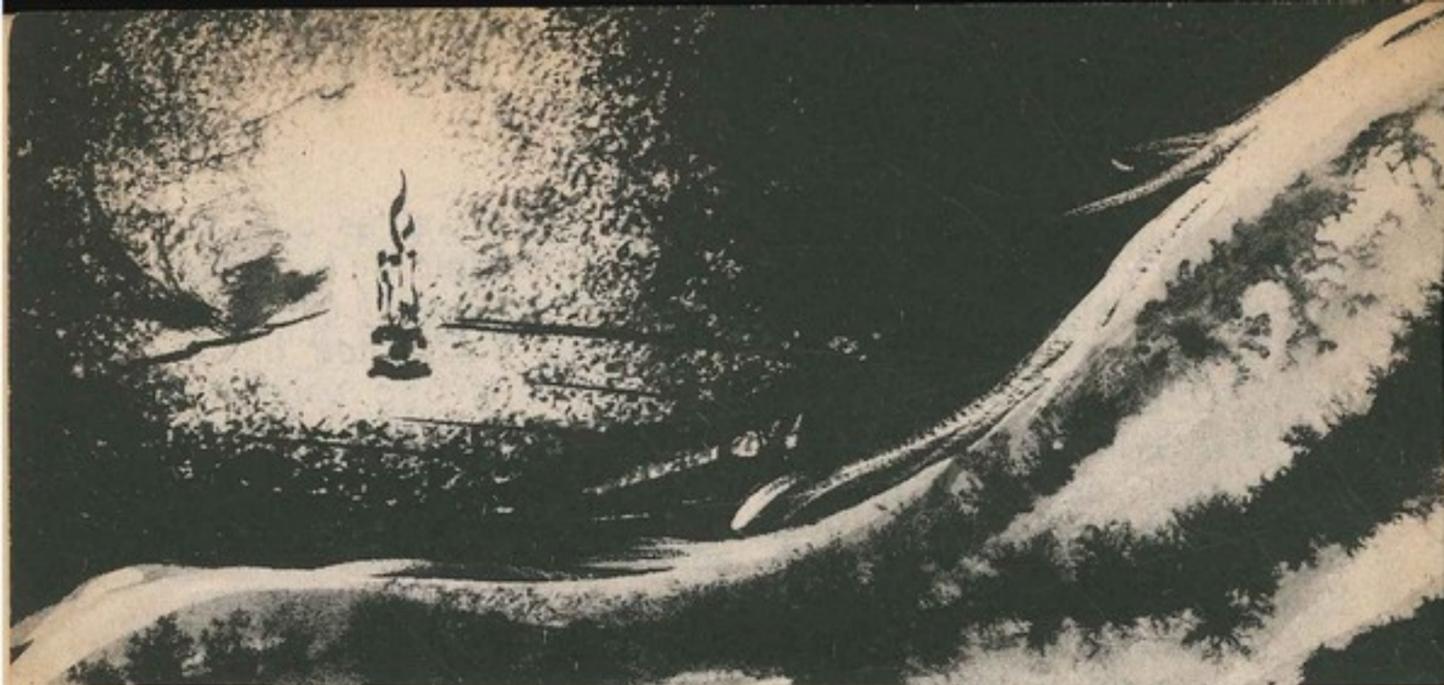
tancias desfavorables que encierre. El encanto de ser tratado con familiaridad y cariño de una mujer distinguida habría sido un peligroso espejuelo para un hombre como Isaac a la edad de veinte años. Pero resultaba más peligroso en la edad madura, cuando los sentimientos de cualquier clase, una vez aceptados, echan raíces con más firmeza en la naturaleza normal del hombre.

Unas cuantas entrevistas furtivas, después de la mañana pasada en el prado de Fuller, completaron su apasionamiento.

En menos de un mes, desde el día en que la vio por primera vez, Isaac Scatchard consintió en dar a Rebeca Murdoch un nuevo interés en su existencia y la oportunidad de recobrar la fama perdida, prometiéndole hacerla su esposa.

Ella había tomado posesión de sus sentimientos y de sus facultades. Ella acaparó sus pensamientos. Le dirigía en todos los aspectos, incluso instruyéndoles en la forma más adecuada para dar la noticia a su madre de su próximo matrimonio.

—Si tú le dices en seguida cómo me encontraste y quién soy —dijo astutamente la mujer—, moverá cielo y tierra para impedir nuestra boda. Dile que soy la hermana de uno de tus compañeros de trabajo. Pi-



dele acceda a concederme antes de entrar en detalles y déjame el resto a mí. Yo procuraré ganármela de manera que me quiera más que a ti, antes que se entere de mi pasado.

El motivo del engaño tenía suficiente justificación para Isaac. La estratagema propuesta le remediaba su ansiedad y calmaba su conciencia intranquila en lo referente a su madre. Pero faltaba algo para que su felicidad fuera perfecta, algo intangible, algo que se traslucía continuamente; no lo experimentaba cuando estaba lejos de ella, sino, aunque parezca extraño, cuando estaba con ella. Era toda bondad. Nunca le hizo notar su inferior capacidad o sus rústicos modales, y mostraba el más dulce anhelo para serle agradable en las más pequeñas trivialidades. Pero, a pesar de esto, nunca pudo sentirse completamente tranquilo con ella. Cuando se encontraron por

vez primera, junto con la admiración que le produjo su semblante, tuvo la vaga sensación de que la había visto anteriormente. Su amistad posterior no destruyó esta incertidumbre.

Anunció a su madre el compromiso matrimonial precipitado y confusamente, omitiendo detalles, según le había sido indicado. Mistress Scatchard mostró entera confianza en su hijo; le echó los brazos al cuello diciéndole que la noticia le daba gran alegría; tenía verdaderos deseos de conocer a la mujer que su hijo había elegido. Convinieron la presentación para el siguiente día.

Era una hermosa y soleada mañana. El pequeño comedor de la casa estaba lleno de luz, cuando Mistress Scatchard, feliz y expectante, vestida de fiesta para el acontecimiento, esperaba a su hijo y su futura nuera.

Puntualmente, Isaac, nervioso y apresurado, condujo a su

futura esposa dentro del comedor. Su madre se levantó para recibirla; avanzó unos pasos, sonriente, miró a Rebeca y se paró repentinamente. Su cara, sonrosada un momento antes, se volvió blanca; sus ojos perdieron la expresión de mansedumbre y bondad, adquiriendo una mirada perdida, de terror. Sus brazos extendidos cayeron inertes, y retrocedió tambaleándose.

—Isaac —murmuró, agarrándole fuertemente el brazo, cuando éste le preguntó alarmado si se encontraba enferma—. Isaac, ¿es que la cara de esta mujer no te recuerda nada?

Antes de que pudiera contestar, antes de que pudiera volver la mirada hacia donde estaba Rebeca, su madre le señaló el escritorio y le dio la llave.

—¡Abrelo! —dijo, en un rápido y desalentado susurro.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué se me trata así? ¿Es que

tu madre quiere insultarme? —preguntó Rebeca, enojada.

—¡Abrelo, y dame el papel que hay en el cajón de la derecha! ¡Rápido, por amor de Dios! —dijo mistress Scatchard, apartándose aterrorizada.

Isaac le dio el papel. Ella lo miró durante un momento, luego siguió a Rebeca que orgullosamente abandonaba la sala, y la sujetó. Precipitadamente levantó las largas y anchas mangas de su vestido y miró sus brazos y manos.

El miedo reemplazó a la expresión de enojo en la cara de Rebeca, mientras se liberaba de la vieja mujer. "Loca", se dijo para sí, "Isaac nunca me lo dijo". Y abandonó el comedor.

Isaac intentaba seguirla, cuando su madre se volvió y le impidió la salida. Le oprimía el corazón ver el desconsuelo y terror en la cara de su madre.

—Ojos grises claros —dijo ella, en tono temeroso, bajo y triste, señalando hacia la puerta abierta—. El párpado izquierdo caído; cabellos rubios, con una raya dorada; brazos blancos con ligero vello sobre su piel, pequeñas manos aristocráticas, con un matiz coloreado en las uñas. ¡Isaac, la mujer del sueño!

Aquella tenue duda que nunca había sido capaz de dominar en presencia de Rebeca, se hacía ahora concreta. Había visto su cara antes, siete años antes, el día de su cumpleaños, en el dormitorio de la solitaria posada.

—¡Cuídate, hijo mío! ¡Cuídate, Isaac! ¡Isaac, déjala marchar y quédate conmigo!

Algo oscureció la ventana del comedor mientras ella pronunciaba estas palabras. Sintió un súbito escalofrío y miró de soslayo a la sombra. Rebeca Murdoch había regresado. Les observaba con curiosidad a través de los visillos de la ventana.

—He prometido casarme, madre —dijo él—. Y debo hacerlo.

Las lágrimas inundaron sus ojos mientras hablaba y empañaron su vista, pero aún pudo distinguir en la ventana aquella cara fatal que comenzaba a alejarse.

La cabeza de su madre se reclinó sobre su pecho.

—Se ha desmayado —susurró él.

—Tengo el corazón destrozado, Isaac.

La besó. La sombra, mientras tanto, había vuelto a la ventana y la cara fatal miraba con curiosidad.

IV

Tres semanas más tarde, Isaac y Rebeca se unieron en matrimonio. Toda la obstinación que existe en la naturaleza moral del hombre se había enraizado en su corazón.

Después de aquella primera entrevista en el comedor de la casa, ningún argumento pudo inducir a mistress Scatchard a ver de nuevo a la esposa de su hijo. No quería ni hablar con ella, cuando Isaac intentaba defender su causa después del matrimonio.

Esta conducta no se debía a que hubiera descubierto la anterior degradación de Rebeca. Esta circunstancia no fue objeto de ningún comentario entre madre e hijo. Isaac, para salvar la paz de su hogar, admitió aquella primera suposición de Rebeca de que la edad y las enfermedades habían afectado a la madre de Isaac. Incluso permitió que su esposa le recriminara no habérselo confesado antes del compromiso matrimonial, por temor a que la verdad pudiera implicar un riesgo. El sacrificio de su pro-

bididad frente a su abrumador desengaño resultaba insignificante y poco le costó a su conciencia después de lo que ya había hecho.

Pero el momento de despertar de su error no estaba lejano. Después de unos meses pacíficos de vida matrimonial, cuando el verano marchaba a su fin y se aproximaba el mes de su aniversario, Isaac se dio cuenta del cambio de carácter de su esposa. Se volvió áspera y despreciativa; trabó amistades peligrosas, a pesar de sus objeciones, sus súplicas y mandatos. Pronto descubrió que después de cada discusión Rebeca buscaba el olvido en la bebida. Poco a poco, después de que tuvo noticia de que su esposa andaba en compañía de bebedores empedernidos, Isaac adquirió la espantosa certidumbre de que ella también estaba alcoholizada.

Antes de que ocurrieran estas calamidades domésticas, Isaac se hallaba triste y disgustado. La salud de su madre, según podía ver con claridad cada vez que la visitaba, decaía rápidamente, y en secreto se recriminaba a sí mismo como la causa de los sufrimientos mentales y corporales que sufría. A estos remordimientos se añadieron la vergüenza y miseria motivadas por el descubrimiento de la degradación de su esposa.

Su madre, a pesar de su enfermedad, fue la primera en notar su cambio y la primera en oír su último y peor disgusto con su esposa. El día en que le hizo la humillante confesión, ella sólo pudo llorar, pero en la visita siguiente ya había tomado una resolución con respecto a sus aflicciones domésticas que lo asombraron y aun lo alarmaron. La encontró dispuesta a salir y al preguntarle el motivo, recibió esta contestación:

—Yo no voy a vivir mucho tiempo, Isaac —dijo—. Y no moriré tranquila si no hago todo lo posible para conseguir la felicidad de mi hijo. Quiero sobreponerme a mis temores y sentimientos. Voy contigo a ver a tu esposa; intentaré llevarla por el buen camino. Dame tu brazo, Isaac, y déjame hacer la última cosa que puedo en este mundo para ayudarte, antes que sea demasiado tarde.

No podía desobedecerla y juntos partieron lentamente hacia su casa.

Era la una de la tarde cuando llegaron. La hora de comer, y Rebeca se hallaba en la cocina. Esto facilitó el que su madre pudiera entrar sigilosamente en el comedor y él pudiera preparar a su esposa para la entrevista. Como era temprano, había bebido poco, y la encontró en su estado me-

nos áspero y caprichoso que usualmente.

Regresó al comedor junto a su madre, algo más tranquilo. Su esposa pronto le siguió y la reunión entre ella y mistress Scatchard resultó mejor de lo que él hubiera aventurado a predecir. Aunque observaba con secreto recelo a su madre, que si bien se controlaba perfectamente en otros aspectos, cuando hablaba no podía mirar a su esposa cara a cara. Cuando Rebeca comenzó a poner la mesa se sintió aliviado.

Puso la mesa, llenó un cesto con pan y cortó una rebanada para su esposo; luego regresó a la cocina. En aquel momento, Isaac, que aún miraba ansiosamente a su madre, quedó sobrecogido al ver el horrible cambio de su cara, semejante al de la primera entrevista con Rebeca.

Sin que pudiera pronunciar una palabra, su madre susurró:

—¡Llévame a casa! ¡A casa, Isaac! ¡Ven conmigo y no regreses nunca más!

Temía pedirle una explicación. Sólo pudo indicarle que se callara y la ayudó a salir rápidamente. Cuando pasaban junto al cesto del pan, se paró y señaló:

—¿Has visto con qué cortaba el pan tu esposa? —preguntó en voz baja.

—No, madre, no lo he visto.



—¡Mira!

Miró. Una navaja nueva, con mango de hueso, se hallaba en el cesto junto a la rebanada de pan. Temblando, extendió su mano para tomarla, pero en el mismo momento se oyó un ruido en la cocina y su madre lo agarró del brazo.

—¡El cuchillo del sueño, Isaac! Estoy asustada; sácame de aquí antes que regrese.

Casi no podía sostenerla. La visible y tangible realidad del cuchillo lo sobrecogió de pánico y destruyó cualquier duda que hubiera podido conservar hasta aquel momento. Mediante un esfuerzo desesperado, consiguió el suficiente dominio de sí mismo para poder ayudar a su madre a salir de la casa, tan silenciosamente que "la mujer del sueño" (así la llamaba en su pensamiento) no se percató de su partida.

—¡NO regreses, Isaac, no regreses! —imploró mistress Scatchard, cuando él se alejaba, después de haberla acompañado.

—He de tomar el cuchillo —contestó.

Su madre intentó disuadirlo, pero él salió precipitadamente sin más explicaciones.

Al llegar a su casa pudo comprobar que Rebeca había bebido y estaba furiosa. En la cocina la comida estaba tirada bajo la rejilla del fogón. El

mantel había desaparecido de la mesa. ¿Y el cuchillo?

Imprudentemente preguntó por él. Ella acogió satisfecha la oportunidad que ofrecía la pregunta para fustigarle. ¿Deseaba el cuchillo? ¿Podía darle alguna razón. NO. Entonces no se lo daría ni aunque se arrojara a sus pies. De posteriores discusiones se pudo deducir que lo había comprado muy barato y, por tanto, lo consideraba de su especial pertenencia. Isaac se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos para obtenerlo de una manera directa. Se decidió a buscarlo por su cuenta cuando se le presentara la ocasión.

La búsqueda resultó infructuosa. Llegó la noche y abandonó la casa para vagar por las calles. Tenía miedo de dormir en la misma habitación que ella.

Pasaron tres semanas. Rebeca seguía enojada y no quería ceder en la cuestión del cuchillo y él, todavía atemorizado, no quería dormir en la misma habitación. Vagaba por las noches, o dormía en el comedor o permanecía sentado junto a la cama de su madre. En la primera semana del mes siguiente, su madre murió. Falaban solamente diez días para su aniversario. Isaac estuvo a su lado hasta el último momento y recibió sus postreras palabras:

—No regreses, hijo mío. No regreses.

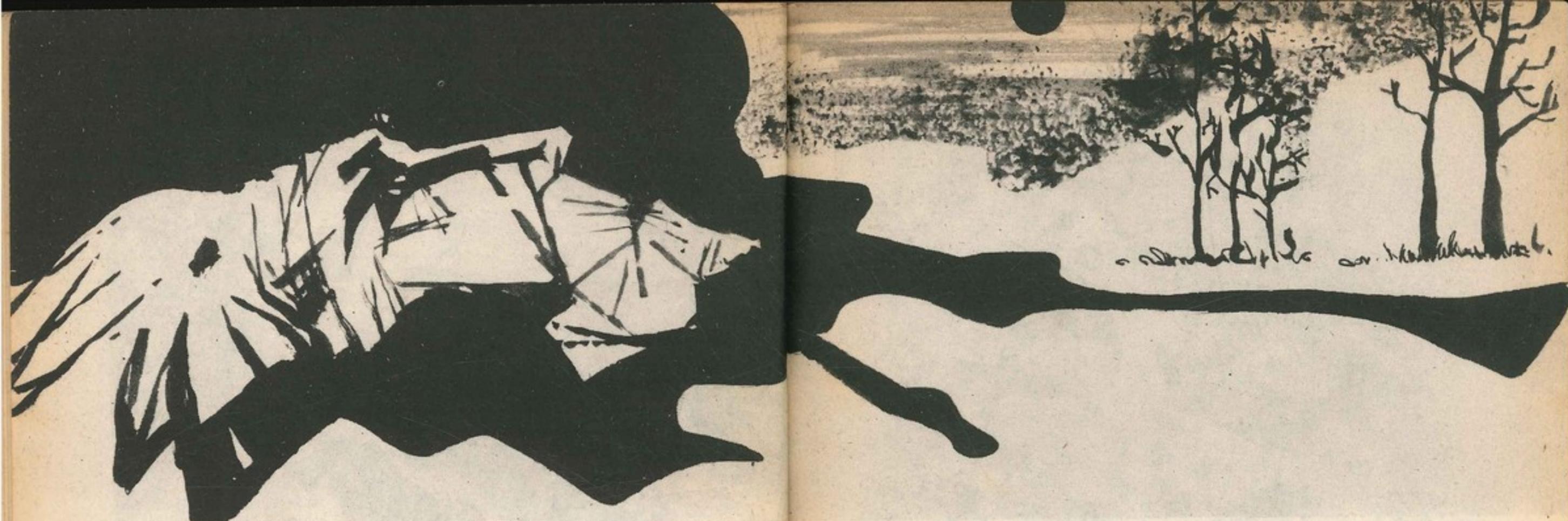
Pero necesitaba volver, aunque sólo fuera para vigilar a su esposa. Esta, exasperada hasta el límite por su manifiesta desconfianza, quería añadir, para vengarse, otra espina más, y durante los últimos días de la enfermedad de su madre declaró su intención de ir al funeral. A pesar de cuanto él hizo o dijo, ella, con aviesa terquedad, mantuvo su palabra. El día señalado para el entierro, excitada por la bebida, se presentó a su esposo con la pretensión de acompañar a la comitiva hasta la sepultura de su madre.

Este último ultraje, acompañado de gestos y palabras injuriosas, lo enloquecieron por un momento. Y le pegó.

Se arrepintió en el mismo instante de haberla golpeado. Ella se acurrucó silenciosamente en un rincón del comedor, mirándolo fijamente. Era una mirada que helaba la sangre caliente y producía escalofríos. Era preciso arriesgarse hasta que terminara el entierro, y sólo había un medio para estar seguro. La encerró dentro del dormitorio.

Cuando regresó, la encontró sentada junto a la cama. Su mirada parecía inquieta. Había un paquete sobre su falda. Se levantó y lo miró silenciosamente. Cuando habló lo hizo





con una extraña calma en su voz, un extraño reposo en los ojos y una extraña compostura en sus modales.

—Ningún hombre me ha pegado dos veces —dijo—. Y mi esposo no tendrá una segunda oportunidad. Abre la puerta y déjame partir. De ahora en adelante no volveremos a vernos.

Antes de que pudiera contestar, pasó frente a él y abandonó la casa. La vio marchar calle arriba.

¿Volvería?

Durante toda la noche vigiló y esperó, pero no se oyeron pisadas cerca de la casa. Al día siguiente, vencido por la fatiga, se acostó, vestido, con la puerta cerrada, la llave sobre la mesa y la bujía encendida. Su sueño fue tranquilo.

La tercera, la cuarta, la quinta, la sexta noche pasaron sin ningún acontecimiento. En la séptima noche aún se echó vestido en la cama, con la puerta cerrada, la llave sobre la mesa y la bujía encendida, pero su mente estaba serena.

Durmió sosegadamente; no obstante, su sueño no fue reparador. Por dos veces se despertó sin ninguna sensación de inquietud. Mas la tercera vez sintió el mismo inolvidable dolor penetrante en su corazón que la noche de la posada.

Sus ojos se dirigieron hacia el lado izquierdo de la cama y allí estaba.

¿Otra vez la mujer del sueño? ¡No! Su esposa, la realidad viviente, mas con la misma cara que el espectro del sueño, el hermoso brazo en

alto, el cuchillo tomado por su delicada y blanca mano.

Al verla saltó sobre ella, pero no pudo impedir que escondiera el cuchillo. Sin una palabra por su parte, sin un grito por parte de ella, la ató a una silla. Con una mano tanteó la manga y allí donde la mujer del sueño lo había escondido, tenía el cuchillo su esposa. Un cuchillo con mango de hueso que parecía nuevo.

En medio de la desesperación de aquel terrible momento su cerebro se mantuvo claro, su corazón en calma. La miró fijamente, con el cuchillo en la mano y pronunció estas palabras:

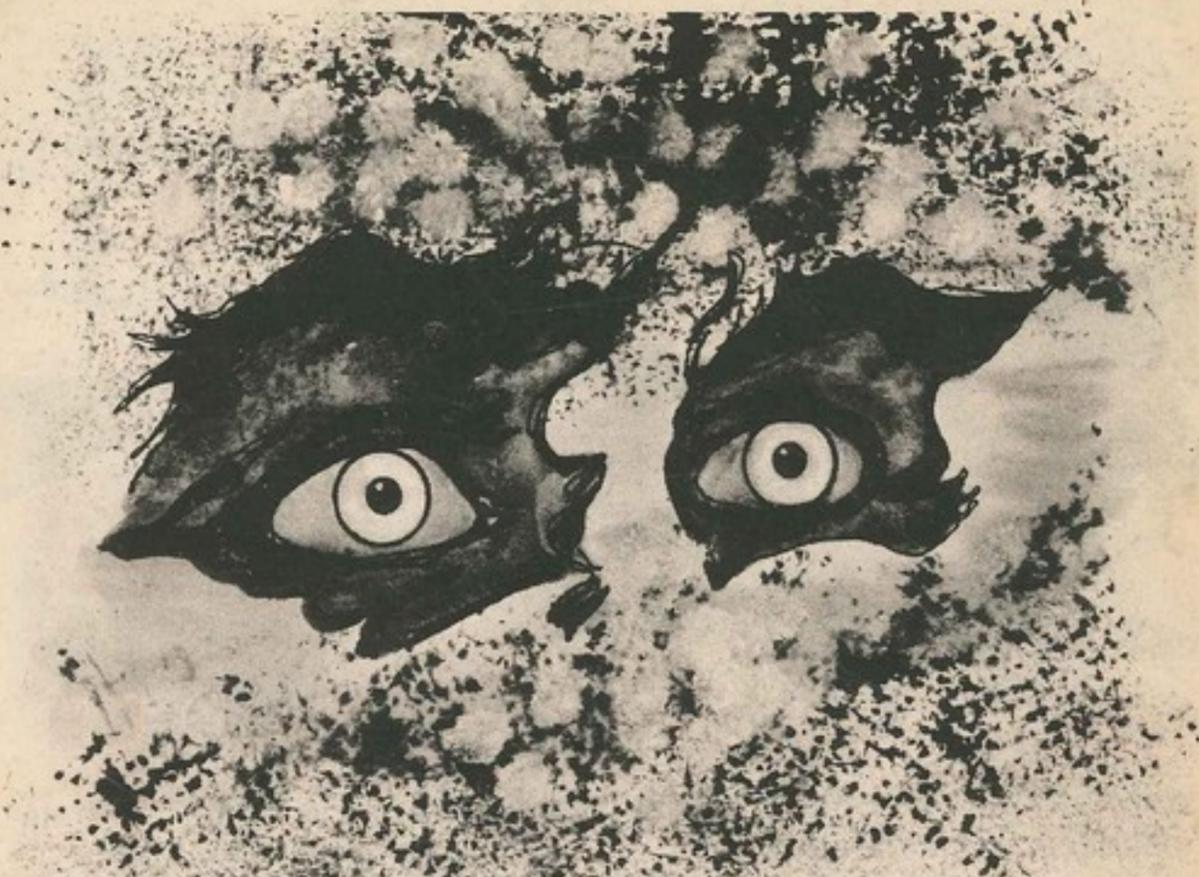
—Tú me dijiste que no nos volveríamos a ver y has regresado. Ahora me iré yo; me iré para siempre. Yo digo que no

nos veremos jamás, y mi palabra no quedará incumplida.

La dejó y penetró en la noche. En la calle un viento frío y el olor de las recientes lluvias empapaba el aire. Mientras andaba rápidamente, más allá de las últimas casas de los suburbios, el lejano reloj de la iglesia tocó un cuarto. Preguntó la hora al primer guardia que encontró.

El hombre consultó su reloj y, medio dormido, contestó: "Las dos, las dos y cuarto de la madrugada". ¿Qué día del mes era el que acababa de empezar? Calculó desde la fecha del entierro de su madre. Era el día de su cumpleaños.

¿Con el presagio del sueño había escapado del peligro? ¿O había recibido únicamente un segundo aviso?



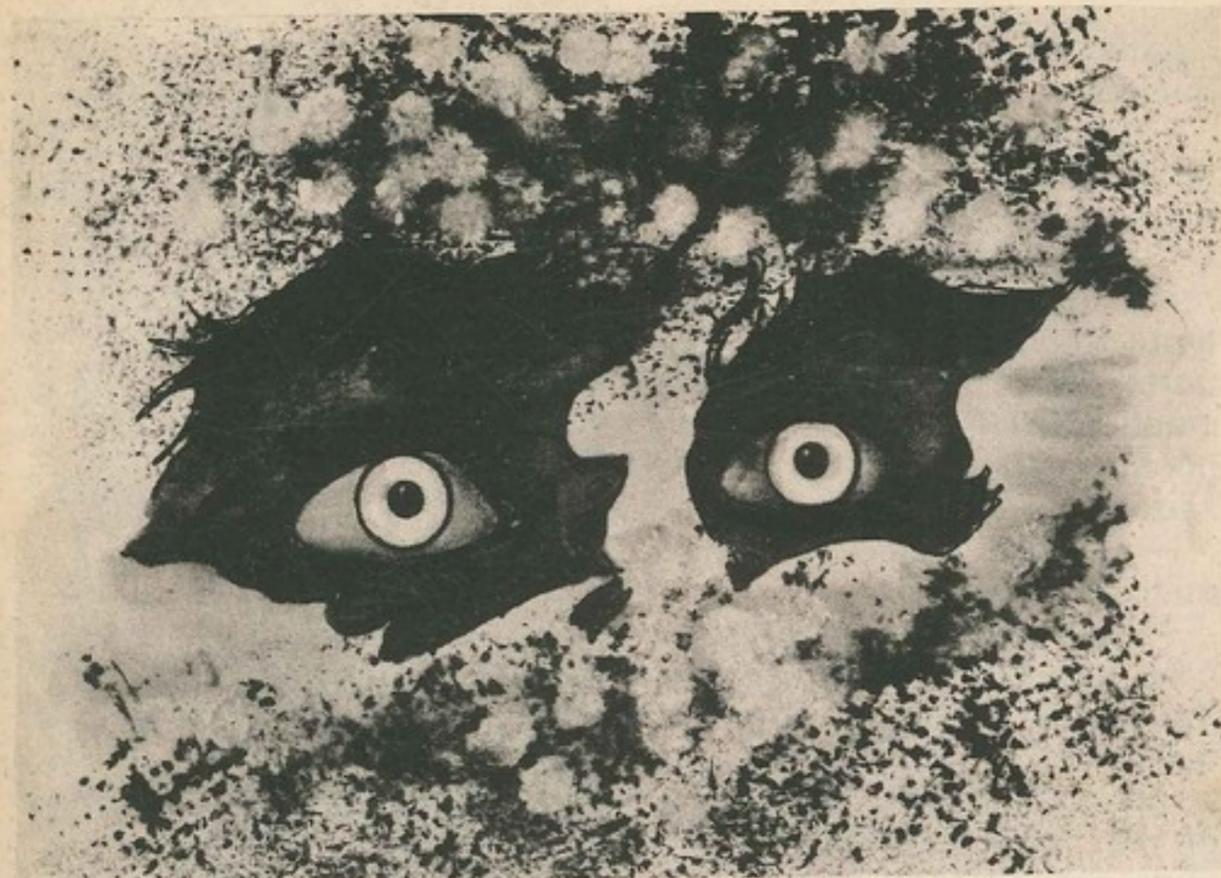
Mientras esta siniestra duda se adentraba en su mente, paró, reflexionó y regresó a la ciudad. Estaba resuelto a mantener su palabra, a no verla más. Pero una nueva idea había surgido en su mente; debía vigilarla. El cuchillo estaba en su poder y un vago e inexplicable miedo supersticioso lo dominaba. "Quiero saber a dónde va, ahora que cree que la he abandonado", se dijo a sí mismo, mientras entraba sigilosamente en su casa.

Aún era de noche. Había dejado la bujía encendida en el dormitorio, pero cuando miró por la ventana no había luz. Penetró con cautela por la puerta. Recordó que al salir la

había cerrado; ahora estaba abierta.

Volvió a salir y se quedó vigilando la casa hasta la llegada del día. Entonces se aventuró a entrar. Escuchó, no oyó nada. Miró dentro de la cocina, en el fregadero, el comedor, y no halló nada. Entró finalmente en el dormitorio, estaba vacío. En el suelo había una ganzúa que delataba el medio utilizado por ella para penetrar aquella noche. Era el único rastro.

Antes de abandonar la casa y la ciudad para siempre, dio instrucciones a un amigo y vecino para vender los muebles a cualquier precio, y destinar su producto a la indagación



del paradero de su mujer. Las instrucciones fueron seguidas honradamente, pero la información resultó inútil. La ganzúa abandonada en el piso del dormitorio quedó como última e inútil huella de la mujer del sueño.

V

Al llegar a este punto de la narración, el posadero hizo una pausa y, volviéndose hacia la ventana de la habitación donde nos hallábamos sentados, miró en dirección al patio de la cuadra.

—Hasta aquí —dijo—, le he contado lo que me dijeron. Lo poco que falta lo he averiguado por mí mismo.

"Dos o tres meses después

de los acontecimientos que le he referido, Isaac se presentó aquí, arrugado y envejecido prematuramente, tal como usted lo ve ahora. Tenía buenos certificados que avalaban y me solicitó un empleo. Sabiendo que era pariente lejano de mi esposa le di una oportunidad, en consideración al parentesco y, realmente, me gustó a pesar de sus extrañas costumbres. Es tan sobrio, honrado y voluntarioso como no hay otro en Inglaterra. En cuanto a desasosiego por la noche y a su forma de dormir durante el día cuando no tiene trabajo, ¿quién se extrañará después de oír su historia? Además, nunca se enoja si se lo llama,

de manera que no tengo que quejarme".

—¿Supongo que tiene miedo de que se repita aquel terrible sueño?

—No —replicó el posadero—. El sueño le viene con tanta frecuencia que ya lo soporta. Es su esposa la que lo mantiene despierto durante la noche, según me ha confesado.

—¡Qué! ¿Es que se tienen noticias de ella?

—No, ninguna. Pero Isaac cree que ella vive y lo vigila. Yo pienso que no desearía quedarme dormido a las dos en punto ni por el rescate de un rey. "Las dos de la madrugada, dice él, es la hora en que cualquier día ella se presentará". Es cuando más lamenta no haber recuperado el cuchillo. No le preocupa estar solo, si está despierto, excepto la noche anterior a su cumpleaños, que es cuando cree realmente que su vida está en peligro. Desde que está con nosotros, sólo ha celebrado un cumpleaños. Se pasó toda la velada con el mozo que hace un turno de noche. "Me está buscando", es todo lo que dice, cuando alguien le pregunta sobre la única inquietud de su vida. "Me está buscando". Puede que tenga razón; quizá lo está buscando.

—¡Quién lo sabe! —digo yo.

Versión de OSCAR MORRIS.



CINE DE CIENCIA FICCIÓN

The Time Machine

LOS VIAJEROS DEL TIEMPO

por EDUARDO J. LYNCH

¿Existe el tiempo? Zenón, en el siglo V antes de Jesucristo, fue uno de los primeros en ponerlo en duda. Podría ser una dimensión convencional para explicar el misterio de la vida y la muerte. En **Historias de monstruos** (1969) enumeré algunas premisas. En el **De viris** (siglo I) se dice textualmente que el tiempo es un sueño cuya revelación se obtiene en el instante de la muerte. En la **Pseudo Historia de Neferkeptah** (siglo VI) se lo compara con una redoma que se agota con la mirada. En el **Hay Benyocdan** (siglo XII), de Abentofail, se alude a un tiempo circular e ilusorio.

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

También decía que la primera máquina del tiempo aparece en **The Time Machine** (1895), de H. G. Wells. No la describe. Pero nos habla de sus conmutadores y de los efectos que causa en el cosmonauta: una inmersión hacia el vacío en el que se cae vertiginosamente como si el alma

estuviera liberada de su envoltura corporal. En este vértigo el día y la noche eran dos aleteos sucesivos que duraban un instante. Colocado junto a las palancas y los conmutadores, el cosmonauta, siguiendo la línea del tiempo, explora el futuro de nuestro planeta, en permanente discordia heraclítea, y llega al instante en que sólo hay dos razas que dividen la Tierra: la de los **Eloi** y la de los **Morlocks**. Los Eloi pueblan el día. Son superficiales y decadentes. Creen que la inteligencia es un invento para torturarse. Los Morlocks manejan la noche. Son los antípodas del espíritu, dispuestos a la destrucción. El cosmonauta analiza estas razas antagónicas, las peripecias que ha de sufrir entre los seres de la noche. Sigue en la máquina del tiempo, explorando el futuro inacabable. Un día estalla el Sol. La Tierra se convierte en un signo de objetos trasudados. El páramo y la muerte. En vez de hombres sólo hay unos seres

(el resto de la humanidad) en forma de cangrejos.

El tema del tiempo fue retomado por John William Dunne en **An Experiment with Time** (1927) (Un experimento con el tiempo) y llevado a un análisis ulterior en **The Serial Universe** (1934) (El universo serial). También fascinó a Ouspensky en su **Strange Life of Ivan Osokin** (1947) (La extraña vida de Iván Osokin), cuyo protagonista, a pesar de haberse borrado los 12 últimos años de vida, vuelve a cometer los mismos errores.

George Pal realizó la filmación de **The Time Machine: El tiempo en sus manos**. Fue en 1959. Luis Gasca, muy informado sobre esto, nos dice:

"Ante todo el diseño de la máquina novecentista es un prodigio de ambientación, que incluye una broma divertida, al figurar el nombre de Wells en una placa, como fabricante de la misma. El paso del tiempo en cada escapada atemporal de George se refleja en el paso del sol por la ventana de su laboratorio, por el vestuario de un maniquí en el escaparate de una tienda de modas, por el rápido crecimiento de flores y plantas en las primeras experiencias. El viajero del tiempo llega así a conocer la Primera Guerra Mundial (el filme está ambientado en 1900) y la tercera gran guerra en 1966 que

provoca la destrucción y aniquilación de todo el planeta. Posteriormente el viajero hace una nueva incursión en el futuro, localizada en el año 802.701. Y a partir de este momento, el filme se escapa de las manos de George Pal, para convertirse en un vulgar producto de consumo para **teenagers** americanos, con sus inevitables monstruos peludos de guardarropía, aquejados de un maquillaje infantiloides tipo **hágaselo usted mismo, conviértase en sus horas libres en el hombre-lobo**, de Henry Grace y Keogh Gleason.

El mundo futuro de Pal está dividido en dos razas. La una es evidentemente descendiente directa de los adolescentes del **surf** y del **bikini-pajama party** creada por la productora American-International. Esta raza de los **Eloi**, disfrazada de helenistas castos y puros, goza diariamente de los juegos acuáticos y de su rubia inocencia. La otra raza, la raza maldita, la raza producto de la bomba atómica, son los cániles subterráneos **Morlocks** que cobran su tributo de carne humana periódicamente. Con sus largos pelos de colorines, encarnan probablemente a la civilización del consumo y su insaciable apetito."

George Pal incorporó elementos extraños que no se hallan en la novela de Wells,

como el de la bomba atómica y el sarcasmo. Pero eran imprescindibles para demostrar la soberbia del hombre y el posible aniquilamiento de su especie. La intención sociológica del autor surge integerrima, en cambio, en este filme, cuyas principales secuencias, como la fuga ante los **mclocks** subterráneos, están llenas de un misterio paralizante. Cuando Bradbury, en lo literario, intenta algo semejante con **El ruido de un trueno**, de **The Golden Apples of the Sun** (1952) (Las doradas manzanas del Sol), obtendrá una visión poética, pero nunca un clima sobrecogedor como el que se advierte en el novelista inglés.

LOS VIAJES HACIA EL PASADO

La máquina del tiempo posibilitó una serie de filmes en los que se destacan sus viajeros con un olvido total del mecanismo para retrogradarse a épocas anteriores. Hay casi siempre una computadora que suele verse muy poco, acaso como elemento decorativo, o una extraña "compuerta" desde la cual se pasa al pasado, sin transición entre la imagen y el efecto. Esto es muy común en Irwin Allen, como puede verse cuando realiza **The Time Travelers** (1970) (Los viajeros del tiempo). Más que la máqui-

na (se ve la "compuerta" hacia el espacio), interesan los viajeros y sus peripecias. Conocen los detalles y la hora del pasado, y deben obrar rápidamente antes de que la catástrofe que conocen históricamente les impida la investigación por la cual se han sumergido en el pasado, ese túnel del tiempo tan popularizado a partir de Murray Leinster (**The Time Tunnel**).

En este filme de Irwin Allen, la computadora del tiempo retrotrae al doctor Clinton y al investigador Adams al incendio de Chicago, en octubre de 1871. Deben rescatar una fórmula que el doctor Joshua Henderson, muerto en esa tragedia, empleaba para combatir la llamada fiebre de los bosques. Urge realizarlo antes de la destrucción de la ciudad. De la fórmula dependen otras vidas del siglo XX. Los viajeros que llegan entonces a ese Chicago del pasado, conocen cada uno de los instantes del tiempo histórico. Se enfrentan con el doctor Henderson, y le explican hábilmente la necesidad de llevarse su secreto terapéutico para salvar a otros seres del futuro afectados por el mismo mal. Henderson entiende con alguna dificultad. Cede, sin embargo, ante los hechos fatales que se producen, anunciados previamente por ellos. Cuando el incendio

arrasa a Chicago, Clinton y Adams ya están en su siglo con la fórmula benefactora.

EL TIEMPO EN EL CUERPO

Un filme extraordinario, con otra variante del tiempo, fue **The Fantastic Voyage** (1965) (Viaje fantástico), de Richard Fleischer, con guión de Harry Kleiner sobre el relato de Otto Klement y Lewis Bixby. Ya no se trata de retroceder en el tiempo sino de introducirse en el cuerpo de un ser humano y recorrer sus vísceras en un submarino microscópico para operar con el rayo laser el cerebro de un sabio en el que está interesado el Pentágono. Es la única manera de salvarle la vida y obtener los secretos vitales que se investigan. El procedimiento es inusitado, excesivamente riesgoso. Pero el sabio no puede ser sometido

a una operación ordinaria. Para realizar esta hazaña se reduce microscópicamente el equipo que ha de introducirse en el torrente sanguíneo del sabio. Obtenida la reducción, son inyectados en el cuerpo, a bordo de un submarino. El equipo tiene 60 minutos para realizar la operación, transcurridos los cuales adquieren automáticamente su estatura normal.

El suspenso del filme está fundado en ese tiempo preciso de la reducción. Un solo segundo después del límite temporal, incluye la muerte del sabio y de los que navegan por ese mundo fantástico donde las vísceras, el corazón, los pulmones, son continentes peligrosísimos para llegar al cerebro. El hecho se cumple, sin embargo. El rayo laser ha limpiado el obstáculo que impedía la lucidez mental.

**LLEGA LA NUEVA VERSION FLASH GORDON
PRECEDIDO DE ALGUNOS CULTORES DE LA DECA-
DA DEL 40, Y LOS "NUEVOS", QUE LO LEIMOS EN
ALGUNAS PUBLICACIONES, SUMANDO AQUELLOS
QUE VIERON SUS TRES FILMES EPISODICOS, NUESTRO
MEDIO PODRA VER Y CRITICAR LA NUEVA
VERSION DEL AVENTURERO ESPACIAL: FLASH GOR-
DON. PRODUCIDA POR DE LAURENTIIS.**

La nostalgia ha hecho hincapié en la cinematografía. Antes vimos una "remake" de

"King Kong", que conservando plenamente la síntesis argumental nos ubicaba en la

época actual. Ahora, continuando su línea evocativa, podremos ver una nueva superproducción de Dino de Laurentiis, que trae aparejada esa vocación nostálgica.

Se trata de "**Flash Gordon**", aquel héroe del comic-trip ideado por el maestro de la tinta, Alex Raymond, e interpretado hace más de treinta años, en tres seriales, por Buster Grabe, el actor que también protagonizara a Buck Rogers.

En este caso el intrépido Flash Gordon es el actor Alex Cord. Por supuesto que aparece Dale Evans y el Dr. Zarov. También sus aventuras se desarrollan en el extraño y remoto planeta Mongo, en donde Ming, el maligno, intentará una vez más imponerse como dictador del lugar.

Además, Gordon tiene aventuras en el país de los hombres-halcones, donde demostrará que su habilidad y su fuerza son signos de superioridad, cosa que todo héroe espacial debe tener.

Lo notable del caso, a pesar de que muchos pesimistas aseguraban que esta clase de aventureros había pasado de "moda", es el éxito del film, que ya prevé nuevas aventuras.

Filmado totalmente en los EE.UU., utilizando algunos estudios armados y parte del de-

sierto de Arizona, la película, que ha costado una verdadera fortuna, está entre las primeras con respecto a recaudaciones. Cercana se halla otra superproducción del propio De Laurentiis, "**Superman**", que dejaremos para otra oportunidad.

Estos filmes surgieron gracias a un "veterano" del cine fantástico, llamado George Pal, quien ideó la "resurrección" de Doc Savage —otro nostálgico— que abrió un camino olvidado que hoy en día los revisionistas lo llaman "to be continued" (continuará), como un signo recordatorio de una época llena de emociones.

"Flash Gordon", dirigida por Stephenson, será vista próximamente en nuestro medio, y por supuesto precedida de toda una verdadera campaña publicitaria, como se hace siempre con este tipo de filmes, a la manera de "antaño", que los anunciaban exageradamente, para atraer multitudes.

Pero no por esto dejará de ser algo extraordinario la nueva versión de este héroe espacial. Es más, brindará a quienes lo han leído, y aún lo leen en diversas publicaciones, un aspecto muy detallado de una fantaciencia heroica que aún nuestro medio no conoce totalmente.

TEMATICAS EN LA CIENCIA FICCION

LA FICCION-ROBOT

por EDUARDO J. LYNCH

La ficción-robot incluye una dimensión casi siempre filosófica de la ciencia ficción. Es la estructura para enfrentar al hombre con su doble. La posibilidad de avanzar sobre el futuro con la repulsa implícita del presente. Este doble es el **Robot**. Fue el **Golem** antes de la tecnología. También tuvo otras denominaciones. El hombre necesitó desdoblarse para cubrirse psicológicamente de su angustia o de sus impulsos.

EL GOLEM, FRANKENSTEIN Y LOS ANDROIDES

Paracelso, en el siglo XVI, previó la posibilidad de fabricar un ser humano a partir del líquido espermático. Describió su proceso en una fórmula esquemática y dio la solución para obtener lo que llamó el **Homunculos**. Fue, sin embargo, Yehuda Liva Ben Becalel, también llamado Yehudá Leib y Yehuda Löw, rabino de Praga (muerto hacia 1609), quien manufacturó un hombre de arcilla que llamó **Golem**. La cábala le sirvió de clave secreta para este intento. Es posible

que conociera **El Kuzari** (1135) de Yehudah ha-Levy: la relación entre la palabra y el número y la relación entre escritura y obra. La palabra crea como consecuencia de una virtud numérica, la cual tiene potencia nominativa que deriva de la divinidad. Yehudá Löw (o Rabí Löw) puso bajo el paladar del Golem el nombre numérico, impronunciable: **Yahvé**. Cuando su creador le retiraba el nombre divino, el Golem descansaba. Quedaba sin vida.

En otra versión expresé que Jehovah, en el instante de infundir vida en esa arcilla que se llamó Adán, pronunció una palabra cargada de magia: **Aemeth**, que significaba verdad. Posteriormente Eleazar de Worms, devoto del cabalista Benbassath, concibió en el año 1000 una fórmula para utilizar esa palabra en la creación de seres artificiales. Así fabricó el primer **Golem** (expresión que equivale a "materia sin forma"), en cuya frente escribió la palabra **Aemeth** para infundirle movimiento y

vida. Pero Eleazar de Worms veneraba el día sábado y descansaba de sus trabajos alquímicos. Entonces, sobre la misma frente del Golem borraba las dos primeras letras de la inscripción y dejaba las restantes que formaban la palabra **meth**, muerte. Así, el Golem quedaba inmóvil, sin vida mecánica, hasta que luego le restituían las letras para comenzar otro ciclo.

El fundamento de la leyenda, sin embargo, es distinto y definitivo. El Golem era destruido por su creador cuando aquél adquiría conciencia de su autodeterminación.

El peligro de la máquina fue previsto en la **Erewhon** (1872), de Samuel Butler. Los **erewhonianos** (**Erewhon** es anagrama de **nowhere**, "en ninguna parte") advirtieron que los mecanismos, además de servir al hombre, se convertirían en seres pensantes. Se alzaron contra ellos y proclamaron la necesidad de volver a la naturaleza para salvar la especie.

El Golem posibilitó la creación de otro ser artificial más avanzado, que ya no sería de arcilla sino de carne y hueso, de vísceras reunidas arbitrariamente. El cementerio y el laboratorio fueron los lugares en los que se manipuló este monstruo que en definitiva se habría de vengar de su creador. Se llamó **Frankenstein** y

nació en 1817, en las páginas de **Frankenstein or the Modern Prometheus**, novela de Mary G. Wollstonecraft Shelley. La autora tenía 19 años y se hallaba de vacaciones en Villa Diodati (Génova), donde se reunía con lord Byron y el médico de éste, William Polidori. Un día resolvieron escribir un relato terrorífico de fantasmas. La única que cumplió fue Mary Shelley.

Frankenstein, espantoso, rechazado incluso por su propio creador, le reclamó un día la compañera. Aceptaba su destino de soledad a cambio de otro ser semejante a él. Pero el doctor Frankenstein (de quien el monstruo tomó el nombre) no quiso ceder a su requerimiento y fue aniquilado. Esta vez la máquina triunfaba, en alguna medida, sobre su creador. Frankenstein, por su parte, desaparecía para evitar un mundo que le era adverso.

El doctor Moreau tendrá un destino semejante en **The Island of Dr. Moreau** (1896), de H. G. Wells. Los monstruos que obtiene a partir de bestias que convierte caricaturescamente en hombres, también se rebelan contra su creador. El **hacedor** pasa a ser el blasfemo de la leyenda y deberá perecer por su secreta intención de igualarse con Dios.



Junto con esos seres de arcilla, o bien de animales transfigurados en humanos, aparecerán los **androides**, seres robóticos que suplirían las funciones del hombre. La creación más memorable, pero no la más perfecta, corresponde a la andreida de Villiers de

L'Isle Adam: **L'Éve Future** (1886). Thomas Alva Edison, protagonista de la novela, crea una mujer mecánica, la andreida, que será ofrecida a lord Ewald. Este descubre que Haldy es más fascinante que su propia Alicia, y se acuesta con ella. Como "mujer" es más

completa. Pero Villiers de L'Isle Adam advierte la blasfemia y hace perecer a Hadaly en las llamas de un naufragio.

LA REBELION DE LOS ROBOTS

En 1922 se estrena **R.U.R. (Rossum's Universal Robots)**, drama en tres actos y un prólogo del checoslovaco Karel Capek. Son ya los robots pensantes que tanto temieron los erewhonianos de Butler. Aquí aparece por primera vez la palabra robot, de **robot**, en checo, que significa trabajo. Estos robots, fabricados mediante una fórmula química, integran un contingente que puede ser vendido a poco precio para realizar toda clase de trabajos, incluso para formar ejércitos de mercenarios artificiales.

Un día, a consecuencia de la alteración de la fórmula química, los robots adquieren conciencia y se autodeterminan. Se alzan contra sus hacedores y los exterminan. El mundo quedará lleno de seres mecánicos. Es el castigo a la osadía del hombre.

Isaac Asimov, en **I, Robot** (1954), también se compadece de los robots. Redacta (ejemplo singular de precisión) las Leyes de la Robótica y coloca a la doctora Susan Calvin en calidad de jueza para los con-

flictos entre ellos. Estas leyes, que son tres, y se hallan en el **Manual de Robótica**, 56ª edición del año 2058, están concebidas así:

1. **Un robot no debe dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño.**
2. **Un robot debe obedecer las órdenes que les son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes están en oposición con la primera ley.**
3. **Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera o segunda ley.**

Si bien ganaba el hombre, el robot ya contaba con el derecho a su existencia. En Erehon esto hubiera sido una monstruosidad.

En **Killdozer** (1944), de Theodore Sturgeon, el robot es una pala destructora que se autodetermina. Pero será derrotada. En **The Quest for St. Aquin** (1956) (Investigación sobre San Aquino), de Anthony Boucher, el mecanismo es un robot-asno, o **robasno**, que habla y razona. También será desmascarado. El tratamiento, en ambos autores, es de "respeto" hacia el mecanismo. La repulsa contra la máquina está atemperada. Se vive, simultáneamente, el peligro y la admiración del robot.

LITERATURA DE CIENCIA FICCION

EL FIN DE LA ETERNIDAD, de Isaac Asimov
Ediciones Martínez Roca, 210 páginas.

El tiempo, ese enigma que preocupa a los escritores de ciencia ficción, retomado luego por los matemáticos y los físicos, es el verdadero protagonista de *El fin de la eternidad*, en cuya novela Isaac Asimov plantea un problema filosófico por encima de la simple anécdota de la obra. Si no existiera la eternidad, el hombre podría dominar esta dimensión tan inasible. Y de no existir esta eternidad, el mundo dejaría de ser infinito y las estrellas caerían, pero no al modo bíblico de catástrofe apocalíptica, sino científicamente. El hombre recorrería las galaxias, sus inmensas vías estelares. Sería el dueño del destino. Enfrentaría el peligro

de la explosión cósmica y de la insurrección contra el hombre. De esta manera sería el rector de su conducta. Las explosiones sociales podrían prevenirse en bien de la humanidad. No siendo así el mundo, tal como está concebido por la mente humana, se torna inhabitable, lleno de peligros. Por eso, para alcanzar las estrellas, para dominar el cosmos, es imprescindible proclamar el fin de la eternidad. Si el hombre pudiera hacerlo confluyendo con su ciencia sobre el tiempo, habría realizado la hazaña más grandiosa. La tesis final es optimista a pesar de que el hombre no ha descubierto aún la fórmula para dominar el universo.

APOCALIPSIS UTOPIA CIENCIA FICCION, de David Ketterer
Ediciones Las Paralelas, 351 páginas.

"En el campo de la ciencia ficción se registra actualmente un interés cada vez más acentuado por un enfoque no ensayado hasta ahora y que es uno de los vacíos que me propongo llenar en este estudio. Me refiero a la ausencia de una apreciación crítica y de una comprensión teórica lo suficientemente elaboradas de la

ciencia ficción, sobre todo de sus manifestaciones contemporáneas". Son palabras del autor, extraídas del prefacio a *New Worlds for Old* (tal es el título original del libro), que resumen la inquietud del crítico y ponen de manifiesto su interés por sortear los laberintos de un género que ya se encuentra a pocos pasos de lo

que suele denominarse "la corriente principal" de la literatura. Sin lugar a dudas, la intención de Ketterer es más que loable, si tomamos en cuenta que la ciencia ficción ha atravesado períodos de oscuridad e incompreensión por parte de la crítica "seria". A pesar de su lenguaje excesivamente académico (lo que trae aparejado una serie de inconvenientes para el lector neófito, poco familiarizado con las corrientes literarias actuales, o confinado a su universo de libros de sf, sin otras lecturas que puedan ampliar su criterio), el ensayo se torna interesante e ineludible para aquellos que han dejado de pensar que el género es un

ghetto de monstruos de cuatro ojos y chicas con escotes de bronce. La obra, dividida en tres partes, alcanza la brillantez en un par de artículos: *LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD: El Arquetípico "Viaje de Invierno" de Ursula Le Guin*, y *EL LLAMADO DE SIRENA DE LA ESPIRAL DE VONNEGUT*. Hay, también, un interesantísimo trabajo sobre *Solaris*, la novela de Stanislaw Lem, y un nada desdeñable ensayo sobre la ciencia ficción norteamericana del siglo XIX, donde el autor incursiona en los textos de Melville, Edgar Allan Poe, y Charles B. Brown.

En síntesis, un libro para el análisis, con una buena dosis de información.

ME LLAMO VLADIMIR SLOIFOISKI, de Gerald A. Alper
Ediciones Andrómeda, 222 páginas.

"¿Cómo podría encasillarse la obra de Gerald Alper? Por un lado recoge la herencia de A. E. van Vogt, con sus complicados mundos dentro de otros mundos y de Alfred Besterman, con sus tramas complejas y alocadas. Sin embargo, utiliza un estilo visual similar al montaje cinematográfico, con una galería de personajes cercanos a los de la historieta. En este aspecto se emparenta con las obras de Vincent King y Michael Moorcock, donde el juego lúdico se mezcla con

la aventura más desenfrenada y digna del folletín".

Estas palabras, por demás precisas, corresponden al prólogo de A. Laurent y R. Queen. Gerald Alper, al igual que otros escritores norteamericanos (el ejemplo más interesante puede ser Richard Matheson, que en su excelente *Soy Leyenda* recurre a las mismas técnicas), estructura su novela como un guión cinematográfico. Sloifoski, el héroe, y su "otro yo", Atio, son un brillante ejemplo de lo que Mircea Elia-

de (el célebre mitólogo e historiador de las religiones) define como "Coincidentia oppositorum", una de las formas más arcaicas en que se ha expresado la paradoja de la realidad humana y divina, es decir, los dos polos de la personalidad enfrentados en una lucha por alcanzar la "coincidencia de los opuestos", la meta final, la unidad. La trama de la historia —intrincada y demasiado "densa" como para intentar resumirla en este breve comentario— nos presenta un universo delirante, poblado de seres simbólicos, en cuyo centro se debaten estas dos fuerzas a la búsqueda de su fusión en un todo coherente.

Sin embargo, el final nos reserva otra sorpresa: la aniquilación de ese universo de títeres y personalidades folletinescas, para dar paso a algo más fantástico aún, a algo que escapa a la interpretación humana.

La obra, extraña y cargada de misticismo, resulta un tanto difícil para la lectura; pero tiene suficientes elementos como para que el lector quede atrapado en sus redes.

Gerald Alper es un escritor joven y posee —a pesar de su escasa producción— un envidiable "sense of wonder" (sentido de lo maravilloso). Eso sí, hay que leerla en cámara lenta y con todos los sentidos puestos.

OZONO Y MAGNETISMO TERRESTRE

Hace 700 mil años la polaridad del campo magnético terrestre se invirtió. Esto debilitó el campo que sirve de escudo contra una fracción importante de las radiaciones solares y cósmicas. Estas, cayendo sobre la Tierra en cantidades anormales, desencadenaron la formación excesiva de óxidos de nitrógeno, los cuales, ascendiendo a la alta atmósfera, desencadenaron la catálisis ya comprobada que destruye la barrera de ozono.

En una segunda etapa los rayos ultravioletas alcanzaron la Tierra aún en mayor cantidad y destruyeron numerosos organismos sensibles a esta radiación, como diversas especies de microorganismos marinos. Tal trastorno ecológico condujo, muy probablemente, a la desaparición de ciertas especies superiores. Esta es la conclusión a que han llegado numerosos investigadores de la NOAO (National Oceanic and Atmospheric Organization) de los Estados Unidos.

Se ignoran las razones de los cambios de polaridad del campo magnético terrestre, que se producen a intervalos irregulares, yendo de algunos millares a centenares de millares de años.

GUERRA EN EL ESPACIO

por ANTONIO LAS HERAS

Dos nuevos peligros, creados por el hombre, nos acechan desde el espacio. Uno es **imprevisible**, el otro **secreto**. Ambos, con poder suficiente como para exterminar a la especie humana y a toda otra forma viviente que habite la Tierra en el momento de desencadenarse el **holocausto**.

Hoy, más de dos mil cuerpos giran en derredor del planeta. Y aumentan día tras día. Pero ya no son únicamente satélites de investigación o basura espacial producto de los restos de esos lanzamientos. Ahora existen **otros cuerpos**. **Los asesinos del espacio**. Porque la locura del hombre va invadiendo el Cosmos conforme nuestros estudios nos permiten adentrarnos en él.

Hubo una vez —como en los cuentos que nos leían cuando niños— un grupo de hombres que proclamaron la **pureza del espacio**. Que aseguraron que sus satélites y demás vehículos espaciales iban a estar absolutamente dedicados a brindarnos mayor información de

ese Universo al que pertenecemos y del que poca cosa sabemos con certeza.

Mas, igual que sucede ahora que somos mayores con aquellas hermosas fábulas que relataba nuestra madre en los días de nuestra infancia, nadie cree en las vanas promesas de la **investigación científica del espacio con el fin único del Saber**. (Sí, **Saber**, así, con mayúscula.)

Debido a ese triste incumplimiento (que resultaba demasiado previsible) orbitan, en la actualidad y desde hace años, alrededor de la Tierra terribles artefactos creados con la finalidad del **exterminio**.

La guerra ha ganado el Cosmos. El Universo del Creador parece estar perdiendo otra batalla contra el Mal...

Porque, en un futuro cercano, cuando las potencias vuelvan a la guerra —lo que parece ser un hecho irreversible, a no ser que unas cuantas **reglas de juego** cambien—, decenas de artefactos, hoy al parecer pacíficos, entrarán en

actividad desde muy lejos, **donde la atmósfera terrestre no llega**.

Los hombres, **todos**, estamos a merced de esta infernal locura que debe ser denunciada una y otra vez. El uso del espacio con fines estrictamente militares viola todas las reglas humanas de convivencia común. Porque, usted, yo o cualquier hombre, animal o planta, quedamos bajo el dominio de lo **imprevisible** o de lo **secreto**.

Satélites que utilizan como fuente energética un **reactor nuclear** han sido enviados hasta órbitas situadas a unos 35.000 kilómetros de distancia de la superficie terrestre. Dicen los expertos que a esa altura es imposible que, en caso de sufrir desperfectos, lleguen a caer al planeta desparramando su carga mortífera de radiación letal. Más aún, los científicos afirman que aunque esto llegara a suceder —es decir, que el satélite se torne ingobernable y comience a caer— habría de incinerarse —cual brillante meteorito— ni bien iniciara su rozamiento contra las altas capas de la atmósfera. Pero, **¿podemos estar suficientemente seguros de esto? ¿Es tan cierto y fáctico que ninguno de los satélites dotados de reactores nucleares han de provocar peligro tanto para la existencia huma-**

na como para cualquier otra especie viviente? Ya veremos una respuesta concreta.

Pero antes, permítaseme destacar que, en principio, no hay ninguna necesidad de que un satélite artificial esté dotado, para nutrirse energéticamente, con una fuente atómica. Alcanza **perfectamente** con unos buenos paneles solares que canalicen los rayos de nuestra estrella rectora convirtiéndolos en calor. Salvo, claro, en **dos casos excepcionales**: 1º) Cuando se trata de un artefacto cósmico que será enviado hacia los confines del Sistema Solar. Porque a tal distancia los rayos del Sol son débiles; entonces un reactor nuclear se torna imprescindible. Sin embargo, esto no puede causarnos ningún mal: se trata de vehículos que a los pocos días de su lanzamiento están a millones de kilómetros de distancia de la Tierra. Nunca habrán de volver aquí... Pero, ¿y entonces?, ¿para qué utilizar satélites artificiales orbitando el planeta... y con carga atómica?... La respuesta es sencilla: 2º) Cuando se trata de satélites que deben efectuar estudios **infrarrojos** o detectar construcciones militares subterráneas el consumo de energía en el aparato es tan grande que los paneles solares no podrían proveerla; entonces se utiliza un reactor

nuclear. O sea que el primer peligro de que hablamos ya tiene su causa en los preparativos que las potencias van haciendo para el caso de una **Tercera Guerra Mundial** que nunca como hoy parece tan próxima...

Sólo que en ésta, la guerra ganará el Cosmos.

Pero antes de analizar esto, quiero profundizar en la peligrosidad de los **satélites espías**, como se ha dado en llamar a los que utilizan fuentes atómicas para suministro de energía. Ante todo, digamos que no son unos pocos. **Hay cientos en órbita.** Como dato podemos indicar que de los mil objetos puestos en órbita por los soviéticos, de la serie **Cosmos**, se sabe que al menos el 50 % tienen fines militares. Los Estados Unidos, por supuesto, no se quedan a la zaga.

Desde el inicio de la **carrera espacial** se han estado efectuando, por ejemplo, disparos de satélites secretos desde la no menos misteriosa **Base Vanderberg**.

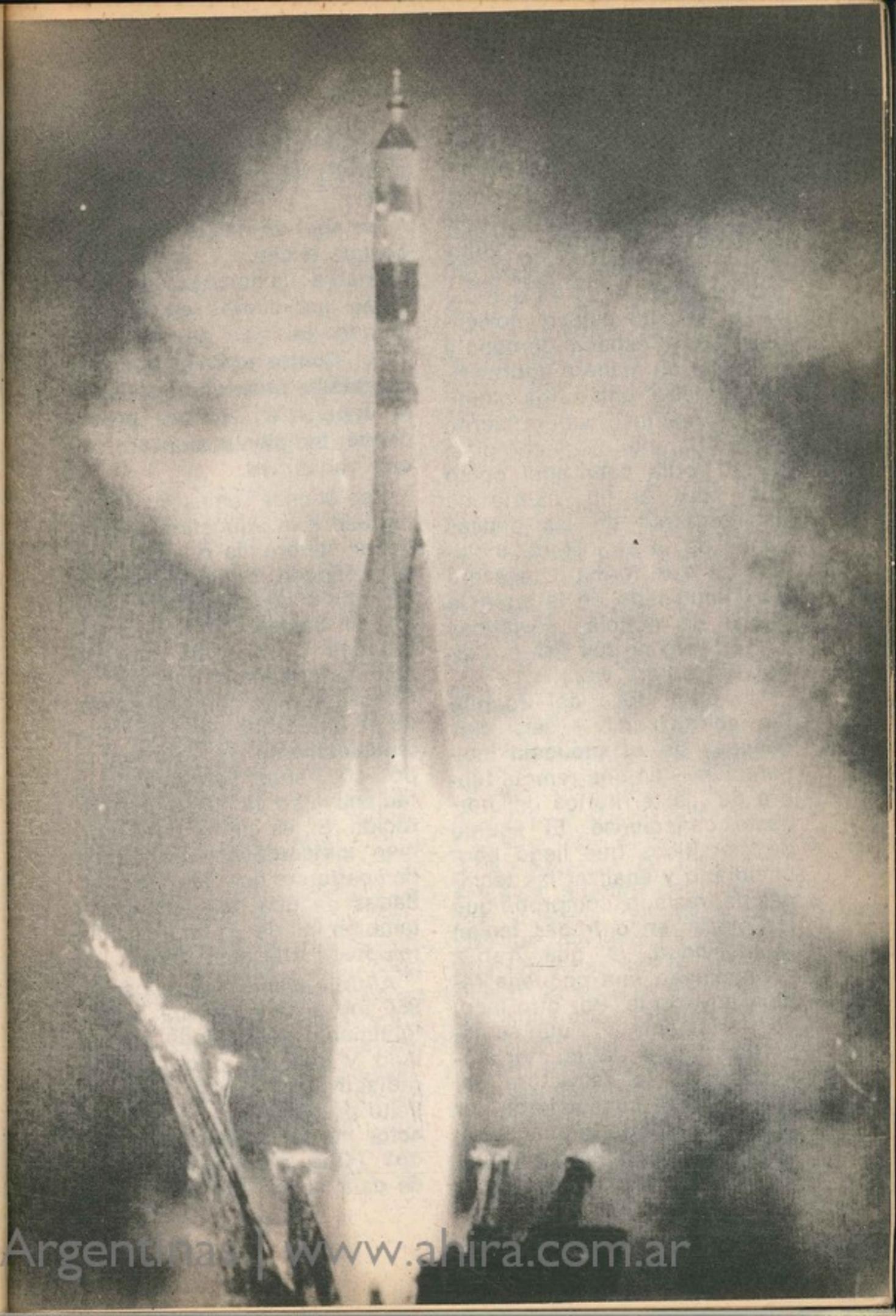
Pero, claro, la cuestión fundamental es saber si los satélites dotados de reactores atómicos son o no peligrosos para nuestra integridad. Los científicos que trabajan en estos proyectos dicen **no** rotundamente. La realidad, dice **sí**. Y con hechos irrefutables.

TESTIMONIOS DE LO IMPREVISIBLE

El 24 de enero de 1978 se dispuso un alerta especial en los Estados Unidos. Un cuerpo espacial —el Cosmos 954, de los soviéticos— estaba comportándose de muy extraña manera. Desde la URSS había llegado la comunicación de que el satélite era ingobernable y caería a tierra en cualquier momento...

Tanto en Canadá como en España e Italia comenzaron a tomarse importantes recaudos. Mientras tanto algunos sostenían —con optimismo— que quizás los restos desintegrados del Cosmos 954 serían dispersados por el viento sobre el Atlántico. **Pero no fue así.** Totalmente fuera de control cayó en una remota y fría región del Canadá.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué tanto alboroto, si al fin y al cabo el satélite debía consumirse —con su pequeño reactor nuclear y todos sus componentes— en las altas capas de la atmósfera? ¿Qué miedo habíamos de tener? ¿No nos dijeron una y otra vez que cada posible peligro se tuvo en cuenta debidamente y estaban perfectamente controlados y prevista su solución? **Pero no fue así.** (Lo digo por segunda vez.)



El Cosmos 954, al parecer, fue desviado de su trayectoria por una falla en los sistemas de presión, hecho que sucedió el 6 de enero (como irónico regalo de Reyes) y desde entonces, hasta el 24 en que cayó, el satélite estuvo moviéndose por el espacio cercano a la Tierra de manera **imprevisible**. Síntesis: una carga atómica se mantuvo sin gobierno alguno durante dieciocho días. Tanto podía caer aquí como allá. Mas, al fin, habría de desintegrarse en las densas capas de la atmósfera. Inclusive de esta forma lo aseveró un comunicado de la agencia oficial de noticias soviéticas TASS. **Pero no fue así.** (Lo digo por tercera vez.)

Un gran trozo del aparato fue encontrado —**seis días después de su supuesta incineración**— en una remota tundra de los territorios del noroeste canadiense. El equipo de científicos que llegó para estudiarlo y analizar las técnicas de traslado, comprobó que las piezas encontradas **tenían radiactividad**, la que había contaminado una pequeña región adyacente. Por otro lado, contrariamente a lo que se esperaba, partes del reactor atómico y de la estructura del satélite **no se consumieron** por la fricción contra la atmósfera, llegando a la superficie terrestre lo suficientemente promi-

nentes como para producir cráteres de tres metros de diámetro...

He aquí un hecho cierto. Algo que sucedió y puede comprobarse fácilmente con sólo releer los diarios de todo el mundo del mes de enero de 1978. **Contra todo lo previsto, un satélite atómico llegó hasta la superficie terrestre provocando incipiente contaminación radiactiva.**

Las causas reales de su reingreso a la atmósfera permanecen ignoradas o, si es que se conocen fehacientemente, no fueron dadas a publicidad. Eso sí, **James Carter** dijo que Estados Unidos ha lanzado sólo un reactor nuclear, el **Snapshot**, pero que éste se halla en una órbita en la que **matemáticamente** se mantendrá por 4.000 años, para cuando la radiactividad ya habrá desaparecido. Sí, es cierto, pero también **matemáticamente** puede demostrarse que las posibilidades de una falla existen, y también las de un imprevisible reingreso a la atmósfera.

Afortunadamente el Cosmos 954 fue a caer en una región totalmente despoblada por un lado, y trayendo poca materia radiactiva por el otro. Pero, es lícito preguntarse: **¿Y si el reactor no se hubiera consumido? ¿Qué sucedería en caso de caer sobre una población?**

Son interrogantes para meditar... Aunque sus respuestas son claras y concretas. La mano del **Mal** dispersa la **Muerte**...

En tanto advertimos los primeros efectos de la militarización del Cosmos, de la Galaxia o del Sistema Solar, ya estamos en condiciones para imaginar la **guerra del futuro.**

LA GUERRA ESPACIAL

Aunque ninguna de las dos potencias lo ha afirmado categóricamente, es sabido que varios satélites artificiales llevan **bombas atómicas** o de **hidrógeno** dispuestas para iniciar o repeler un ataque en caso que sus equipos terrestres, por una u otra razón, estuvieran paralizados o inactivos. Regularmente, cada año, el número de estos verdaderos **satélites asesinos** va aumentando. Ninguna de las potencias quiere perder terreno con respecto a la otra.

De esta manera con el alba del Siglo XXI habremos convertido al espacio exterior próximo en un peligroso arsenal nuclear. Esto genera una amplia gama de nuevos artefactos ofensivos y defensivos. Ocurre que hay algo que muchos todavía no han tenido en cuenta. Actualmente un gran porcentaje de las comunicaciones mundiales se hace vía

satélite. También, por supuesto, las comunicaciones estratégicas militares. **¿Qué ocurriría si alguien destruye los satélites de comunicaciones como el Pegasus, el Intelsat y muchos otros?** Muy sencillo: el grupo que sufriera tales averías quedaría prácticamente incomunicado, no sabría cuáles son las posiciones de sus submarinos, de sus ejércitos, de sus aviones, los puntos de vista de otras naciones aliadas, los últimos movimientos del enemigo, etcétera.

Sí, puede decirse que esta situación ha sido prevista por los altos mandos. Es lógico. Hay otros métodos de comunicación que no requieren el auxilio de los satélites. Pero, la realidad demuestra que son anticuados, más lentos y lo que es peor... **más vulnerables.** Por ende los aparatos de comunicación instalados en el espacio deben ser de un cuidado muy especial. A tal punto, que ya se trabaja en **satélites automáticos mortíferos**, dotados de **rayos laser** con los que estarán capacitados para destruir a cualquier objeto **sospechoso** que se aproxime a los satélites de comunicaciones.

Los satélites-laser podrán también inutilizar a otros dotados de bombas atómicas e, inclusive, enmudecer a los artefactos pacíficos que fueran de

utilidad para el enemigo. Por ejemplo, a los satélites meteorológicos. En la actualidad —y más todavía en el futuro— las predicciones climáticas están regidas por la información que continuamente brindan estos artefactos que se hallan orbitando la Tierra. **¿Cómo conocería una potencia el estado ambiental en tal o cual parte del mundo si sus satélites meteorológicos fueron enmudecidos?** Y, ya sabemos, el clima es un factor ampliamente importante en el desarrollo de la estrategia militar.

Actualmente, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética trabajan en el planteamiento de **bases espaciales estables**. Los proyectos **Skylab** y **Salyut** han servido para estudiar la viabilidad del asunto. El desarrollo del **Transbordador Espacial** norteamericano hace que el costo de los viajes de ida y vuelta se reduzca lo suficiente como para que se torne aceptable el mantener a unos cuantos hombres orbitando cerca de la Tierra. **¿Qué significa esto?** Varias cosas...

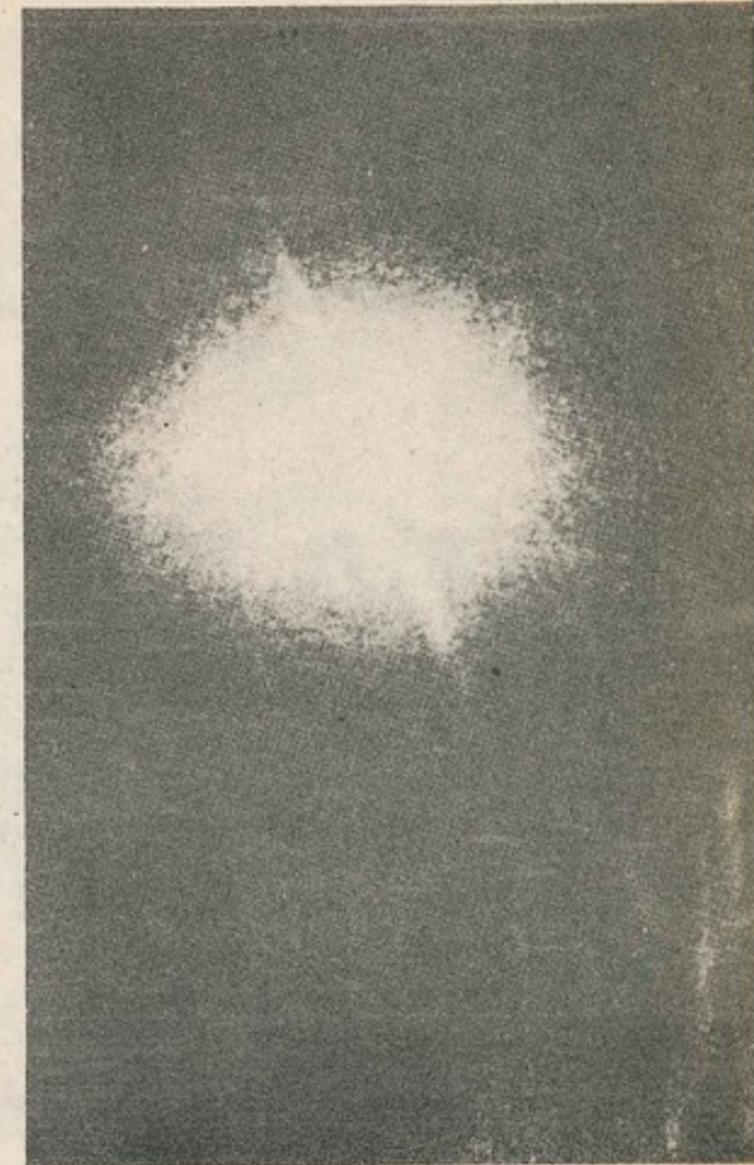
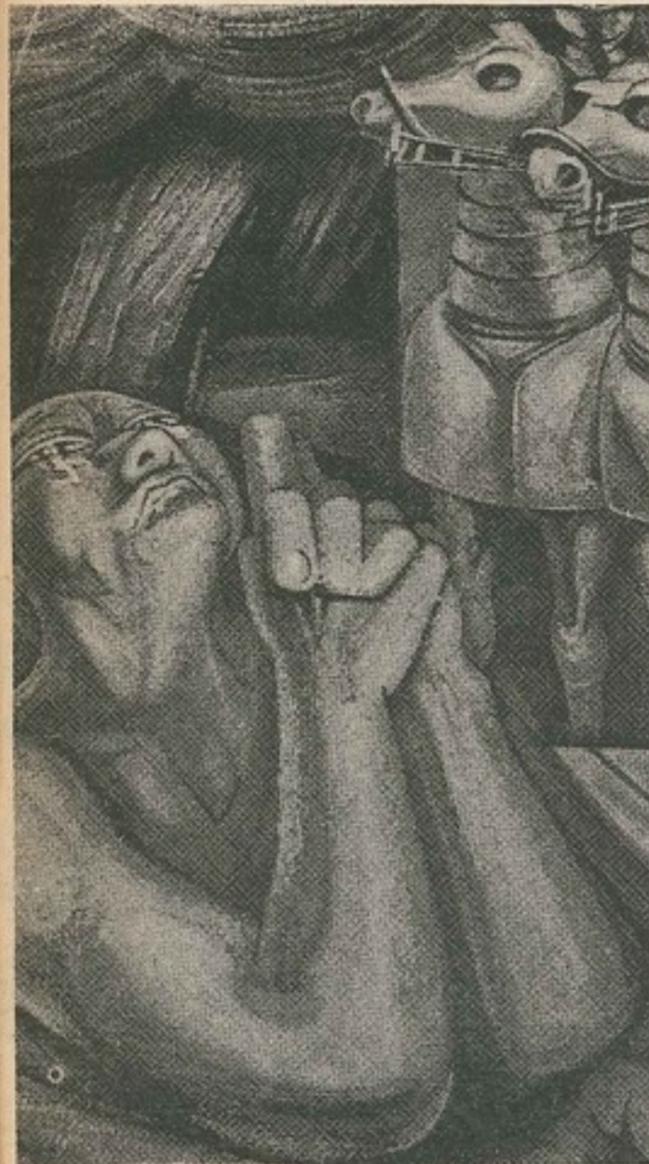
Primeramente, la Ciencia se verá beneficiada por los aportes que innumerables experimentos producirán **allá arriba**.

Pero, en segundo término —llamémosle el término **secreto**— esas estaciones espaciales habrán de ser utilizadas como bases para un mayor de-

sarrollo de la carrera armamentista en el Cosmos. Nuevos sistemas de detección de silos subterráneos para el lanzamiento de misiles con cabezas nucleares, serán creados. Encontraremos nuevas aplicaciones bélicas del laser. Mejores mapas militares indicando sitios estratégicos llegarán a ser confeccionados. **Etcétera**. (Donde **etcétera** significa todo aquello que la imaginación destructiva del hombre puede originar.)

Claro está que esto provocará que las estaciones espaciales se tornen peligrosas. Cada potencia las seguirá minuciosamente y habrá de tener suficientes misiles apuntando para el caso de que se desencadene la **nueva guerra**. Ninguno de los contendientes querrá sufrir la angustia de soportar el peso de la actividad espacial sobre sus cabezas. **Será el holocausto**.

Un satélite destruirá a otro. Decenas de misiles ganarán las alturas tratando de impedir que los artefactos orbitales arrojen sus cargas mortíferas. Los satélites-laser aniquilarán aquí y allá a sus hasta entonces pacíficos colegas de órbita. Desde las estaciones espaciales los hombres defenderán febrilmente sus vidas, apoyados por rápidas computadoras que les indicarán los cursos de cuanto satélite o misil enemi-



go se les aproxime. **Hasta cabe la posibilidad de que ese enemigo disfrace a uno de sus ingenios como amigo, tras reemplazar al verdadero de la órbita.** ¿Podrá la computadora identificar la farsa si se trata de un objeto que mantiene las mismas características y órbita que el satélite raptado?

El hombre guerrea desde siempre. Es algo inherente a su propio ser. Su parte negativa. Pero, en el pasado, una

contienda dejaba como único saldo la pérdida de miles o millones de vidas. **Lo que ya es demasiado.** Una nueva guerra, un combate cósmico, puede llevarnos a la **pérdida del planeta**, a la extinción de todas las especies vivientes e, inclusive, al desequilibrio del Sistema Solar todo.

Si tras semejante holocausto queda un vencedor... ¿sobre cuál piedra podrá plantar su bandera?

por NAHUEL VILLEGAS

EL CAZADOR DE VAMPIROS



La luna color cera apareció tras unos cipreses muy altos y delgados; los perros vagabundos, y algún lobo demasiado cercano al poblado, comenzaron sus aullidos a coro. Era el comienzo de otra noche de horror, una nueva noche, NOCHE DE WALPURGIS..., de Lamias..., de GOLOS..., de UPIROS, o si se lo prefiere de VAMPIROS, había llegado.

El viejo y abandonado cementerio de las afueras de Budapest adquirió una apariencia

aún más "Malsana", más TETRICA, cuando la luz lunar pintó de blanco las lápidas y mausoleos. "LO CORRUPTO Y DIABOLICO" flotaba en el aire; como un manto la neblina ocultaba el suelo y las tumbas parecían cadáveres de barcos encallados, o manos de ahogados surgiendo en un último estertor de ese lechoso vaho.

Una inmaterial figura, la larga silueta de un hombre casi fantasmal, se fue haciendo



más nítida a medida que avanzaba luego de haber sorteado la verja disgregada de óxido y aliento húmedo de años. Pasó deslizándose junto a un panteón de mármol negro, y luego de evitar una tumba rajada, la embozada imagen se internó por una especie de estrecha callejuela. De la mano izquierda pendía casi distraídamente un maletín negro de los utilizados por los médicos. Al pasar frente a una estatua de piedra cubierta de verdín a la

que el tiempo había devorado parte del rostro dándole la apariencia de una enfermedad inmundada e implacable, se detuvo y murmuró: "¡El ángel de la muerte!" —el rostro delgado bañado por aquella luminosidad cerúlea parecía el cuerpo de un pescado muerto y descompuesto. Siempre mascullando agregó: "¡Ah, ANGEL DE LA MUERTE, ni a ti te ha respetado la malignidad de esta región!" Apretó el maletín de cuero contra su pecho, y

con la mano libre comenzó la búsqueda. Sus dedos leían en la oscuridad..., nombres..., apellidos..., epitafios. Los dedos parecían poseer ojos en sus extremos. Veían..., buscaban afanosamente; el aguzado tacto transmitía sus impulsos nerviosos..., el telar del cerebro los clasificaba..., pintaba las letras..., los símbolos..., y hasta los gusanos que a veces se encontraban en el camino de aquellos AVIDOS lectores llegaban traducidos a la mente del hombre.

Hans Wolhans pasó su mano por muchas inscripciones, se llenó de musgo y evitó aristas filosas; familias enteras desfilaron ante ella..., nobles, pobres, miserables y potentados, justos y delincuentes... Una fijación bullía en el alma de aquella figura casi humana... Una fijación que lo convertía en "el más enconado cazador de vampiros de aquella región"... ¡Sí!, ¡debía encontrar a aquellas infernales criaturas de la noche que habían deshecho su vida. Primero su hijo, con aquella anemia..., esas salidas nocturnas..., una espantosa necesidad de ver a ella, "A LA DAMA". Un aspecto de adicto al opio, a las drogas..., luego la fatigosa agonía. "ANEMIA", habían dicho los prudentes doctores. Los médicos que no pudieron nada con su petulan-

te ciencia y técnica —según ellos— moderna y científica. El mismo le había cerrado los ojos vidriosos, aureolados por profundas ojeras de hollín de muerte. Después su propia esposa con los mismos síntomas, aquel esquivar el rostro..., aquel jadeo, esa ansiedad casi diabólica; luego el mismo final, la misma muerte... ¿Muerte? ¡No!..., más bien el mismo cambio. ¡Ojalá hubiese sido muerte!... ¡Una piadosa y hasta CLASICA manera de terminar; cerrar los ojos, aspirar profundamente, y luego el cese total!... Los labios curvados en una póstuma y dulce sonrisa..., y una última y

total mirada hacia ninguna parte... ¡Ellos habían simplemente pasado a otra existencia! Tarde comprendió el origen de aquellos puntitos en sus cuellos. Demasiado tarde le había dicho al sacerdote: "ESOS SON LOS INCONFUNDIBLES INDICIOS DE QUE HAN MUERTO... Y NO MUERTO"... El no estaba entonces en condiciones de comprender lo que el párroco había querido decir en aquella ocasión. Se había quedado con la mirada fija, absorta en el rostro del anciano; sólo le importaba en aquel momento el haberlos perdido, volver a estar solo en la vida, como en un comien-

zo; la dificultad estribaba ahora en que mucho tiempo había pasado... Era tarde para volver a comenzar..., veinticinco años tarde... Tampoco quiso entender aquello de: "QUIENES MUEREN VICTIMAS DE UN VAMPIRO, RETORNAN A SU VEZ DE LA TUMBA CONVERTIDOS EN «NO MUERTOS», Y PROSIGUEN CON LA FATIDICA MISION... VIVIR A COSTA DE LOS SERES HUMANOS"... "SE SACIARAN CON LA SANGRE HASTA QUE ALGUIEN LO SUFICIENTEMENTE PIADOSO Y AUDAZ, CLAVE EN SUS CORAZONES UNA ESTACA DE MADERA"... Luego se había retirado deján-

dole un libro del abate Calmet... Hans Wolhans comenzó a hojearlo sin interés al principio, pero luego, a medida que las similitudes se sumaban sus ojos ávidamente avanzaron palmo a palmo en el conocimiento sobre "LOS VAMPIROS".

La lechosa luz del amanecer lo había sorprendido ojeroso, casi desencajado, febril, con una mano crispada entre sus cabellos sosteniendo la cabeza, y el codo dolorido por la tensión sobre la rústica madera de la mesa. Los conceptos imprecisos de la gótica escritura se habían impreso en su cerebro abrazado por el conocimiento, sorprendido por un tipo de "VIDA" —o mejor dicho NO VIDA— que subsistía luego del ataque de una de esas criaturas diabólicas. Supo que existían varias formas de acabar con un vampiro: clavar una estaca en el pecho durante el día, quitarlo de su sepulcro y exponerlo a la luz del sol, herirlo con un puñal de plata a la altura del cuello, colocar en su cuello un collar de flores de ajo o un crucifijo; pero —el abate Calmet aconsejaba— la forma más segura es "la estaca de madera": "IMPEDIRLE AL MUERTO VIVO REPOSAR EN SU SEPULCRO ANTES DEL AMANECER".

Hans dudó mucho antes de convencerse, de aceptar todo

lo leído en el viejo libro de uno de los más grandes expertos en la materia; había de pasar un tiempo antes que un hombre acostumbrado a un mundo humano y querido, cálido y normal, se convirtiera en un implacable destructor de VAMPIROS...

Aquella noche en que por fin se había decidido fue un infierno de dudas; permaneció agazapado tras un centenario roble aguardando, conteniendo el aliento, hasta que poco después de la medianoche esa figura surgió del modesto mausoleo. ¡Era ella!... ¡Olga!... ¡Su mujer!... ¡Pero la expresión!... ¡Su rostro no era aquel dulce y sereno que amara tan profundamente!... ¡Era horrible la mueca...!, ansiosa...!, hambrienta!... Tras ella había aparecido la de su hijo...!, jadeante, cadavérica... Por un momento las dos criaturas se habían enfrentado. En el corazón del hombre oculto surgió entonces la esperanza...!, la esperanza de que volvieran a la normalidad... Que madre e hijo se reconocieran; con los ojos turbios por el llanto silencioso. Con las sienes y el corazón golpeteando aguardó que de alguna manera MAGICA...!, todo volviera a la normalidad. El hecho de estar tan cerca de ellos...!, el verlos animados

nuevamente luego de tener que sufrirlos muertos, fríos y quietos en los ataúdes; verlos caminar después de haber arrojado con mano temblorosa los tres puñados de tierra sobre los féretros... Tenerlos tan próximos luego de haberse sentido tan solo. Se había puesto tenso; su mente desechó todo aquello referente a ESA LOCA LEYENDA, y en el mismo instante que iba a salir de su escondite, fue cuando aquellas criaturas con las apariencias de dos seres tan queridos para él...!, se enfrentaron bufando y lanzándose zarpazos como dos gatos salvajes, echando fuego por los afiebrados ojos. Luego la mujer pareció dominar a su antagonista, o él pareció reconocerla; se detuvieron; ella levantó una delgada mano terminada en afiladas uñas curvas y señaló hacia un extremo del cementerio, o de la región... "¡Se están repartiendo sus posesiones!" —pensó en aquella ocasión Hans...!, y clavándose las uñas en la palma de las manos se contuvo mordiéndose los labios para no gritar, para no llamarlos. Así había permanecido hasta casi el amanecer. Sus manos temblorosas colocaron flores de ajo sobre los dos féretros y dentro de ellos... El hombre, presa de continuas dudas aún, permaneció quieto. El jo-

ven, su hijo, apareció primero. Tenía una expresión satisfecha; de la comisura de sus labios pendía un hilo delgado de sangre coagulada; penetró en el mausoleo. Hubo un instante de silencio...!, y repentinamente, como proyectado por una catapulta emergió tomándose la garganta con ambas manos...!, jadeaba...!, se ahogaba lanzando espumarajos, gimiendo... ¡Las flores de ajo!... ¡Era cierto!...

El sol casi había asomado en el horizonte. Wolhans salió de su momentáneo estupor, y vacilante se aproximó a la criatura agonizante. Cuando éste vio la figura de su padre de pie delante de él, pareció cambiar... Implorante, sin dejar de jadear, señaló en dirección del sepulcro. Hans estuvo tentado de correr y quitar las flores de ajo...!, pero algo dentro de él lo evitó... Fue casi simultáneamente cuando la luz del sol tocó la cara de "AQUELLO" que se retorció espasmódicamente y que mantenía un leve parecido con su hijo... El cambio fue inmediato...!, como una muñeca de celuloide frente a una llama, como una imagen de cera; la cara se contrajo...!, se diluyó al contacto de la luz... Un alarido infrahumano surgió de aquella garganta... y rechinando los puntiagudos dientes...!, volvió a ser lo que de-

bía ser... UN CADAVER DE SEIS MESES. Una masa repugnante y verdosa se contrajo..., y luego se esparció por el suelo... Hans lloraba sin poder dar crédito a lo visto... Había tenido a su hijo de pie y moviéndose irrente a él..., y ahora sólo un charco de materia pútrida señalaba el lugar... Estaba a punto de alejarse corriendo del lugar cuando otro espantoso grito le hizo volver la cabeza... Su esposa Olga se encontraba de pie en la puerta del mausoleo... Sin duda había intentado volver a su ataúd y las flores se lo habían impedido... También ella se tomaba la garganta..., y aunque la luz del sol ya la bañaba, EXTRAÑAMENTE NO SE PRODUJO EL CAMBIO COMO HABIA SUCEDIDO CON EL JOVEN. Ella misma lo gritó:

—¡El sol!... ¡No moriré tan rápido!... Piedad... ¡El hacía mucho tiempo..., que..., ¡piedad, quita las..., flo..., pie...!

La mente del hombre había comprendido; su hijo hacía seis meses que estaba en aquella existencia, en cambio su mujer sólo llevaba dos días... Aún era más humana que VAMPIRO... Sufría, tardaría más... Aún tenía un resto humano... Se aproximó..., la miró, descolorida, temblorosa y casi sintió ternura..., pero el repentino salto y las





manos aferradas a su cuello mientras los colmillos intentaban desgarrarlo, y aquel aliento fétido lo decidieron... Forzajeando logró librarse de la desesperada criatura que ahora lo insultaba y blasfemaba... Tomó su maletín..., lo abrió de un manotazo y de él extrajo la filosa estaca de madera y un pequeño pero pesado mazo... LA COSA seguía revolcándose presa de agudo sufrimiento... No lo dudó; colocó la estaca en aquel pecho convulso..., Y EL MAZO GOLPEO LA ESTACA...

Paz...

Paz...

Paz...

Paz...

¡Sí!..., la paz había aparecido en aquel rostro, había vuelto a ser ella... Mejor dicho "EL CADAVER DE ELLA". Con aquella estaca HANS WOLHANS había destruido el demonio en el cuerpo de su esposa..., pero algo más había destrozado aquella noche el hombre... Había deshecho de dolor su propio corazón. Los había visto nuevamente morir... HANS WOLHANS había sufrido dos veces la muerte de sus seres más queridos... Era también por ello que ahora se había convertido en el más enconado CAZADOR DE VAMPIROS, y estaba en aquel viejo cementerio en

las afueras de la ciudad de Budapest.

Hans retornó a la realidad. Como en tantas otras ocasiones esperaría escondido tras las viejas rejas y tumbas, o los sorprendería durmiendo en los verdosos sepulcros y los destruiría clavándoles aquellas filosas varas... Los vería gozando cómo sus cuerpos se contorsionaban..., cómo los ojos se salían de las órbitas entre espasmos..., y luego se disolvían... O si no, localizaría sus moradas y les impediría penetrar en ellas dejando un puñado de simples flores de ajo... Luego contemplaría tranquilamente cómo las ro-

pas..., se deshilachaban..., cómo los huesos saltaban de sus articulaciones..., cómo se apergaminaban..., y gritaban mientras la luz del sol y los leves vientos esparcían el polvo pardo y nauseabundo hacia su destino final: LA TIERRA...

¡Sí, aunque le llamaran loco, aunque los escépticos menearan la cabeza a su paso, debía continuar con la misión que se había impuesto!... Precisamente en esa incredulidad radicaba la fuerza, la ventaja sobre los mortales del VAMPIRO. Recordó que él mismo se había reído de Bram Stoker, cuando en su novela DRACULA lo afirmara. ¡Vampiros!...

¡Vampiros en pleno siglo 19... ya casi en siglo 20!... ¡Bah... tonterías!... Sin embargo ahora él estaba allí agazapado... esperando. Porque aunque había destruido a muchos de ellos... , sabía que aún quedaban más... Su deber era terminar con todos.

Recostado sobre una saliente del muro evocó casi con fruición el momento en que había logrado destruir a la condesa Karlstein. Al instante lamentó nuevamente el no haber atrapado también a su esposo. Ellos eran los fundadores de la desgracia sobre la región. Memoró disfrutando su recuerdo, cómo se abrieron aquellos ojos... , cómo gimió la infernal criatura cuando la estaca se apoyó sobre su pecho... , cómo los colmillos habían brillado impotentes... , cómo entre estertores el hermoso y demoníaco rostro se había contraído y disuelto... ¡Sí, la estaca y él se habían cebado inmisericordes en LA DAMA DE LA NOCHE que asesinara a su hijo... , o lo que era mucho peor, que lo convirtiera en un ente del infierno!... Pero aún faltaba "EL", el jefe de todo el clan. "EL CONDE ESTEBAN KARLSTEIN". En muchas ocasiones había estado a punto de sorprenderlo pero aquel demonio astuto lo había logrado despistar. La mente del hombre vo-

ló... , se regodeó imaginando el momento en que lograra tenerlo a su merced... Automáticamente su mano hurgó en el bolsillo de su chaleco; tomó la pipa y la tabaquera, estaba a punto de comenzar a cargarla cuando contuvo el aliento al descubrir aquella figura; era un hombre delgado y alto, elegantemente vestido y de andar elástico, casi felino; como viendo en la penumbra reinante sin ninguna dificultad, el individuo sorteaba limpiamente los obstáculos. Cuando la figura estuvo frente a Hans, se sobresaltó sorprendida; ambos hombres permanecieron en silencio estudiándose:

—¿Qué haces por estos lados a esta hora? —preguntó el extraño sin dejar de escrutar el rostro del otro.

Hans suspiró aliviado y sonriendo débilmente se apresuró en responder:

—¡Aunque le parezca extraño, y se burle de mí... , ESTOY DE CACERIA!...

—¡Ah, era eso! ¡Por un momento me sobresaltaste!...

—¡Cómo!, ¿no te sorprendes?

—¿Por qué he de hacerlo? —exclamó el desconocido, y agregó mientras su agradable rostro se iluminaba por una simpática sonrisa—: Creo que la petulante técnica y ciencia modernas están matando viejas creencias, tradiciones y le-

yendas. Ya nadie..., o casi nadie cree en los vampiros; precisamente en ESO RADICAL LA VERDADERA FUERZA DEL VAMPIRO, como dice...

—Bram Stoker —interrumpió Wolhans...

—¿Lo leíste?...

—Sí..., ¿y tú?...

—Bueno..., podría decirte que es mi libro de cabecera —respondió el hombre mientras nuevamente su rostro se iluminaba por aquella agradable sonrisa, y agregó—: ¿Te quedarás aquí toda la noche, o preferirías caminar conmigo?... Supongo que tú también andas tras "LA BESTIA"...

—¿También lo buscas?... —interrogó Hans sorprendido y a la vez contento de hallar a alguien con quien compartir su búsqueda, alguien que no fuese incrédulo..., o PETULANTE ESTUPIDO como los demás...

El recién llegado permaneció por un momento silencioso, y de nuevo el rostro se le oscureció:

—¿A ti también te quitó a ALGUIEN MUY QUERIDO, verdad?...

—Sí..., a mi esposa y podría decirte que a mi hijo también... Al menos él fue responsable de su muerte...

—Igual que a mí... Sólo que mi mujer y yo nunca tuvimos hijos... De todas mane-

ras me siento tremendamente solo desde que ella se fue... ¡Bestia sanguinaria! —las manos del desconocido se contrajeron como garras y una expresión de furia y rencor suplantó definitivamente cualquier otra anterior. Pareció serenarse, y recompuesto de su breve estallido volvió a mirar fijamente a los ojos del CAZADOR.

Este sintió conmiseración por su interlocutor al saber que sufría una pena similar a la de él. Luego de una pausa en la que ambos permanecieron respetándose mutuamente sus dolores íntimos, Wolhans volvió a romper el silencio:

—¡Sí, amigo!... Hoy es noche de VALPURGIS, UPIROS... VAMPIROS, o si lo prefiere de demonios... Creo que no tardará en aparecer... El también caza a su manera..., no como nosotros dos..., pero él también CAZA...

Echaron a andar en silencio. De pronto el extraño preguntó señalando el maletín que pendía de la mano izquierda de HANS:

—¿Para qué llevas eso?...

Casi distraídamente Wolhans respondió:

—¡Ah!... Son las estacas...

—¡Las estacas de madera!... ¿Y manojos de flores de ajo..., y crucifijos..., y un puñal con hoja de plata?...

—el desconocido enumeraba

objetos..., ametrallaba pregunta tras pregunta al desconcertado CAZADOR, mientras éste contemplaba perplejo a su ávido interlocutor a quien se le iba contrayendo el rostro palabra a palabra...

—¡Claro..., pensé que te habías dado cuenta!... ¡LOS VAMPIROS no son para subestimar en cuanto a su fuerza; son sumamente peligrosos; sin nada de esto que llevo en el maletín estaría inerme..., irremediabilmente perdido!... ¿Por qué te sorprendes de esa forma?...

—¿Eres tú el maldito humano?... —los ojos del hombre se habían inyectado en sangre, y por la babeante y contraída boca podían entreverse agudos y blancos colmillos...

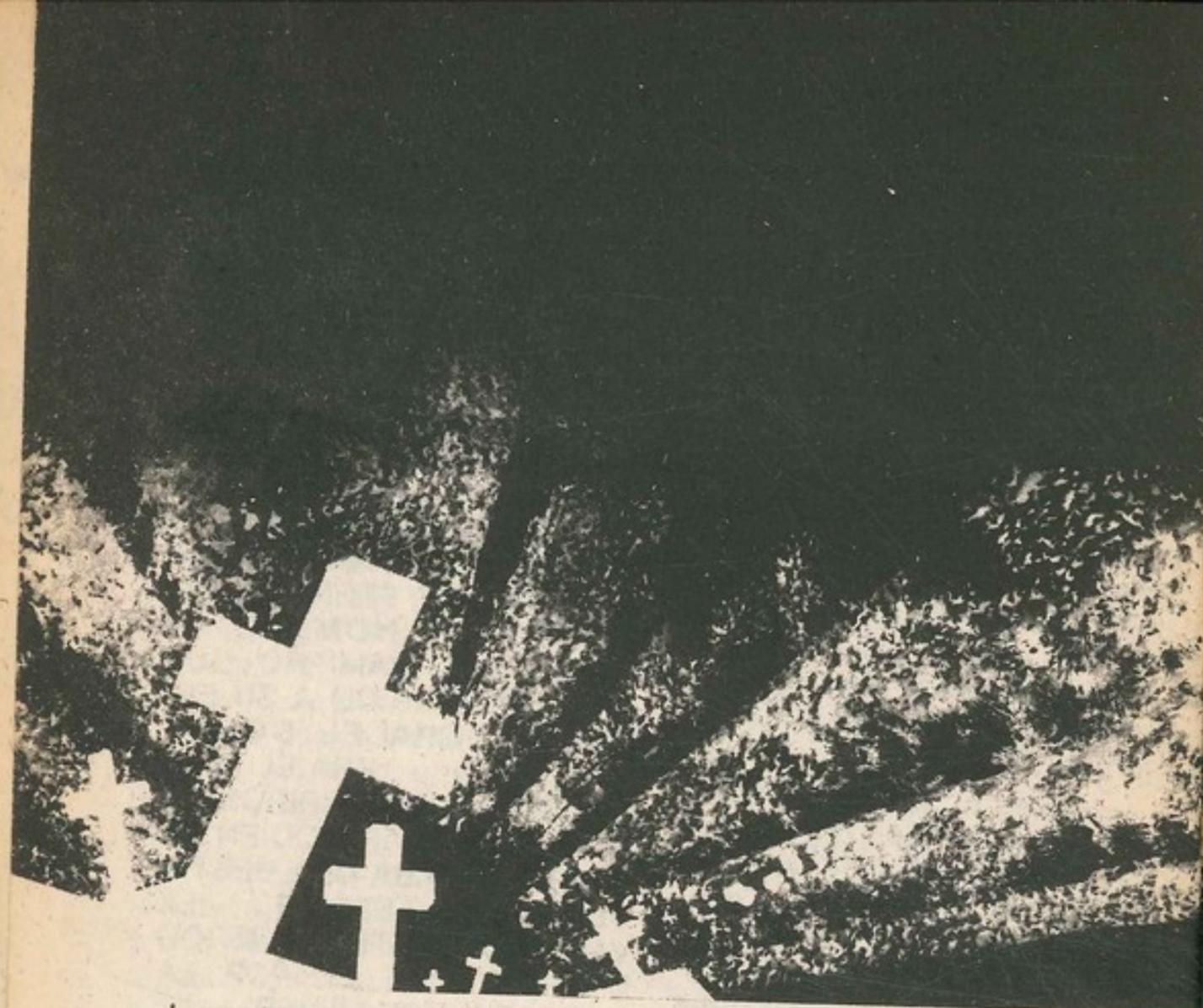
Hans, perplejo, retrocedió sin querer comprender... Vacilante, se apartó momentáneamente del primer zarpazo, mientras con la furia aumentando momento a momento el desconocido avanzaba hacia él..., y masticando las palabras agregaba:

—¿Eres tú, maldita bestia sanguinaria quien destruyó a mi esposa..., quien arteralmente nos taladra las entrañas mientras dormimos con esas abominables estacas?... ¿Quien disfruta impidiéndonos mediante esas apestosas flores de asqueroso ajo penetrar

en nuestros sepulcros y luego gozas con nuestra agonía?... ¿Disfrutas con nuestra disolución, y luego profanas hollando con tus pies los huesos de las pobres criaturas con quienes te ensañas?...

Hans comprendió lo que su mente como última defensa a la cordura no quería aceptar: "AQUEL HOMBRE CONVERTIDO EN FIERA QUE TENIA AMENAZANTE FRENTE A EL, NO ERA UN HOMBRE EN BUSCA DEL VAMPIRO QUE HABIA DESTRUIDO A SU ESPOSA... ERA EL CONDE KARLSTEIN..., ERA EL JEFE DEL CLAN DE VAMPIROS DE LA REGION, PARA QUIEN EL REPRESENTABA UNA BESTIA DE LA PEOR ESPECIE... ¡EL VAMPIRO SENTIA IDENTICO DOLOR QUE EL POR LA MUERTE DE SU MUJER!...

Hans retrocedió horrorizado, y percibiendo el hálito de la muerte muy cerca de él..., forcejeó con el cierre del maletín... Clavó sus dedos en el pequeño cepo hasta que parecieron fundirse con el metal... ¡No cedía..., se había trabado!... Desesperado y siempre retrocediendo lo intentó nuevamente... Esta vez lo logró..., pero demasiado tarde... Las garras de hierro de von Karlstein se clavaron en su muñeca... El maletín cayó al suelo fangoso y desapareció de su vista oculto por



el manto de niebla. Un fétido aliento bañó su rostro despa-
vorido y casi inmediatamente percibió aquel extraño ardor en su cuello a la altura de la yugular... Era la mordedura... la mordedura que pronto le robaría hasta la última gota de su sangre. La visión comenzó a tornarse rojiza... borrosa... su cuerpo pareció perder peso... volverse liviano... y el ardor de la herida se convirtió casi en agradable... Vio rostros... soles violetas... flores extrañas... sombras y leves figuras danzando... vio... LA NADA...

Dos campesinos hallaron el cadáver; estaba caído sobre una tumba resquebrajada a la que el tiempo le había borrado el nombre de su morador... Estaba tendido sobre la losa con el cuerpo contorsionado, podría haberse dicho desarticulado como una marioneta a la que le han cortado los cordeles... Los ojos inmensos y apagados mirando al infinito, las manos crispadas, la boca semiabierta con una expresión de incredulidad inaudita pintada con golpes de asombro... El médico del pueblo certificó sin mayor pre-



ocupación: "ATAQUE CARDIACO", y Hans fue sepultado en su panteón familiar... Y reposó... durmió en paz por algún tiempo... hasta que llegó una nueva noche de VALPURGIS... Entonces abrió sus ojos... En un primer momento sintió pánico: "Lo habían sepultado con vida"... Pero no... casi instantáneamente su mente se clarificó: "EL ANTES CAZADOR DE VAMPIROS, HANS WOLHANS, AHORA CAZADOR DE HOMBRES, VOLARIA POR TODA LA REGION... CAERIA SOBRE UNA CIUDAD CUAN-

DO SUS HABITANTES QUE NO CREIAN EN ANTIGUAS LEYENDAS SOBRE VAMPIROS, UPIROS, BRUCOLACOS, DURMIERAN... Cuando aquellos que no creían en viejas supersticiones infantiles permanecieran indefensos en sus lechos, y con las ventanas de sus alcobas abiertas de par en par... Y BEBERIA... VIVIRIA DE SU SANGRE..."

"LA VERDADERA FUERZA DEL VAMPIRO RADICA EN QUE YA CASI NADIE CREE EN EL."

BRAM STOKER

LAS PRIMITIVAS PALABRAS-ATOMOS

por JUAN-JACOBO BAJARLIA

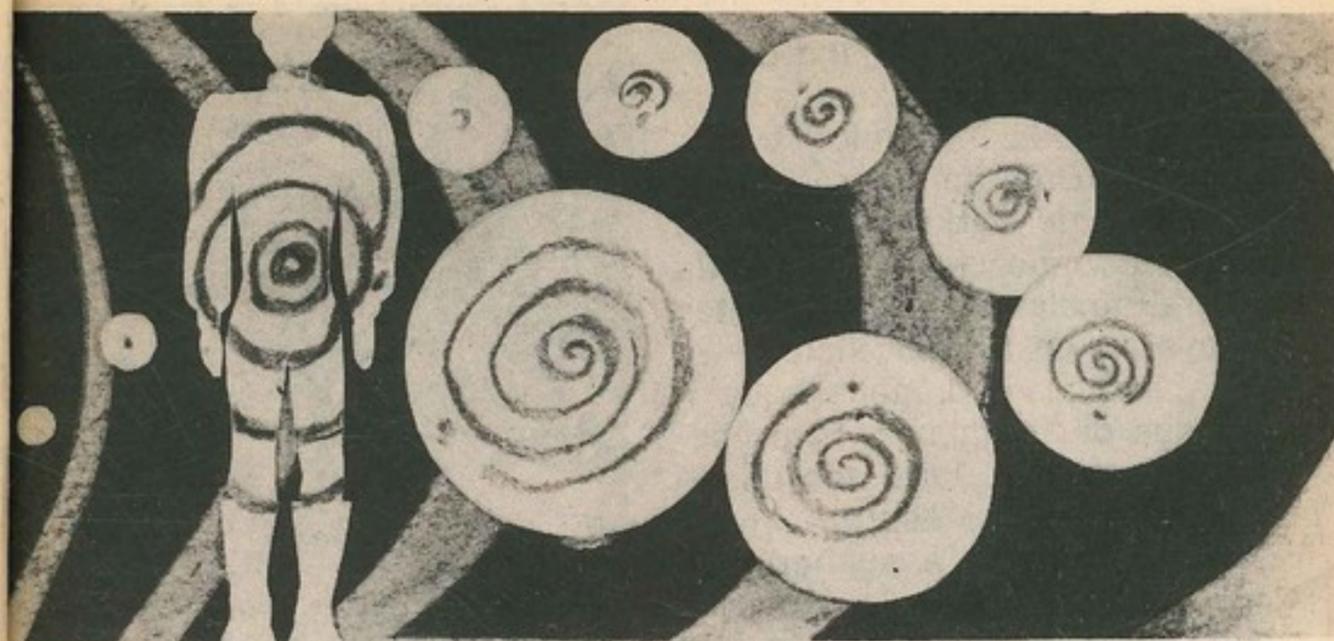
¡Si con vuestro arte, padre queridísimo, habéis hecho rugir estas salvajes olas, aplacadlas...! Un arrogante buque que encierra, a no dudar, algunas nobles criaturas, ¡roto en mil pedazos!... Si hubiera dispuesto del poder de un dios, habría absorbido el mar en la tierra antes que ese navío se sumergiese con su cargamento de almas.

(SHAKESPEARE: *La tempestad*, I, 2.)

La memoria es circular y reminiscente. El viejo Barki se lo decía a su hija Versinda. Es como si recordara las voces de una edad antigua vivida por sus antepasados. Realizaba las acciones como impulsado por cierta voluntad que le oprimía las sienas. Pero Versinda no lo entendía. Perdidos en un lugar de la galaxia, venidos en algún momento de otro mundo, ella sólo sabía que su casa era una cueva abierta en lo profundo de un bloque de cristal, en la cual su padre manipulaba un extraño libro de magia. Mientras ella recorría la galaxia, el viejo Barki, leyendo su libro, conversaba con un espíritu invisible al que llamaba Ariel. Un día, aprovechando los rayos acariciadores que lanzaban las estrellas, el viejo se acercó a Versinda y le dijo:

—Siempre me has preguntado por nuestro origen y he

callado. Sólo sé que nací en otro mundo y que tú eras la hija de la mujer más hermosa que allí había. Esa mujer fue mi esposa, y yo, en ese mundo, un ser poderosísimo que concitó la envidia de mi hermano Vésper. Cierta día hubo una guerra. El planeta en que habitaba se desintegró en la lucha contra otro planeta que giraba silencioso en el espacio. Cuando desperté en la galaxia, sostenía en mis manos el **Libro de la magia**, y tú, de tres años, llorabas acurrucada a mi lado. Eso es todo lo que creo recordar, y que, posiblemente, mi hermano Vésper desató esa guerra interplanetaria. Pero a veces he pensado que nos habíamos muerto cuando el planeta se desintegró. Que ahora hemos resucitado en otra vida y para otros hechos que pueden ser similares a los que habíamos vivido en otro



mundo. Posiblemente somos dos muertos que crecen en edad y hablan un lenguaje misterioso impreso por las emanaciones de la galaxia. Pero yo sé que la memoria es circular y reminiscente. Alguien, en otra vida, pensó con sus propios medios lo que ahora podría hacer yo con lo que dispongo. Para obtener un efecto similar, tendría que apelar a una acción similar. Y creo que ya tengo la solución. En el **Libro de la magia** se habla de un antiquísimo sabio llamado Shakespeare, el cual, ayudado por los espíritus, provocó una tempestad que puso a los enemigos en su presencia. Eso es lo que voy a intentar. Hace años que lo vengo pensando. Primero fue una idea sugerida por el libro. Después, un largo pensamiento que alboreaba en la galaxia. Sé que los átomos se fisionan por una ley que con-

siste en bombardear sus núcleos mediante neutrones. Pero hay otra ley no estudiada todavía, según la cual la energía liberada por la destrucción de la materia puede reintegrarse al átomo de donde huyó, recomponiendo la materia primitiva. ¿Entiendes ahora, Versinda? Yo voy a retrotraer la energía liberada para recomponer ese mundo destruido por Vésper.

El viejo Barki alzó sus manos y su libro, y habló con el invisible Ariel. La galaxia se estremeció, y algunas estrellas desaparecieron. Hubo una tormenta (una crisis) de rayos cósmicos, y un color intenso se apoderó de la superficie celeste que giraba más allá de la idea. Versinda observó el milagro. En medio de los rayos cósmicos, batida por el fuego, venía una cosmonave cayendo a la deriva sobre la

galaxia. Estaba cargada de terresianos semiasfixiados que gesticulaban su dolor y sus culpas. Uno de ellos cayó a los pies de Barki. El otro, más allá, adonde acudió Versinda para auxiliarlo. Los restantes cayeron en la superficie o en las blancas e inmensas cavidades de la galaxia. El primero era Vésper, torturado desde adentro por el espíritu invisible. Reconoció a su hermano y le pidió clemencia por todo lo que había hecho en la otra vida.

—Sé que estoy muerto —le dijo—, y estoy arrepentido. Pero la vida es una larga tentación poblada de fantasmas para alcanzar el poder. Creemos que de esta manera dominaremos a la muerte. Y es la muerte, en realidad, la que nos derrota desde lo alto de ese poder matando a los fantasmas.

El otro, el que había caído a los pies de Versinda, llamado Ricardo (hijo de Vésper), se expresó casi de igual manera:

—Me habían dicho que la muerte era el fin de un largo sueño tejido por el hombre para alimentar a sus fantasmas. Pero si la muerte tiene fantasmas como tú, la vida sólo era una pesadilla para despertar en la muerte. Yo estaba muerto cuando vivía. Ahora



que estoy muerto comienzo a vivir desde tus ojos.

Ariel trajo a Barki las palabras de Ricardo a Versinda. El mago las juntó con las de Vésper. "Casi no lo creo —se dijo a sí mismo—. Tengo en mis manos el poder y el amor. Si estas palabras se combinaran, podría rehacer el planeta destruido por el hombre. Cada palabra es un átomo. Y cada palabra tiene una consonante fuerte que vendría a ser su núcleo. Las vocales serían los electrones girando en derredor de los protones-consonantes. Si logro que los átomos se correspondan con las palabras, y que la energía liberada se integre en las vocales, obtendría el equilibrio perdido y ha-

ría que la materia se fusionara en las mismas estructuras que el hombre destruyó".

Y el viejo Barki volvió a su cueva. Estrujó su libro. Discutió con Ariel, el espíritu invisible, y descubrió la correlación que había intuido entre las palabras y los átomos. Entonces descubrió las palabras-átomos, y tembló. Los poderes de la materia eran suyos. Amor tenía dos protones, m-r, y dos electrones, a-o. Pero en el estado actual, destruido el planeta, los electrones a-o se habían liberado al fisionarse, convirtiéndose en la palabra-átomo A-h-O-rear. Retrovertiendo la fisión, se reconstruiría la palabra-átomo primitiva, aquella que expresaba Amor.

Lo mismo sucedía con los otros átomos. Los electrones de Muerte, u-e (tomó al azar la palabra), al fisionarse, habían formado h-UE-rco, que era uno de los nombres del Diablo. Retrovertida hacia la fusión, Muerte perdería su estructura demoníaca para convertirse en una metáfora de movimiento. Existía, por tanto, una relación fisión-fusión, cuyo descubrimiento era suficiente para reconstruir los elementos. Y dominar este proceso de retroversión, significaba rehacer la vida y el mundo. Había, sin embargo, una dificultad que no advirtió Barki. Los electrones, al fisionarse, formaban libremente elementos similares, pero no iguales. De Amor se for-

maba **A-h-O-rcar**, y de **Muerte**, **h-UE-rco**. ¿Se reharían, matemáticamente, en el proceso de retroversión, de manera que A-h-O-rcar recuperara su forma primitiva que era **Amor**?

En principio todo estaba claro. Pero el viejo no midió los tiempos de duración del proceso. La recomposición de los átomos requería distintas etapas hasta llegar a la forma que tenían en el instante de su desintegración. De **A-h-O-rcar**, por ejemplo, había que retroverter hacia A-h-O-gar, A-h-err-O-jar, A-h-O-rnar, hasta que los electrones A-O se ubicaran en órbita respecto de los protones M-R para formar **A-M-O-R**.

Esa falta de previsión sobre las instancias previas del proceso modificó el resultado de la recomposición del mundo. Realizado el experimento con la ayuda de Ariel, desintegrando palabras para fusionarlas, en vez de obtener el instante que precedió al asalto de Barki y Versinda hacia la galaxia, se vieron de pronto en una llanura árida, sembrada de cráteres donde se refugiaban animales de todas las especies, algunos de los cuales eran diez veces más grandes que el hombre. Pero ellos ya no eran los mismos. El viejo Barki era Abel, y su hija Versinda se había convertido en la mo-

rena Elke. Vésper (el hermano de Barki), se había transformado en Caín, y Ricardo (el hijo de Vésper) se llamaba, ahora, Rimac. Estaban desnudos, cubiertos con alguna piel insuficiente, y hablaban un extraño lenguaje que no difería, en aspereza, del utilizado por las bestias que cruzaban los cráteres.

El mundo comenzaba para ellos con un impulso que les hacía presentir vagamente otra vida, en una edad feliz, sin el terror que les infundían los animales y las fuerzas desconocidas de la naturaleza. Había instantes en que se esforzaban por recordar. Pero no recordaban nada. Era una tortura que sólo les traía tristeza. A veces miraban hacia las estrellas y observaban el incendio de un astro (¿sería la cosmonave que llevaban dentro?). Entonces, aterrorizados, corrían a sus guaridas y pensaban sin imágenes y sin palabras, totalmente vacíos. El mundo era una larga noche que devoraba sus propias creaciones.

oOo

Un día vio Abel (el otrora Barki) cómo se incendiaba un árbol herido por el rayo. Era un ejemplar gigantesco que fue devorado por el fuego en un tiempo igual al que nece-



sitó para meterse en un cráter. Pero alcanzó a ver cómo se consumía, cómo se transmitía la llama de una rama a la otra. Cuando sólo quedó un tizón del árbol, tomó una rama que tenía a su lado, y se acercó tembloroso, invadido por el miedo de perecer en una llama semejante. Sin embargo, se sobrepuso al terror que lo inhibía y colocó su rama seca junto al tizón. Y Abel vio que el fuego se transmitía del tizón a la rama. Y dio un salto, y gritó de alegría. Pero el frío apagó el tizón y la rama. Y Abel lloró, hasta que de pronto, movido por una extraña idea, tomó dos ramas secas y comenzó a frotarlas. Del llanto

pasó nuevamente a la alegría. Las ramas, al ser frotadas, se encendieron con la misma llama que antes había devorado el árbol. ¡Abel acababa de descubrir el fuego! Cayó de rodillas y miró hacia las estrellas.

Otro día, vio a su hija Elke abrazada a Rimac, el hijo de su hermano Caín. Pensó que el frío se opondría a su descendencia. Amontonó, entonces, toda la leña que pudo, frotó dos ramas y les dio calor.

Pero Caín, endurecido en la lucha contra las bestias, envidioso del fuego de su hermano, tomó la quijada de un animal y la descargó sobre Abel. Y Abel murió, y en seguida vio



Caín un ojo que crecía en la noche y lo perseguía. Desde entonces no pudo dormir. Dondequiera que se reclinara estaba el ojo que le recordaba su crimen. ¡Caín había descubierto la conciencia! Y fue la

conciencia quien le dijo A-h-O-r-car, A-h-O-gar, A-h-err-O-jar. Pero no le dijo A-M-O-R. Y Caín huyó y descendió a las edades. Corrió en la noche, bajo las tinieblas y bajo la luz. Se rehízo y volvió a correr.

SIERRA DE AGUA

Un grupo de investigadores encabezado por el doctor Yih Ho Pao, ingeniero hidráulico de origen chino, especializado en la física de altas presiones, ha realizado un viejo sueño del espíritu humano. transformar un chorro líquido en una poderosa sierra. Las máquinas que han creado están ya a disposición de la industria y son capaces de cortar toda clase de materiales con excepción de los metales. Cortan con la misma facilidad un bloque de cemento que madera, textiles, fibra de vidrio, plásticos, caucho, etcétera.

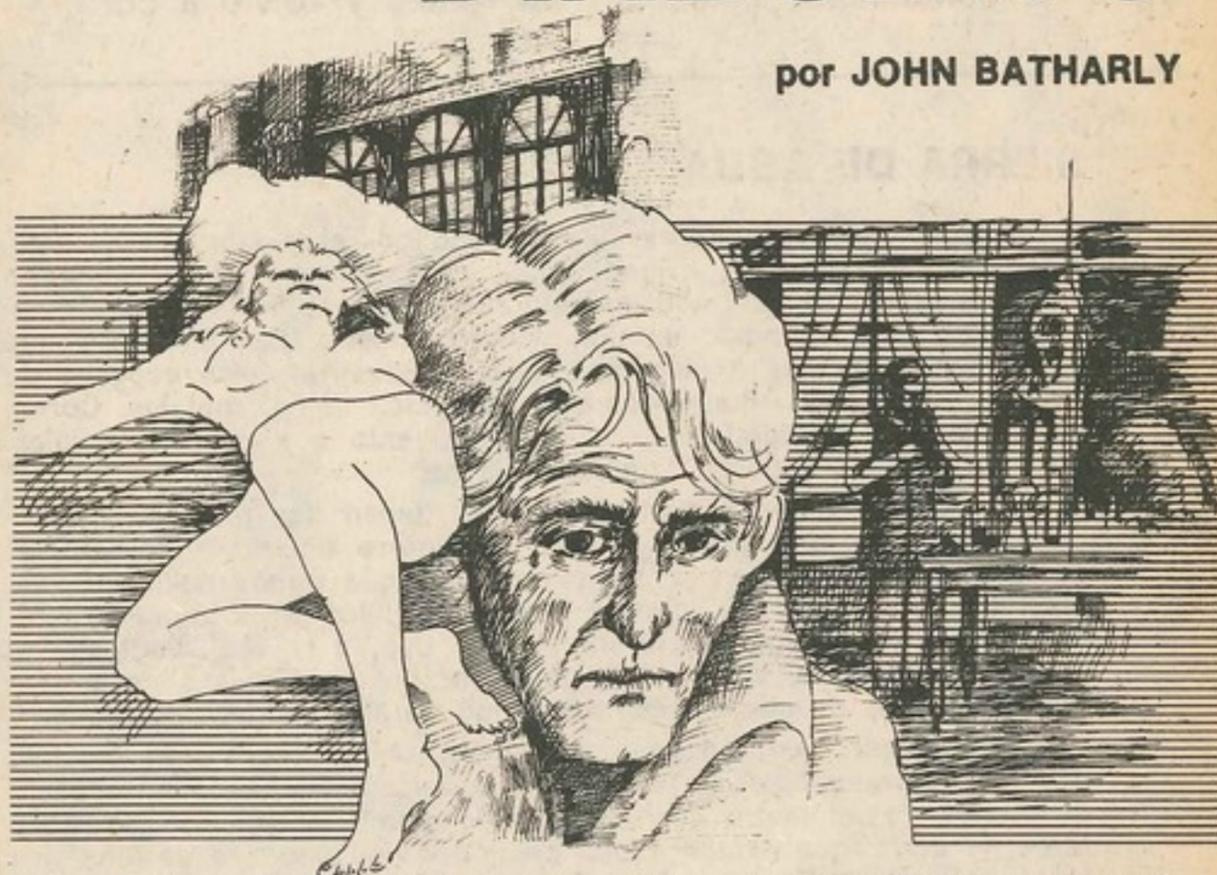
Las nuevas máquinas norteamericanas tienen dos elementos esenciales para el corte por medio de un chorro líquido a presión: el compresor y la coherencia del chorro. El agua puede salir con una presión que oscila entre los 690 y los 4.000 kilos por centímetro cuadrado que es controlada por un aparato que, a la vez, distribuye el agua para alimentar siete puntos de corte, en los que, a plena potencia, el agua es eyectada a una velocidad de 800 metros por segundo.

El compresor, que funciona con aceite, es 30 veces más efectivo que los convencionales y 10 veces más liviano, ocupando un espacio de menos de un metro cuadrado. La máquina usa en una hora 340 litros de agua, que expelle a una presión de 40 millones de kilos por metro cuadrado. Se logra la coherencia del agua por medio de un perfil especial del conducto y de la tobera, lo que constituye un secreto. Se dice que la tobera contiene un zafiro con una perforación cuyo diámetro es de 0,076 a 1 milímetro.

Son muchas las ventajas que tiene este corte por chorro líquido. En primer lugar, el corte es nítido y, por consiguiente, muy económico; puede hacerse siguiendo los contornos más caprichosos, sea dirigiendo la máquina a mano o por medio de una computadora; es un corte que no produce polvo, lo que protege la salud de los operarios, especialmente en las industrias de amianto; cientos de materiales que tienden a aglomerarse en los dientes de las sierras, como el caucho y el asfalto, se cortan fácilmente; el chorro es completamente silencioso; desaparecen los problemas de agrietamiento o ruptura del material que se corta y no tiene que ser fijado; es una herramienta que no se desgasta y tiene la ventaja adicional de no ser contaminante del ambiente.

EXPERIMENTO DIABOLICO

por JOHN BATHARLY



Los días previos fueron incabables. El día de la decisión, a su vez, fue lluvioso. Después hubo sol y arco iris desde una de cuyas franjas, alguien, de extraña imagen, sonreía. "Debo ser yo", pensó Wonderley. "Siempre lo mismo cuando llueve". El Dr. Diabólico (no le conocía otro nombre) había conseguido su liberación a cambio de un experimento comenzado en la misma cárcel. Los días lluviosos lo transfigu-

raban. Lo invadía la melancolía y sentía impulsos de estrangular o asfixiar. En su vida anterior había sido un hábil estafador, pero nunca un homicida.

Dos veces creyó ver ese día su propio rostro en las franjas del arco iris. Al anochecer transitó por Dorset Street y recaló en una fonda maloliente del Downing. Londres, impenetrable y brumoso, se abría como una flor maligna para atrapar bichos y fieras pensantes que

tramaban sus ignominias contra el prójimo. No había otra ley en 1890 cuando Conan Doyle meditaba en Sherlock Holmes y Robert Louis Stevenson desaparecía del Soho para hundirse en una isla lejana.

Wonderley pidió un pan, una salchicha y una botella de vino. Pagó por adelantado y bebió su primer vaso sin probar bocado. Después, impulsado por esa fuerza inexplicable que generaba en él su afán por la asfixia, sintió algo así como el aroma de carne desnuda. Llamó al mozo y le dijo que vendría en dos minutos. Wonderley se fue, pero regresó mucho después. Acaso fueron 15 minutos que el mozo no pudo calcular por el ajeteo de la fonda. Cuando el mozo lo vio dijo únicamente como hablando consigo mismo: "el water era insufrible".

Al día siguiente **The Standard** daba una noticia espeluznante. Un desconocido había estrangulado a una mujer en el Downing, a media cuadra del The Player (la fonda en que había cenado Wonderley). Previamente había amenazado a su compañera. No la molestó, sin embargo, ante su actitud pasiva. Pero había un detalle que pasó inadvertido en el origen de los hechos. Cuando el asesino entró violentamente en la casa se precipitó directamente

contra la mujer que estaba desnuda. Esta quiso gritar. El desconocido la estranguló y después repasó su cuerpo tratando de sentir el olor de la piel. La compañera expresó que las narices del asesino se habían detenido en las piernas. Estuvo así un instante y después huyó escaleras abajo. **The Standard** decía: "Un alienado escapado del hospicio".

Tres días después, el 5 de diciembre de 1890, otra mujer desnuda fue estrangulada en el baño. Los forenses hallaron las huellas de un mordisco en la pelvis. Londres, conmocionada, pensó en el regreso de Jack el Destripador o del Hombre Lobo. Pero las características del crimen eran distintas. Se trataba, según Scotland Yard, de otro lunático, cuya tendencia sexual era un verdadero enigma.

Red Waverley, especialista en crímenes sexuales, aventuró la hipótesis de que se trataba de un delincuente fetichista atraído por el sudor. **The Standard** lo ridiculizó con estas palabras: "Le preguntamos a Mr. Waverley si la compañera de la primera víctima no tenía olor a sudor por el hecho de estar medio vestida en el instante del crimen".

Wonderley, en Dexter (habían transcurrido dos semanas), volvió a tener la misma

sensación que en el Downing. Primero fue una idea vaga, una extraña imagen que jamás se concretaba. Sentía un aroma impreciso que se difundía por su sangre como un impulso eléctrico. Después, esta sensación lo deprimía por un instante y luego lo exaltaba. Era como un vaivén. Pidió vino y en cuanto fue atendido se lanzó a la calle y regresó sin que nadie hubiera advertido su ausencia. Cuando salió, ya muy de noche, una prostituta lo miró significativamente. Wonderley la observó con desprecio y siguió su camino. En Londres lloviznaba lentamente.

La tercera víctima, una mujer de reputación ambigua (eso era lo que decía **The Standard**), también había sido estrangulada cuando se hallaba desnuda en su dormitorio. El hombre que la acompañaba había huido escaleras abajo con pantalón y camisa. Había dejado la chaqueta en casa de la amiga. La víctima ostentaba un arañazo (posiblemente un mordisco) bajo el ombligo. Un día después sucedió otro hecho similar con una mujer desnuda en un baño. Pero esta última tenía un corte en el glúteo derecho. Le faltaba un trozo de carne que, presumiblemente, habría devorado el asesino.

Hubo un intercambio de pulas entre **The Standard** y Red

Waverley. El diario, entre terrorista e irónico, expresaba que el asesino, además de moralista, porque sólo eliminaba mujeres desnudas, era un antropófago refinado: "le gustan las piernas en la proximidad prohibida". Waverley, consultado por los cronistas de **The Time**, insistía en el fetichismo y adelantaba una hipótesis contra los "diarios sensacionalistas": el homicida obraba automáticamente impulsado por una fuerza extraña.

Lo que no sabía **The Standard** es que Red Waverley, por orden de Scotland Yard, investigaba secretamente el caso. La ciudad estaba convulsionada. Se hablaba de moral, del Angel Exterminador de las **Escrituras**. En el púlpito se exhortaba a cuidar las costumbres. Sin embargo, los crímenes seguían. Siempre había una mujer desnuda en el lecho o en el baño. Una de ellas fue respetada por el asesino porque en ese instante se cubría parcialmente de espaldas al intruso. Este retrocedió y se deslizó por la ventana. Pero la mujer, dándose vuelta, aterrorizada, tuvo tiempo de ver el rostro del desconocido.

Red Waverley ya tenía una pista. Seguía creyendo, sin embargo, que se trataba de un delincuente fetichista. Karfft Ebing los había anticipado en

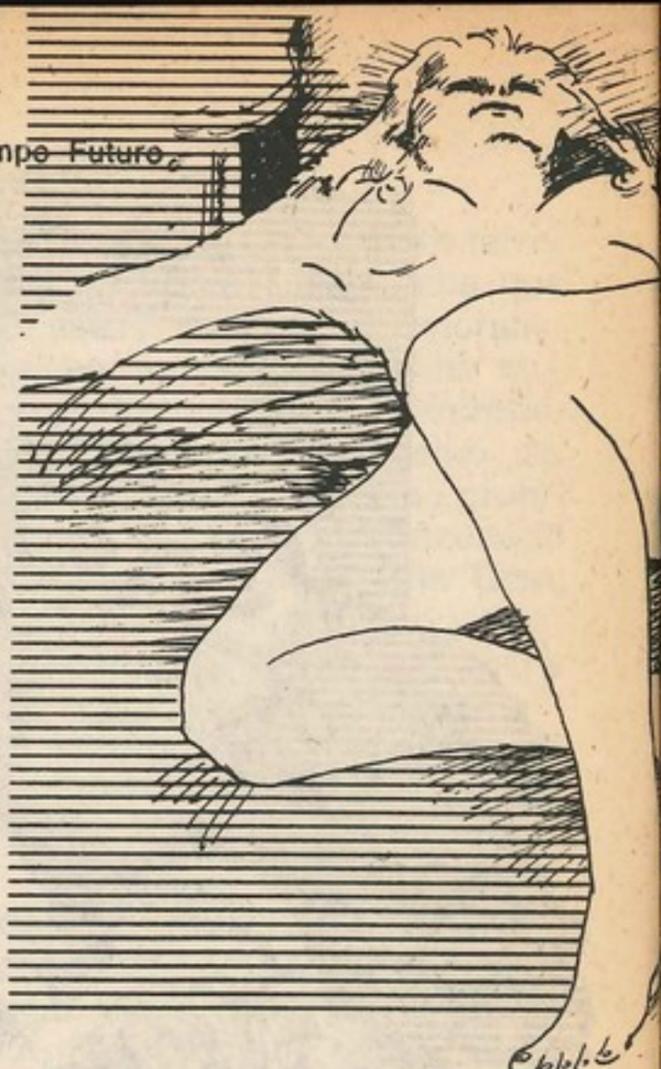


la **Psicopathia Sexualis**. Este se refería, por otra parte, a la muerte por libidine seguida de antropofagia.

El último crimen (el 8 de febrero de 1891) fue cometido en el Downing. Se trataba de Elizabeth Thompson, una prostituta de 23 años. La hallaron tendida en su cama. Estaba desnuda y el mordisco en la pelvis era, en realidad, una huella de la que se había extraído un trozo de carne. El día fue neblinoso y con llovizna.

Esa misma noche dos hombres mal entrazados entraron en The Player. Wonderley no advirtió la presencia del segundo. Pidió, como acostumbraba hacerlo, un pan, una salchicha y una botella de vino y quedó como amodorrado, un tanto inclinado sobre la mesa. El segundo personaje, la cara tiznada, la ropa raída, se sentó después a la misma mesa y pidió vino solamente. Wonderley, casi soñando, murmuró: "Doctor Diabolicus". Luego agregó: "Libertad, los orangutanes". Palabras incoherentes en apariencia. Cabeceó varias veces y después despertó. Vio que tenía un compañero de mesa y se excusó por lo que llamó un sueño.

A la salida del The Player, Wonderley fue seguido por el hombre de la cara tiznada. Este lo invitó a subir en un viejo



carromato que también los había seguido. Wonderley quiso huir. Buscó el puñal que siempre lo acompañaba, pero que nunca usaba. El de la cara tiznada no le dio tiempo. Lo derribó de un golpe en la mandíbula mientras decía: "Soy Red Waverley, detective de Scotland Yard".

Los que venían en el carromato redujeron totalmente a Wonderley.

Días después el **The Time** y el **The Standard**, que ya no se burlaban, exponían, según el informe de Red Waverley, una tesis científica acerca de un médico que experimentaba con orangutanes amaestrados. Estos eran llevados gradualmen-



te a buscar una mujer desnuda colocada al lado de una mujer vestida. Si el orangután se equivocaba de mujer, recibía un golpe siniestro que lo derribaba sin matarlo. Y esto se repetía hasta que el orangután aprendía a dirigirse sobre la mujer desnuda, en cuyo caso no recibía ningún castigo. Amaestrado el orangután, el Dr. Diabólico lo sacrificaba para extraerle los ácidos, con los que luego preparaba una sustancia que denominó **criptosexofolina**. Esta sustancia fue inyectada en Wonderley, quien purgaba una condena a perpetuidad. Se le dijo previamente que haría de sujeto de un experimento. Incluso, agregó el

Dr. Diabólico, sería detenido en caso de no poder obtenerse los resultados esperados. Wonderley aceptó. Se dejó inyectar la **criptosexofolina** y acabó cometiendo una serie de crímenes que no estaban en el cálculo del experimento.

Red Waverley explicó también que el asesino se exaltaba en los días lluviosos porque los orangutanes eran sometidos simultáneamente a un estado de irritación mediante mangueras que producían una llovizna artificial. El caso se cerró con la detención del Dr. Diabólico y el director del establecimiento carcelario que había accedido al experimento.

Versión de J. J. Bajarlia

MUNDO AUTOMÁTICO

por RICARDO FERRARI

Bienvenidos al Mundo Automático.

Leyó la frase una docena de veces. Pensó en quitar las mayúsculas, en ponerla entre comillas, en colocarle un punto final, un punto y coma, una coma y terminarla, seguirla hasta redondear la idea.

Furioso, meneó la cabeza y, con un tirón, arrancó la hoja de su cuaderno de resortes.

Hizo un bollo con el papel casi impoluto y lo arrojó adelante, gradas abajo.

La pelotita pegó contra las otras que ya estaban allí, entre los asientos de Stadium, y con un suspiro apagado de roce de papel y papel, se detuvo.

El viento agitó las decenas de hojas arrancadas y abolladas y las arrastró, con un leve carraspeo, sobre el cemento áspero.

Abajo, una unidad de limpieza escuchó el sonido y dirigió algunos sensores a lo alto de las graderías.

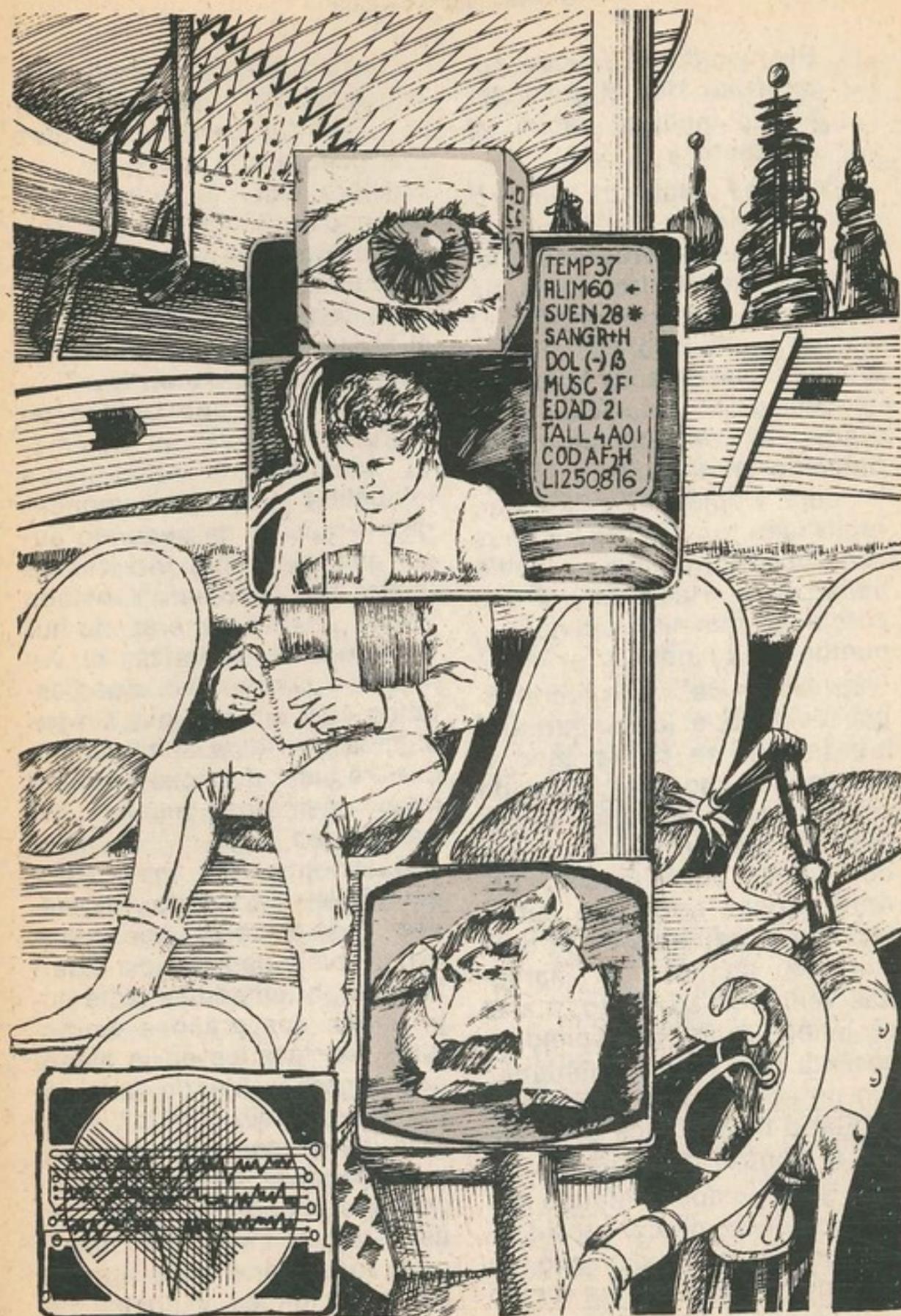
Distinguió al muchacho de cabellos revueltos y grandes ojeras que estaba allí, senta-

do con un cuaderno que ya no era tan grueso sobre las rodillas; vio también el revuelo de papel desechado a su alrededor y algo chasqueó en su cerebro de platino. Dejó de rebuscar algún desperdicio entre el bien regado y excelentemente cuidado césped y, con un siseo, se elevó por sobre las gradas, hacia el único humano del solitario Stadium.

Bienvenidos al Mundo Automático, dijo el presidente. Golpeó la lapicera contra sus dientes y, satisfecho, descubrió que la frase no le desagradaba. "Bienvenidos al Mundo Automático, dijo el presidente". Y al terminar la silenciosa repetición, entendió que no sabía cómo seguir adelante.

El robot limpiador llegó hasta él y, cuidadosamente, absorbió la marea de papel repudiado.

Distinguió tres o cuatro hojas entre los pies del muchacho y, extendiendo una de sus pinzas, las quitó sin siquiera rozar las zapatillas mugrientas.



Bienvenidos al Mundo Automático, dijo el presidente. La multitud vaciló un momento y...

¿Y qué? Maldita sea. ¿Y qué? Al diablo. Es más fácil inventar que recordar, se dijo.

Desde una de las torres, un monitor sanitario recorrió otra vez el gigantesco espacio de Stadium. No detectó focos de infección, ni suciedad. Las gradas de cemento (innecesariamente en el mejor estilo de la vieja y lejana Tierra) eran repasadas por las aspiradoras cada doce horas; allí no podía hallar nada. Hasta que tropezó con el humano, apenas un puntito en su pantalla.

El lector de rayos infrarrojos reveló que la temperatura era la que se podía esperar de un humano masculino de veintiún años. Pero las ojeras eran de alguien que no había dormido en, por lo menos, cuarenta y ocho horas. Su pulso, fácilmente captable en la sutil vibración de las bien marcadas venas de su brazo, era el de quien llevaba un mínimo de sesenta horas sin alimentarse. Sin un solo sonido, el monitor sanitario envió todos esos datos al control del hospital.

Bienvenidos al Mundo Automático, dijo el presidente. La multitud vaciló un momento y, con un rugido de júbilo, se quitó los cas-

cos protectores y desabotonó los trajes para vacío. Por fin, después de diez generaciones.

Ahora, cuidado. Debe entenderse claramente lo que sintieron todos en ese momento. El muchacho titubeó. Cerró los ojos, recordando. ¿Qué sintió él al inaugurarse Mundo Automático, una semana atrás?

En la calle, una Unidad de Patrullaje localizó el autcmóvil. Identificó la señal-marca telepática y en una imponderable fracción de segundo supo que el propietario estaba dentro del Stadium. Y estaba vivo. De todas maneras, no hubiera podido vaporizar el vehículo: sus arcos voltaicos estaban casi sin energía. En los últimos dos días había tenido que reducir a gases elementales casi dos millones de transportes.

Realmente, era magnífica aquella ley de Mundo Automático que disponía que todas las propiedades de los muertos fuesen inmediatamente sublimadas: los grandes extractores, enclavados en la esfera que separaba Mundo Automático del espacio exterior, recogían los gases, los separaban, y los condensaban en los respectivos depósitos, teniendo así listo más metal, más plástico y más vidrio para proveer las necesidades y apetencias de los vivos.

Bienvenidos al Mundo Automático, dijo el presidente. La multitud vaciló un momento y, con un rugido de júbilo, se quitó los cascos protectores y desabotonó los trajes para vacío. Por fin, después de diez generaciones, de casi doscientos cincuenta años de Exodo en la super-nave galáctica, volverían a tener su propio mundo, a imagen y semejanza del Viejo, pero mejor, más a la medida de la exacta voluntad del hombre. Seguirían el Exodo, ahora con su Mundo Automático a cuestas. Pero...

Desgraciada humanidad, que siempre tiene un "pero" haciendo trizas su destino.

El muchacho alzó la vista y vio, lejos, saliendo de la chimenea de hospital con un garabato blanco en el ilusorio cielo azul, una columna de humo. O mejor: de vapor.

Se estremeció.

Había participado en la planificación del Mundo Automático. Y sabía el significado de una nube blanca sobre el hospital. Tal vez una hermosa muchacha de veintiún años.

El computador central del hospital enfocó una de sus tantas cámaras hacia el depósito de cadáveres: ya no había allí ninguno de los cuerpos blanquísimos, de los que ya

habían evaporado la ropa y todo lo que no fuera orgánico. Cerró los ficheros de diagnóstico, clausuró los laboratorios de disección (que, extrañamente, no habían hallado nada extraño en ninguno de los dos millones de cadáveres autopsiados) y apagó los hornos crematorios de arco voltaico.

Con un chasquido, las ciento tres bocas, encargadas de recoger los vapores de los ciento tres elementos, obturaron sus diafragmas.

El muchacho releó el párrafo completo y se encogió de hombros.

Con un suspiro arrancó la hoja y la abolló.

Antes de arrojarla, tomó cuidadosa puntería: falló al robot limpiador por poco menos de un metro.

—¿Y ahora qué?

Su voz volvió en decenas de ecos desde el Stadium vacío.

Rebasó el muro y chorreó por las calles pulcras, rebotando en los edificios de metal y acrílico, tallando ondas en el agua diáfana y quieta de los estanques.

Algún robot la escuchó. Algún pasa-cassettes la ahogó en el batifondo ordenado de su música electrónica. Por fin, harta de rotar por los resquicios de Mundo Automático sin nadie que la escuchase, casi inaudible en el aire inmóvil

aséptico y perfumado, la voz, o el eco de la voz, terminó por extinguirse.

—¿Y ahora qué?

Se puso de pie y miró más allá de Stadium; el horizonte tan cercano... A veces, en la quietud exasperante del Mundo detenido, algo, algo también Automático, destellaba.

—Estoy solo.

Lo pensó detenidamente.

—¡Estoy solo!

Inútil. Nadie lo oía.

—Decenios planeándolo todo, decenios tratando de encontrar la manera de que la carcasa protectora mantuviera el mundo artificial flotando exactamente en el centro de ella. Casi un siglo ideando la máquina de propulsión, de aireación, de comunicación.

Planeando cómo deshacerlos de la Podrida Nave que nos sacó de la Podrida Tierra.

Paseó la vista por el Mundo perfecto, verde y negro y gris, y acre y amarillo. Algo comenzaba a dolerle profundamente en el centro preciso de su alma.

—Y cuando por fin lo tenemos, cuando por fin creamos el Mundo Automático...

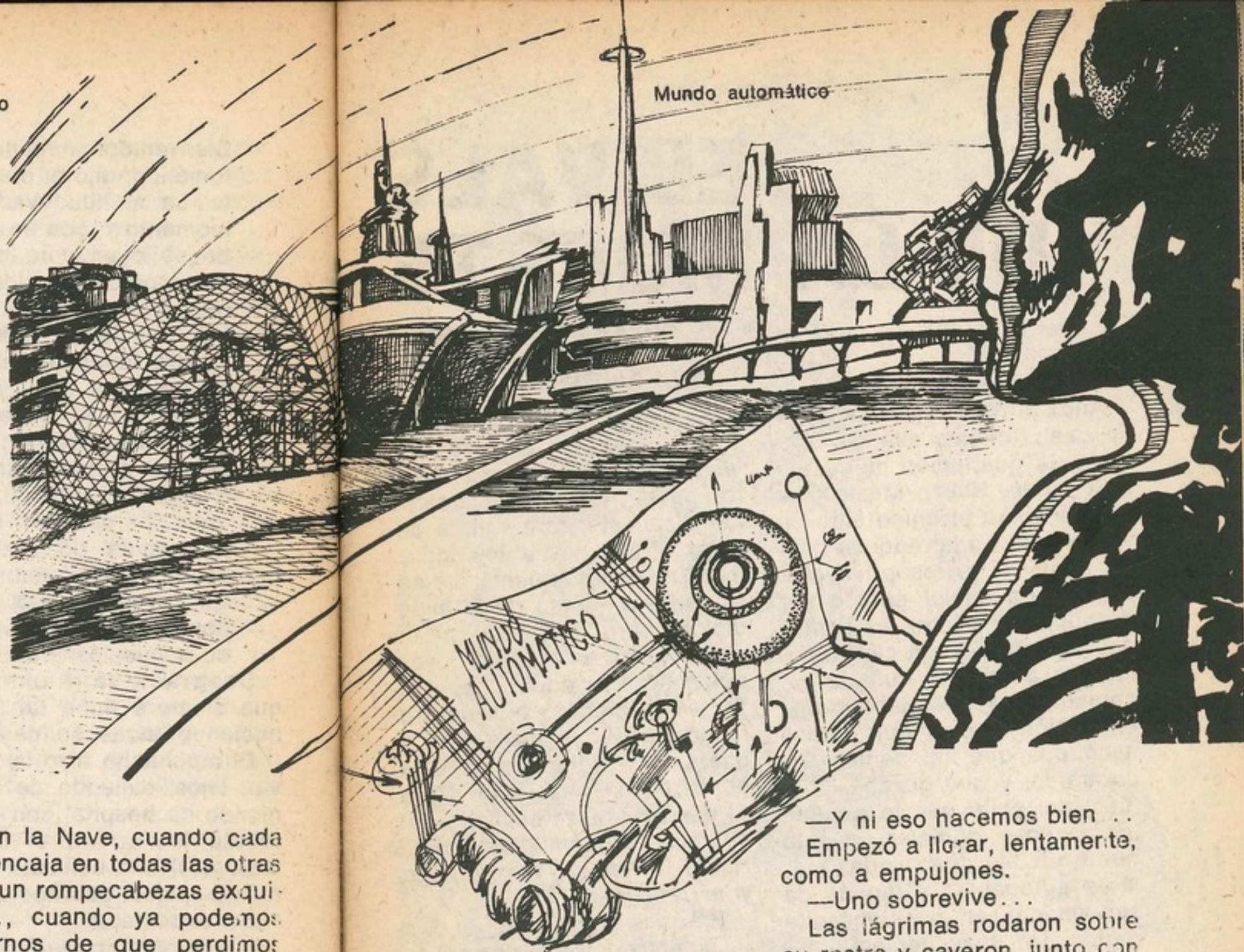
Arrojó lejos el cuaderno, el blanco cuaderno de su impotencia, maldiciéndose por no saber cómo escribir y por estar vivo y por haber nacido.

—Y cuando lo logramos, cuando ya podemos dejar de

vivir en la Nave, cuando cada cosa encaja en todas las otras como un rompecabezas exquisito... cuando ya podemos olvidarnos de que perdimos un planeta y tener otro, mejor y más sano y más limpio, que nos atienda como si en realidad fuese un sirviente perfecto, que nos alimente y nos limpie y atienda nuestros partos y nuestras cremaciones...

El silencio se solidificó a su alrededor, como esperando.

—¡Una estúpida máquina comete un estúpido error en un



estúpido cálculo, en algún estúpido lugar en este Mundo Estúpidamente Perfecto y comenzamos a morir como moscas!

Cayó de rodillas, lastimándose las manos y las rodillas en las gradas. El monitor sanitario lo vio y llamó a una unidad de enfermería.

—Y ni eso hacemos bien... Empezó a llorar, lentamente, como a empujones.

—Uno sobrevive...

Las lágrimas rodaron sobre su rostro y cayeron, junto con la sangre, sobre el cemento aseado.

—Un pobre tipo que no halla las palabras exactas para contar las exactas dimensiones de su absurda soledad.

Apenas se marche, un robot tipo H-080 limpiará cuidadosamente las manchas de sangre y lágrimas.

EL VALS DE LA MUERTE

Relato del folklore norteamericano *

por CHARLES M. SKINNER

Años atrás, cuando todo era un desierto más allá de Missouri, la guarnición militar en Fort Union, Nuevo México, se alzaba como el único sitio en varias millas a la redonda donde algunos de los privilegios de la vida social podían ser descubiertos. Entre las damas del lugar había una cierta muchacha alegre, la cuñada del capitán, que disfrutaba de la excitación y el sabor de las aventuras que allí podían encontrarse, y que gozaba, además, del culto que le rendían los jóvenes oficiales, puesto que no había demasiadas mujeres agradables y dignas de ser amadas en esa inhóspita región. Un joven teniente demostró ser especialmente susceptible a sus encantos, y se entregó a ellos con la esperanza de que finalmente obtendría su mano. La experiencia del muchacho no era mucha ni suficiente como para que fuera capaz de distinguir entre una mujer femenina y una coqueta.

Un día, un grupo de mensajeros irrumpió en el fuerte con las nuevas de un levantamiento apache, y un destacamento fue dispuesto para salir a detener y castigar a los indios insurrectos. El teniente fue designado al mando de la expedición, pero, antes de partir, confesó su amor a la joven, quien no sólo admitió que retribuía su afecto sino que prometió que si la suerte de la guerra le arrebatara la vida ella jamás se casaría con otro. Al despedirse, se escuchó que el teniente decía: "Está bien. Nadie te tendrá. Yo regresaré y te reclamaré".

En unos pocos días, el destacamento regresó, pero el teniente se había extraviado. Era un hecho conocido que la novia escogida no se sentía demasiado afligida por él, y nadie se sorprendió cuando anunció su intención de casarse con un hombre joven del

* Folk-tale norteamericano, extraído de *Myths and Legends of Our Own Land* (Philadelphia, 1896), de Charles M. Skinner.



Este. El día de la boda llegó. Todo era felicidad en el puestito, y por la noche el comedor fue decorado para un baile. Cuando la fiesta estaba en su apogeo, una puerta se abrió con estrépito, dejando entrar una corriente de aire que hizo titubear a las velas, y un extraño llanto, diferente al que podría proferir cualquier criatura humana, resonó a través de la casa. Todas las miradas se volvieron hacia la puerta. En ella permanecía el cuerpo hinchado de un hombre muerto, vestido con un descolorido uniforme de oficial. Las sienes estaban marcadas por varios golpes de hacha y el cuero cabelludo había desaparecido. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, brillaban con una luz siniestra.

Avanzando hacia la novia, el muerto la arrancó de los brazos del marido, el cual, al igual que el resto de la compañía, permaneció como en estado

de trance, sin poder moverse, mientras el cadáver la atraía hacia su pecho y comenzaban a sonar las notas de un vals. Los músicos, que luego declararon que ignoraban lo que estaban haciendo, tocaron una danza demoníaca, y la pareja giró y giró alrededor del salón, en tanto el rostro de la mujer se tornaba cada vez más pálido, hasta que, por último, su caída mandíbula y sus ojos inmóviles demostraron que la vida también se había extinguido de su cuerpo. El muerto la dejó caer en el piso, permaneció un instante sobre ella y retorció sus manos mientras volvía a entonar su horrible llanto. Después, desapareció a través de la puerta.

Días más tarde, una tropa de soldados que había estado en el escenario del ataque apache retornó con el cuerpo del teniente.

Versión de
HERMES O. GOSSO

PECES-GATO Y MOVIMIENTOS SISMICOS

Según una antigua tradición, los siluros, de la familia de los peces-gato, pueden prever los terremotos.

Con el fin de estudiar el comportamiento de estos animales, el profesor Yasuho Suchiro, de la Universidad de Tokio, ha sido elegido para proceder a los experimentos. El Ministro japonés de Educación Nacional ha asignado a este proyecto una cantidad que oscila alrededor de los 120 millones de pesetas.

LOS EXTRATERRESTRES EXISTEN

¿Quién puede negarlo ante la evidencia de "las pruebas" aportadas por VON DÄNIKEN?

ediciones
EL CABALLITO SRL

EL MUNDO SUBTERRANEO

por JUAN-JACOBO BAJARLIA

La noche seguía al día como el aleteo de una gran ala negra (...) Vi al Sol saltar precipitadamente a través del espacio, encaramándose a cada instante mientras todo minuto señalaba el transcurso de un día más.

H. G. Wells (*The Time Machine IV*).

La Tierra estaba esclerosada. Era una lámina envejecida, cortada por vientos radiactivos cruzados a veces por ráfagas heladas. No regían ya las leyes de la física que el hombre había manejado hasta el estallido de la bomba H. Irwin, desde la computadora de su máquina, sólo leía cifras insensibles dictadas por el demonio de la materia: "Eoceno (era terciaria: 50 millones de años hacia el origen): aparición de los **lemúridos** o falsos monos en cuyo segundo dedo tienen una garra en vez de uña. Oligocénico (era terciaria: 40 millones hacia el origen): aparición de los antropoides, sin apéndice caudal. Guerra de los chimpancés,

los gorilas, los orangutanes y los gibones. Pleistoceno (era cuaternaria o antropozoica: 800.000 años, casi un millón, hacia el origen): aparición del primer **homo sapiens**".

Irwin manipuló la computadora hacia la izquierda. Las cifras siguieron implacables: "Triásico, jurásico, cretácico (era secundaria: 200 millones hacia el origen): aparición del **arqueopterix**, pájaro-reptil con garras al borde de las alas y dientes en el pico. Aparición de los dinosaurios. El **tiranosaurio**: con estatura de 15 metros, cabeza de un metro de longitud y caninos de 15 centímetros. El **brontosaurio**: 20 metros. El **estegosaurio**: 10 metros de largo, con placas

óseas, cortantes, sobre la espalda, para defenderse. **Braquisaurio**: 30 metros de largo y 35 toneladas de peso. **Teranodonte**: animal volador con 7,50 metros de ancho de un extremo a otro de sus alas".

Irwin silenció la computadora y miró por la ojiva de su máquina. Todos esos animales, desintegrado y esclerosado ya el planeta, habían resurgido sobre la Tierra. Era como si los átomos hubieran regresado al origen recobrando sus formas antiguas. Al lado de ellos, el *homo sapiens* y algunos antropoides con anatomías arbitrarias, mitad monos, mitad peces o reptiles, con rostros de hombre o perrunos, a veces con cuernos, corrían o se debatían en pantanos o árboles gigantes ya petrificados en procesos imprevisibles. La única ley que existía tenía un verbo: devorarse.

El viajero venía del año 3000. "El átomo", pensó, y detuvo la máquina. Bajó con su escafandra de fuego. Los animales, las formas extrañas que lo vigilaban, no pudieron acercarse. Pero en esa superficie destruida, reproducida en pasado, Irwin observó unas grietas ocultas bajo montañas de rocas por donde sólo podía pasar un hombre de sus dimensiones. Descendió varios metros a través de ellas y halló un mundo subterráneo, lle-

no de cuevas, donde crecían algunos tubérculos marchitos y corrían desnudos los últimos ejemplares del hombre, cubiertos de pelo, casi simiescos, pero superiores al primitivo *homo sapiens*. Al frente de ellos había una mujer joven también desnuda, que le recordó a una bañista de París o Buenos Aires. Ella era su jefa y su prisionera. Se llamaba Perséfone.

—¿Quién eres? —le preguntó a distancia, evitando el fuego de la escafandra.

Irwin midió a Perséfone con su mirada. Vio sus pechos, su vientre cerrado, sus piernas firmes, blanquísimas, sin vello. Sus ojos vírgenes.

—No eres de la misma raza.

—No es eso lo que te pregunté.

Irwin miró a los últimos hombres del planeta. Todos lo escurriñaban. Espiaban sus movimientos para devorarlo. Pero temían las lengüetas de fuego que respiraba su escafandra. Sonrió.

—Vine del año 3000 en mi máquina. Viajé por el tiempo y me hallé con este mundo esclerosado por el átomo.

—Este es el futuro —dijo Perséfone—. Vivías en el pasado. Tu máquina la conocemos porque otro viajero también vino a este mundo cuando aún no existían las radiaciones. Pero no aprendió la

lección del futuro y prefirió la desintegración. Y ahora estamos aquí, devorándonos para sobrevivir. Cuando necesitamos el alimento, ascendemos por las fisuras hasta la superficie del planeta y batallamos con los dinosaurios. Si logramos vencer, nos repartimos su carne. A veces la lucha estalla entre el jefe de una de nuestras hordas y el que pretende desplazarlo. El vencido es descuartizado y repartido entre los integrantes del grupo. **(Perséfone miró a los suyos. Los hombres-simios gruñeron. Algunos se escarbaron el cuerpo buscando microorganismos.)** No hay hembras ni machos. Las pocas "mujeres" que quedaron se parecen a los "hombres". Todos son simiescos. Las radiaciones les devoraron el sexo, pero exaltaron el hambre para que pudieran extinguirse devorándose a sí mismos.

—¿Y tú? —murmuró Irwin—. Creo que te pareces a mí. Eres de mi raza y tienes sexo. Pareciera que nadie ha pasado sobre ti.

—Es verdad. Yo quedé a salvo de la desintegración. Yo hablo mientras ellos gruñen. Pero su mente sigue soñando. Las radiaciones no pudieron destruir sus antiguas imágenes, y me siguen como a una diosa. Quieren de mí una salvación que no puedo darles.



(Perséfone señaló un extraño hombre-simio, más erguido que los otros, de rostro perruno y cornamenta, ojos pequeños y extremidades desproporcionadas, en una de cuyas manos tenía seis dedos, cuatro uñas y dos garras.) Ese es el homo sapiens y sólo ha conservado una frase: "Yo te amo". Pero no tiene sexo. Gruñe y salta como un mono y tiene la fuerza de un estegosaurio. Suele defenderme cuando alguien intenta atacarme. Pero a veces pasa velozmente ante una situación de peligro

olvidándose de mí. Es la reminiscencia de una naturaleza humana, llena de miedo, que aún perdura en él. Le llamamos Gron, porque en este mundo subterráneo todo es gutural y primitivo. **(Señaló a un segundo hombre-simio.)** Este es Gog y está lleno de odio. Suele escalar las fisuras con más frecuencia que los otros para enfrentar a los antropoides y los dinosaurios.

Detrás de esas palabras se abrió un abismo en cuyas fauces cayeron los días silenciosos y las batallas de hombres-simios, antropoides y dinosaurios

que defendían la última etapa de su derecho a vivir. Las galaxias crepitaban en el cosmos y las líneas incandescentes (acaso cometas primitivos) cruzaban las órbitas espaciales para aplastarse en un cuásar o estallar en un satélite. El mundo era una fuga en la noche del origen.

El viajero, desde su máquina, hablaba con la computadora y miraba desde la ojiva. Los espejos parafléxicos le traían la figura de Perséfone dondequiera se hallara, la belleza de una eternidad insoslayable, su desnudez, el alba

de un mundo en el que el odio crecía desde las imágenes antiguas. Un día, Gog subió por la fisura más escarpada y luchó contra un brontosaurio perdido en una superficie humeante. Fue una batalla que duró tres horas. Pero Gog triunfó sobre el dinosaurio y lo arrastró hacia el mundo subterráneo para ofrecérselo a Perséfone y aplacar el hambre de la horda. Grom lo vio llegar y sintió que su sangre se convertía en un pesado torrente de celos. Y ése fue el instante. Irwin observó la escena desde los espejos parafléxicos. Gog había perdido su brazo izquierdo en la lucha contra el dinosaurio, y estaba herido (grandes dentelladas) en sus piernas. Grom se arrojó sobre su compañero y lo despedazó. Perséfone y los hombres-simios se mantuvieron a distancia. Sólo así pudo ser vencido Gog en un encuentro que también llevó tres horas, en el cual un ojo de aquél fue vaciado por éste antes de morir definitivamente. Después, repitiendo su "Yo te amo, yo te amo", descuartizó ambos cuerpos, el de Gog y el del brontosaurio, y los arrojó hacia los pies de Perséfone para que ésta los repartiera. Luego miró a la horda, uno por uno, y gruñó. Todos lo comprendieron.

Irwin movió una palanca y los espejos parafléxicos quedaron empañados, sin la luz de los orthicones que absorbían las imágenes. La computadora sentenció: **el hombre ha inventado la autodestrucción para sobrevivirse, pero ignora que su cuerpo es corruptible y perecedero, y que caerá como cayeron las hojas del árbol de la vida.** "No sabes nada", contestó Irwin. "Tu saber condicionado confunde la Biblia con Neferkeptáh".

Se acomodó en el módulo de servicio. Llenó su estómago con unos comprimidos. No quiso pensar. Si la carrera del hombre hacia la eternidad significaba la destrucción y la regresión hacia el hombre-simio con rostro perruno y cornamenta, ¿a qué, ya, el diálogo con la computadora? Oprimió el botón LNF (Literatura del Fin del Mundo) y una luz roja iluminó cuatro nombres: Neferkeptáh, Gilgamesh, Luciano de Samosata y Wells. Después comenzó el recitado, mucho más preciso que la fluencia de la computadora. El **hipomirmekes**, mitad caballo y mitad hormiga de Luciano de Samosata, era más bello que Grom. Irwin se llenó de odio contra Grom. La imagen de Perséfone, inacabable, se instaló en él. Volvió a oprimir el LFN y se hizo la oscuridad. Durmió. Pero en



el sueño era Irwin quien despedazaba a Grom para arrojarse a los pies de Perséfone.

Cuando despertó volvió a los espejos parafléxicos y ubicó a Perséfone, desnuda, intachable, descansando sobre una oquedad mientras Grom iba y venía enfrentándose a la horda con sus gruñidos. Accionó la máquina y bajó desde una de sus escotillas, junto a ella. Grom y los demás retrocedieron ante su escafandra de lengüetas de fuego.

—He venido a llevarte, Perséfone —murmuró Irwin fascinado.

—No puedo. No eres de este mundo.

—Lo harás porque he tenido un sueño.

Grom se acercó. En sus ojos había una voz sin sonido.

—El adivina tu pensamiento —dijo Perséfone.

Pero Irwin enfrentó a Grom. Extrajo un eyector atómico que llevaba a la cintura, y disparó un rayo. Grom fue alcanzado. Perdió su vientre y sus extremidades y quedó flotando a medio cuerpo. Movía sus brazos y sus ojos. Un segundo rayo le desintegró el tórax. Su cabeza quedó clavada en una de esas fisuras a escalar para combatir con los monstruos de la superficie. Grom parecía vivo y aún flotaban sus únicas palabras: "yo te amo". Los hombres-simios saltaban y gru-

ñían, escondían su cabeza bajo sus manos. El tercer rayo de Irwin hizo desaparecer los restos finales de Grom. Sus huesos y su carne dejaron de ser materia, quedaron disueltos en la atmósfera infecta del mundo subterráneo.

—El sueño se ha cumplido —insistió Irwin—. Serás mía.

El viajero del tiempo desconectó las lengüetas de fuego de su escafandra y se puso al lado de Perséfone. Los hombres-simios, sobreponiéndose al terror, trataron de arrojarse sobre ese ser que en algo se les parecía. Pero Irwin los enfrentó con el eyector atómico.

—No los mates —dijo Perséfone—. Ellos vivirán su propia destrucción.

Irwin tomó de una mano a Perséfone, la hizo subir por la escotilla de la máquina del tiempo, y se alejó. La computadora señaló las fechas del avance: "Cincuenta millones de años: los lemúridos pierden la garra de su segundo dedo. Cuarenta millones de años: los antropoides sin apéndice caudal comienzan a pensar. Un millón de años: el primer homo sapiens descubre el fuego y se arrodilla (...). Mil años: el hombre descubre el fantasma de la muerte. Dos mil años: el Hijo del Hombre es jugado a cara o cruz".

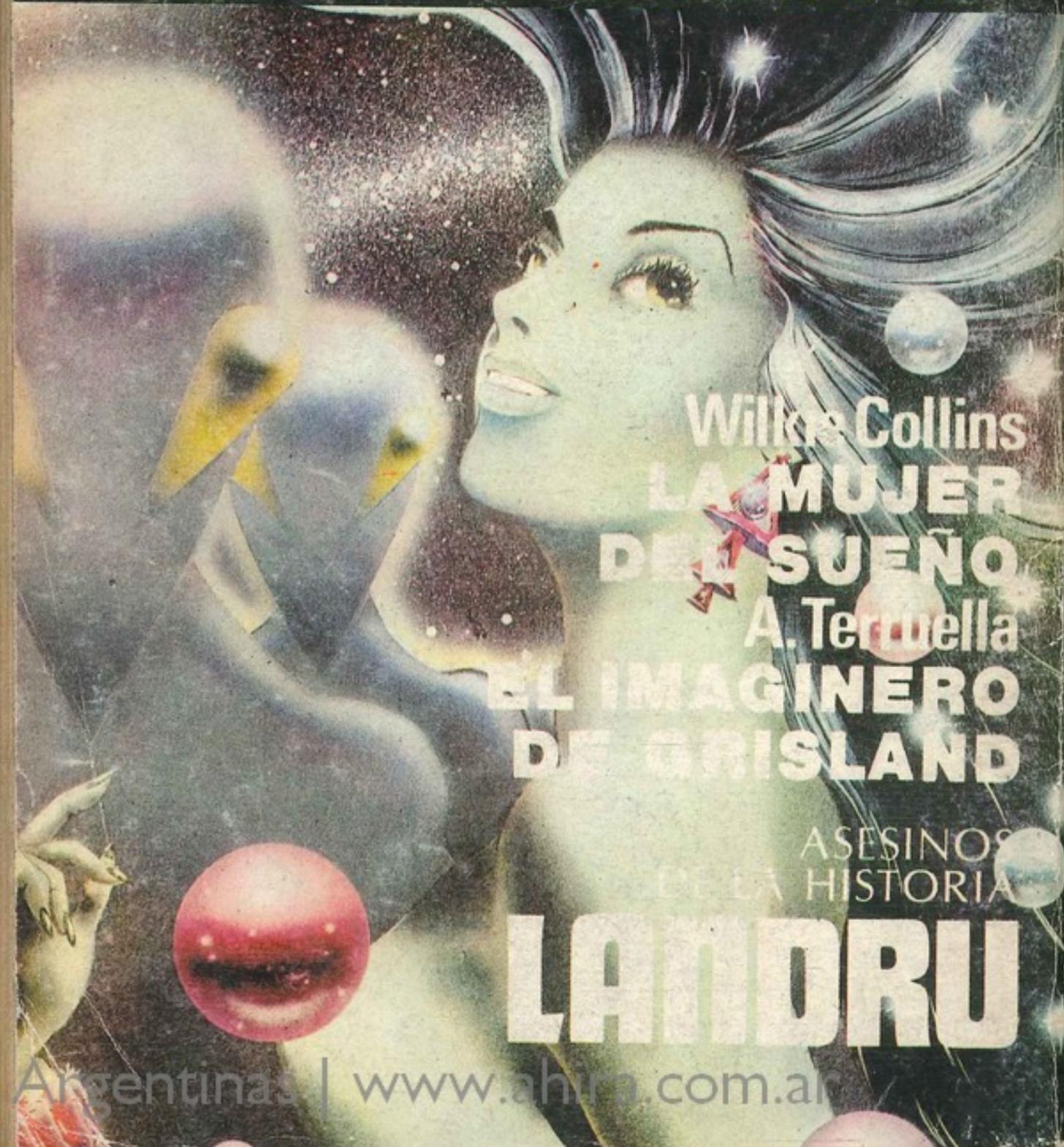
El viajero del tiempo desconectó la computadora

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

Nº 8



UMBRALES TIEMPO FUTURO



Wilkie Collins

LA MUJER

DE UN SUEÑO

A. Terruella

EL IMAGINERO

DE GRISLAND

ASESINOS

DE LA HISTORIA

LANDRU